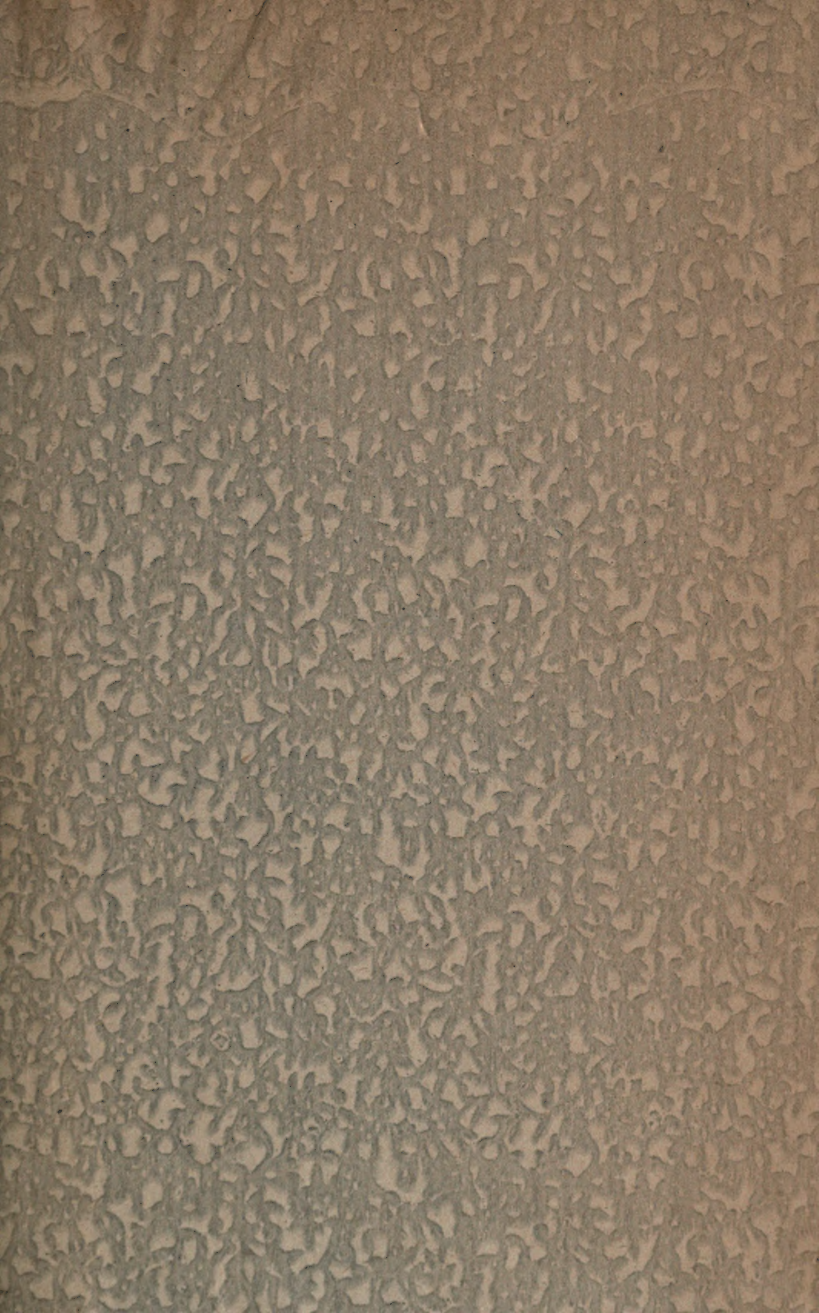
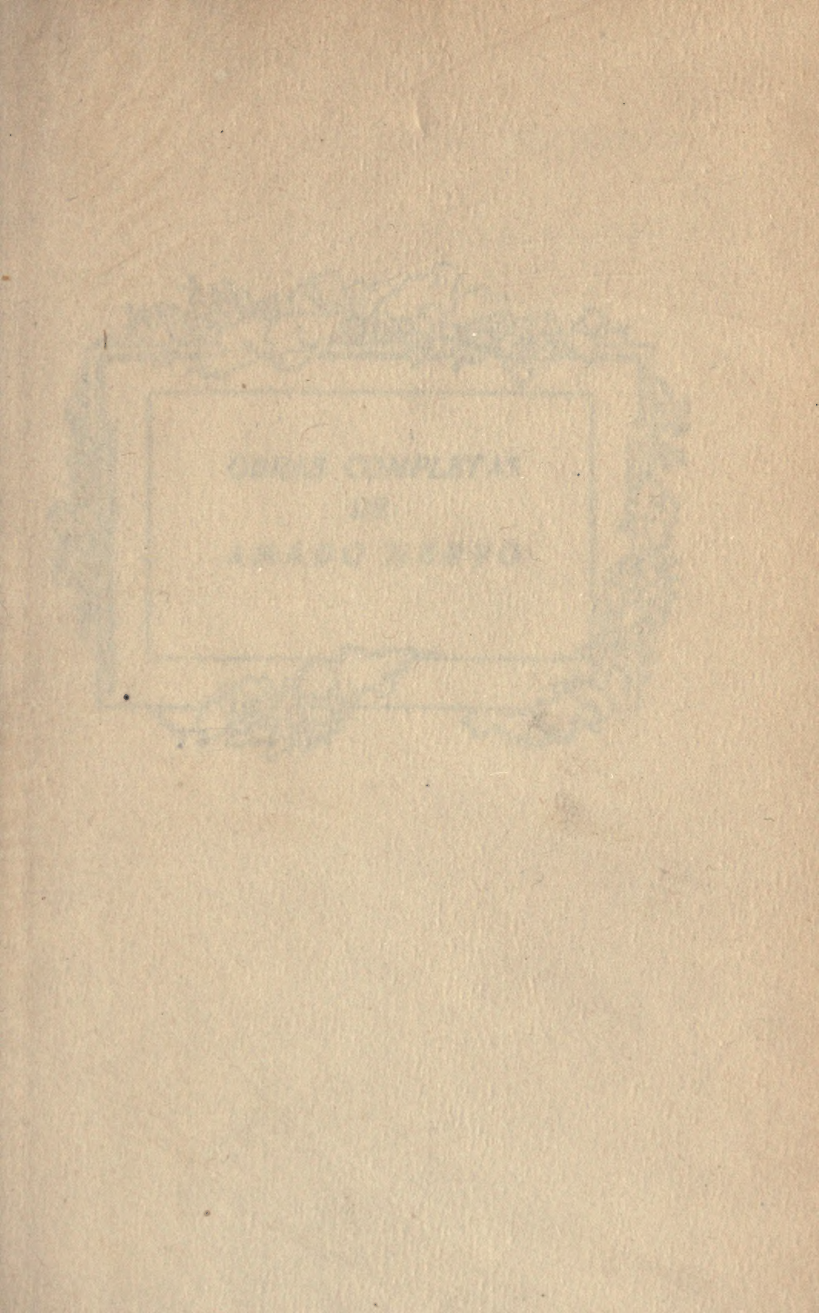
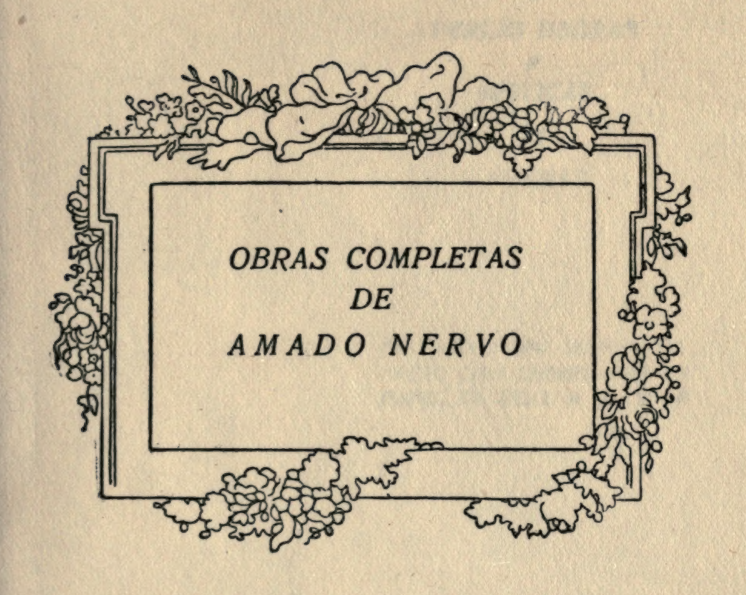

3 1761 04944967 1






OBRAS COMPLETAS
DE


OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I

PERLAS NEGRAS

❦

MÍSTICAS

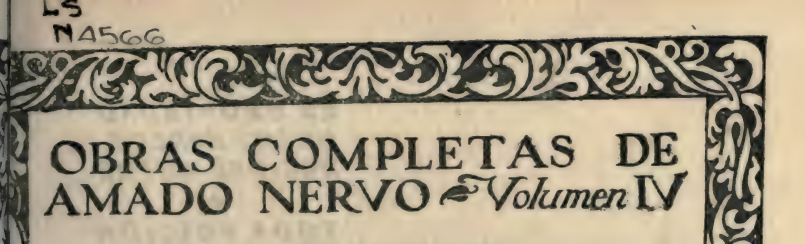
II

POEMAS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO ❦ ❦ ❦ ❦




TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — *Volumen* IV

EL ÉXODO
Y LAS FLORES DEL CAMINO



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
JUN 1 1973
UNIVERSITY OF TORONTO

Reproducimos aquí algunos dibujos de Julio Ruelas, que aparecieron en la edición original de este libro (1902). En un estilo poco arriesgado, Ruelas expresaba concepciones audaces y profundas. Muchas veces, sus dibujos y aguafuertes fueron tema de inspiración para los poetas modernistas de Méjico. Así, su recuerdo está íntimamente unido a la juventud de Amado Nervo. La mayor parte de su obra debe buscarse en la Revista Moderna, *de Méjico.*



I

PRIMERA PÁGINA

El mar es más constante que yo; las nubes rojas
del orto más que mi alma conservan su vestido;
yo tengo la impaciencia perenne de las hojas;
mi amor es un eterno gemelo de mi olvido.

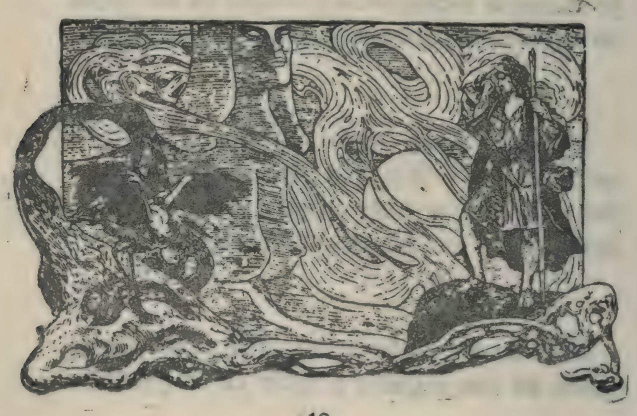
Mi mente es un espejo rebelde a toda huella;
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire
del viento; el aerolito que cae, esa es mi estrella;
mis goces y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera:
jinete en mis pegasos o nauta en mi galera,

corriendo voy tras todo señuelo que lo finge;
mi hermana la cigüeña me ha visto dondequiera
que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos mientras que su matiz ignoro,
amo una boca mientras no escucho sus acentos;
jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro,
del César por quien lucho, del Dios a quien imploro,
del puerto adonde bogo, ni el rumbo de los vientos.

Criatura fugitiva que cruza el mundo vano,
temiendo que la alforja sus éxodos impida,
ni traje amor ni llevo; y así voy al arcano,
lanzando con un gesto de sembrador el grano
fecundo de mis versos al surco de mi vida.






II

EL ULTIMO FRAGMENTO DE IDIOMA

DESPERTÉ y me acerqué a la ventanilla del tren. El pabellón americano flotaba al otro lado del río, bajo el absoluto gris del cielo. Una muchacha colorada y alegre que se quedaba en Laredo, y que con la volubilidad de su conversación había entretenido a los pasajeros en el camino, dándome un cordial apretón de manos, me dijo: «buen viaje», y un minuto después el tren pasaba lentamente el río. México quedaba atrás con sus últimos jirones de cielo azul. El Norte me esperaba con su gris perenne, implacable: un gris que no cede jamás, que viene conmigo como un silencioso compañero que habla de «tú» a mi espíritu.

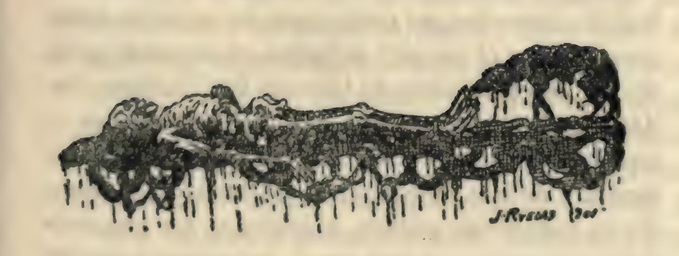
Y comenzamos a atravesar los inmensos planes de Texas, y continuamos y seguimos. Planes llenos de flores pomposas, rojas, amarillas, azules y blancas. La primavera aquí tiene un despertar de niño alegre. Es friolenta, pero vivaracha y retozona, como esos escolapios que juegan con la nieve. Mas el cielo no se sonríe con ella; el cielo no estrena vestido, no deja su jaique de brumas. El horizonte se redondea como un inmenso capelo de cuarzo. Ni un perfil azul de montaña. A veces se hincha un poco la tierra y parece que va a surgir una colina; pero torna a aplanarse y sigue invariablemente llana, huyendo bajo las ruedas del tren.

❖

Y mientras atravieso el inmenso Estado que fué nuestro, flota en mi oído el «buen viaje» de la furtiva compañera de tren, y se me antoja que esas dos palabras son el solo jirón de patria que me resta. En efecto: el idioma es la patria, una patria impalpable y divina que nos sigue por todas partes. Basta en una ciudad lejana decirse algunas frases de la nativa lengua en voz alta, para sentir algo como la atmósfera de los nuestros.

Los confines de una nación no están allí donde la geografía política los marca, sino allí donde vibra la última palabra del idioma. Texas es una prolongación de México aún; una prolongación tenue

ya, apenas visible, porque consiste en algo como leve estela de idioma nuestro. Pero yo no torno a oir una palabra española en toda la Unión. En San Antonio, recorriendo las calles, sorprendo tal o cual tipo mexicano, pero tan innoble, que no me acerco, porque sé que de sus labios sólo han de surgir frases patibularias, y no quiero ver profanado el armonioso tesoro de mi vieja lengua latina.



III

U. S.

ESTAS ciudades americanas no se presienten, no se adivinan. Le salen a uno al paso, lo acechan, lo asaltan.

El tren va devorando bosques y llanadas, bufa que bufa, a toda velocidad, y de pronto, sin decir «agua va», ahí está una casa de madera, otra y otra, cada una con su pedazo de tierra cercada; luego los «cottages» se aprietan, se enfilan; vienen las casas de ladrillo clareadas por centenares de ventanas ennegrecidas por el vapor y el humo, chorreando agua, tristes, con fisonomía de fábricas londinenses—todavía no he visto Londres, pero así debe de ser—, casas de cuentos de Dickens, con sus «mansardes» azules y de una uniformidad aterradora. De cuando en cuando un edificio gigantesco, sin arquitectura, que parece un raro panal, se empina sobre los demás, asoma al maremágnum de casas, y contempla flemáticamente el horizonte gris acero por sus centenas de ojos rectangulares. Y empiezan a desfi-

lar bloques enormes, y el tren escala puentes de hierro, perfora masas de piedra, masas sudorosas de agua helada, y por fin, se detiene bajo un inmenso cobertizo obscuro, cuyo piso está rayado de rieles como un papel pautado. ¡Oh, qué débil idea tenemos en nuestras estaciones de México de lo que es un movimiento de trenes! En St. Louis, por ejemplo, cada dos minutos, cuando más, durante el día, entra o sale un rosario de carros para toda la Unión, sin contar los innumerables vapores que se mueven en el turbio y caudaloso río. Y es hermoso ver el aplomo con que las *misses* van y vienen en medio de aquel laberinto, con su maleta en la diestra, trepando o descendiendo de los carros, sin aceptar la mano que el conductor les tiende, y desparramándose por la ciudad desmesurada, hormigueante de troleys, de carros, de ómnibus, de automóviles y carruajes. En St. Louis, sin salir de la estación, puede hallarse todo lo que se desea... hasta hotel. En una gran sección de la misma, hay instalado una especie de centro mercantil, colosal bazar con restaurantes, bars, cafés, cajones de ropa, expendios de tabacos, de frutas, dulcerías, etc. El viajero puede proveerse de cuanto quiera, sobre todo de víveres baratos, si no quiere verse condenado a los carros comedores de los ferrocarriles de Pensilvania, que cobran modestamente un peso (¡oro!) por un humilde almuerzo (sin extras), acaso para hacerse pagar el atractivo del yantar a todo vapor,

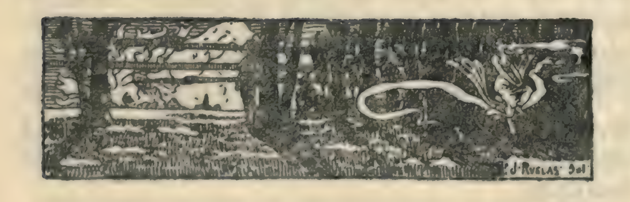
tomando los huevos al plato dos millas más adelante de donde se tomó el consomé.

⊞

Salvo tal o cual monumento, tal o cual particularidad que no alcanza a fisonomizarlas, las grandes ciudades americanas, vistas a lo menos como yo las he visto, muy más al vapor que el maestro Sierra, son iguales; tienen todas ese aire de formidables agrupaciones provisionales, como interinas, que se nos antoja están ahí «por lo pronto», esperando el momento oportuno para irse a invadir el mundo. Causan curiosidad, pero no despiertan esa sensación hermosa de lo monumental, salvo acaso la entrada a la bahía de Nueva York. Allí se comprende más que en ninguna parte el poder del coloso. Aquella no es una bahía, es un mar, cuyas riberas están erizadas de edificios, algunos verdaderas torres de Babel. Un enjambre de vapores de todas las formas puebla las aguas turbulentas, y desde el puente los millares de luces móviles de los barcos, los centenares de millares de los edificios, los farolillos que arden en los topes de las velas, que se hinchan y alejan «como una esperanza blanca que pasa», producen el efecto de una feería extraña, de una infinita fiesta de Carnaval ante el gran espejo de las aguas. Una luz empero se yergue más alta que las otras. Entre la bruma se destaca obscu-

ra, gigantesca, una mujer enorme, que tiene una estrella en la mano (sí, esa luz es una estrella). Es la estatua de la Libertad iluminando al mundo, a la entrada del país de la libertad, de la gran República moderna.

Y el espectáculo de esa bahía compensa de las fatigas del viaje, de las lentas noches de tren, del frío que nos aguardaba todavía en el Norte, y hacia el cual hemos corrido a pleno ímpetu de locomotora, y de la total ausencia de los besos divinamente azules de nuestros cielos mexicanos.



IV

EN POS

La enorme bahía. Primero los docks grises, húmedos, obscuros, enfilándose a lo lejos. Luego la inmensa cordillera de edificios de ladrillo y de madera; después los islotes sonrientes: Long Island, Coney Island, perdiéndose en la bruma. Y aquella mujer alta y negra, de pie sobre un zócalo egipcio— o azteca— aquella mujer enorme y negra que ha asido una estrella y que parece, en las noches, querer apedrear con ella la metrópoli. El gigantesco esqueleto del puente de Brooklyn (el macho de la Torre Eiffel), enredando, de una ribera a otra, sus cables de acero. Y minutos después, un perfil sombrío y ondulante en la lejanía. Es América que huye de nosotros.

El Mar.

Las gaviotas blancas revuelan. Se me antoja que son pañuelos que se escaparon de finas manos temblorosas. Pañuelos que decían «adiós», adioses

que nos siguen en el viento, adioses que se volvieron palomas...

¡No!, yo no dejo ningún adiós palpitante en la playa. La playa no me conoce, no sabe deletrear mi nombre latino. Estoy solo en la popa del inmenso barco; ¿solo?, ¡no! Mi viejo padre el mar, mis viejos hermanos los vientos, mi vieja novia el cielo están conmigo y me tutean. Voy de cara al sol como Byron. El mundo es pequeño:

Oh! que le monde est grand à la clarté des lampes...
Aux yeux du souvenir, que le monde est petit!

¡Por fin! Este instinto consubstancial a mí mismo, este anhelo añejo de errar, este ímpetu incontrarrestable de vuelo, se realiza. ¿Adónde voy?, ¡qué importa! Soy un viajero, y *les vrais voyageurs sont ceux qui partent... pour partir*, como yo. Tornaré no sé cuándo. Volveré a partir no sé cómo. Y un día mi libro favorito quedará sobre mi mesa, abierto e interrogador; vacío estará mi asiento en el lugar común. En mi lecho se desperezará la soledad, mi eterna compañera: es que he partido para un viaje más largo, en busca del Enigma: novia esquiva y silenciosa; es que he partido hacia la sombra.

Padre océano, amargo y azul, amargo como mi pensamiento, azul como mi deseo... vuelvo a ti confiado y tranquilo. No te temo, porque siempre te he amado. ¡Soy digno de ti, azótame! Soy huérfa-

no, arrúllame; estoy enfermo, vitalízame. Creo en Dios: espumarajea, yérguete, arrulla, ahonda vértices... pero huye bajo la azuzadora espuela de mi esperanza!

⊞

Míster está enojado *(míster* es el mar). En la sacudida y trepidante cubierta, una irlandesa pálida, de codos sobre la borda, medita a la luz de las primeras estrellas. Es blanca, es diáfana hasta el heroísmo. Viste un luengo impermeable azul, y sobre el alboroto de oro de sus rizos vacila al viento una boina obscura. Mira el océano con la ardiente nostalgia de *La petite femme de la mer*, ese extraño cuento de Lemonnier. Las gaviotas la rondan. ¿Va a escaparse por ventura del barco, va a sumergirse en las ondas? ¿Va a buscar a sus hermanas misteriosas, las que gritan en los arrecifes en las noches de tormenta?—Gilliat, dime si la conoces...

Tiende la oreja al rumor que pasa, como si escuchara algo que viene de lejos. La llaman del mar. El viento despeina sus bucles pálidos; las estrellas desenmarañan los suyos en irisaciones fugitivas sobre las olas... Me alejo lentamente entre las sombras: quisiera verla partir a sus abismos, pero no quiero con mi presencia impedirle que se vaya.

⊞

Voime buscando en mi memoria un verso que huela a ozono, un verso bravo y bello como el mar, y encuentro este de Rimbaud:

Et dès lors, je me suis baigné dans le poème
de la mer infusé d'astres et latescent,
dévorant les azurs verts où, flottaison blème
et ravie, un noyé pensif parfois descend...

La inmensa monotonía del océano empieza a adunarse al inmenso enigma de la noche. Me siento impregnado de una influencia cósmica. Nada me dice la colosal maquinaria que me conduce a Europa. El agua y la sombra hablan sólo a mi espíritu. Pienso que del océano primordial surgió la vida y que a él ha de volver, y no sé por qué me imagino un mundo que por su conformación especial no se hubiese solidificado en parte, un mundo líquido, un planeta de agua... un océano esférico. ¿En qué repliegue del infinito existirá ese mundo? Porque debe existir. El sol lejano, alma de su sistema, atravesarálo de parte a parte como a una inmensa piedra preciosa. Imaginaos un zafiro esférico, de dos o tres kilómetros de radio... Pero el agua, que en nuestro planeta fué el génesis de todo, allí no habrá sido estéril. Habrá humanidades acuáticas monstruosamente bellas. Ese es el verdadero planeta de los tritones y de las sirenas. Si, como dice Platón, aprender no es más que recordar, cuando

aprendemos ciertas mitologías recordamos acaso que vivimos en ese océano esférico donde la idea de tierra es desconocida... Van a ver ustedes cómo uno de estos días (quiero decir, una noche de estas), un astrónomo atrapa con su lente intrusa ese zafiro coloso, oculto en el vasto joyero de la noche...

Ruido de cadenas. La hélice va paralizándose. Una línea ondulada color de esmeralda se extiende no lejos.

San Patricio; estamos frente a Irlanda.





V

FRENTE A IRLANDA

Qué tristes las olas van
a besar tu playa ignota,
donde parece que flota
toda la bruma de Ossián!

¿Saben acaso los mares
el tormento de tu raza

que, entre sollozos, abraza
los Cristos de sus altares?

Lo saben y, con querellas,
sus ondas cíñente en coro...
Irlanda, yo también lloro
tu servidumbre con ellas.

¿Que quién soy? Niebla que amasa
la vida, voz que se ahoga,
un espíritu que boga
y un pensamiento que pasa;

Que al pasar, el duelo ve
en tu augusta faz impreso,
te mira, te manda un beso
y te dice... no sé qué.

¡Adiós, Erín! Yo, pequeño
como soy, también escondo
un sueño muerto... ¡tan hondo,
tan hondo como tu sueño!

Sólo que tú vivirás
años de años, y tu anhelo
tal vez cristalizarás,
y yo soy hoja que vuelo
nada más... ¡ah! ¡nada más!

VI

OLD KINGS MUNSTAR.—CORDELIA

El viejo borracho irlandés, que durante todo el viaje ha bebido cerveza negra con una sed hereditaria, me dice por centésima vez antes de separarnos:

—No olvide usted que soy descendiente de los viejos reyes Munstar: the old Kings Munstar. Ha sido éste su estribillo eterno. Taciturno, mudo, indiferente a todo, menos a la espuma blanca de su cerveza negra, a su gigantesca pipa y a su genealogía, a cada paso pegaba su boca a mi oído para murmurarme con tropiezos de lengua:

—Soy el descendiente de los viejos reyes Munstar.

Yo le señalo un escuadrón de coraceros ingleses que pasa a galope por la triste y espaciosa calle de Dublín en que nos encontramos. ¡Pobres reyes Munstar! Esos soldados son de Victoria I.

Se apellida O'Conell. Aquí todo el mundo se apellida O'Conell, O'Donell, O'Reilly, O'Bryan.

—¡Old Kings Munstar! Sin duda eran grandes bebedores de cerveza.

—¡Old Kings Munstar!

Estoy aburrido. Sueño noche a noche con antiguos monarcas celtas de túnica blanca, que pasan bajo la tormenta por llanuras de verde suave. Los relámpagos les apuntan, pero no les pegan como al Rey Lear. ¿Dónde está Cordelia? ¿Será aquella mujer pálida que oía las voces del mar eterno, apoyada en la borda? ¿Venía con esas voces extrañas la de su rey loco que la llamaba? «Come! Come! We two alone will sing like birds in the cage. When thou dost ask me blessing, I'll kneel down... And pray, and sing, and tell old tales...»

And tell old tales... Sí, eso escuchaba la blonda muchacha junto a la borda; *viejas leyendas*, todas, todas las que sabe el mar.

....

Esta es Europa. Seis días de modorra, seis minutos, y estamos en otro mundo; todo es pequeño.

—¿Irías a la India?

—Todo es pequeño.

—¿A Marte?

—Todo es pequeño.

—Dime, ¿te atreverías a hacer el viaje de un cometa?

—Déjame partir a Londres. Haré el viaje de un cometa si G. H. Wells me acompaña. He ido con él a Marte, en la *Guerra de los mundos*; con él he ido al futuro en la *Máquina para explorar el tiempo;* me he estremecido con él en la *Isla del Doctor Moreau;*

vi las antenas de los selenitas invertebrados, cuando Cavor me invitó a su excursión prodigiosa... Iré a buscar a Wells en Londres.

Pero Wells no está visible más que en sus libros, en todas las librerías. Le busco inútilmente. Viaja ahora.

En Londres no me queda más que la niebla, y Shakespeare en la Abadía de Westminster. Hermana niebla, padre Shakespeare, ¿en dónde está Cordelia?



VII

LONDRES

Desde el vitral de mi balcón distingo,
al fulgor del crepúsculo, la ignota
marejada de calles, en que flota
la bíblica modorra del domingo.

La bruma lenta y silenciosa empieza,
fantasmagorizando los perfiles,
a envolver la metrópoli en sutiles
velos trémulos.—Yo tengo tristeza:

La bíblica tristeza de este día,
la tristeza de inútil romería
que remata en inviernos agresores;

el tedio de lloviznas pertinaces
y tu spleen, niebla límbica, que haces
manchas grises de todos los colores.

VIII

JACQUES PIERRE

SHAKESPEARE no era inglés. Una lamentable petulancia sajona dió al titán sangre de britanos.

Shakespeare era latino. Venía de Francia, de donde viene todo: los perfumes, las cocotas y los hombres de genio.

El mundo, decía ha poco un modernista parisiense, desde el umbral azul del *Mercurio de Francia*, nos ha envidiado y nos envidiará siempre dos cosas: nuestra literatura y nuestra prostitución.

Inglaterra, en mi humilde sentir, en asunto de prostitución nada tiene que envidiar a Francia, salvo la ingenuidad en la misma. Pero en asunto de literatura le envidió a Shakespeare y, de acuerdo con su inveterado instinto absorcionista, puso sobre el birrete del grande hombre un letrero que decía: «Posesión Inglesa.»

Este Shakespeare, en primer lugar, no es Shakespeare, según los franceses, sino... Jacques Pierre, mal pronunciado, pronunciado a la inglesa.

Jacques Pierre, parisiense de nacimiento, partió a Inglaterra allá por los años de... y tuvo en Inglaterra un hijo al cual puso por nombre Guillaume y que firmaba Guillaume Jacques Pierre. De Guillaume a William no hay más que un paso (el paso de Calais). Darse cata los ingleses de que el tal Guillaume tenía talento (lo cual no acaeció precisamente cuando Shakespeare cuidaba caballos a las puertas de los teatros), y traducirle el nombre, fué todo uno; William Jacques Pierre... muy bien. Pero esos pícaros ingleses pronuncian tan mal el francés (no dicen, por ejemplo, en la ignorancia de su idioma, *Bairon* por *Birón!)* que, a poco andar, el Jacques Pierre de marras, anglicanizando la pronunciación, fué Shakespeare.

Me parece inútil insistir, señores. Si alguien lo duda que lea: *As you like it*, *The merry wives of Windsor, Much ado about nothing*, y que niegue después que esas y todas las comedias de Jacques Pierre están impregnadas del espíritu francés.

Si Voltaire hubiese sabido esto, de fijo no trata tan mal a Willy (Guillaume). Hugo no lo supo, pero lo adivinó. Por eso escribió su maravilloso libro «Shakespeare».

¡Cómo habría sido capaz Inglaterra de producir un Shakespeare! Un Pope, está bien... ¡pero un Shakespeare! Pues qué, ¿esos geniazos se fabrican a punta de acorazados? A ver ¿de dónde tomó William (Guillaume) la divina salsa de sus comedias?

En Inglaterra no hay más que mostaza inglesa; *ergo*... «Londres tiene cien religiones y una salsa. París, cien salsas y... ninguna religión.»

¿No están ustedes convencidos? ¡Oh, escepticismo moderno!



IX

LA PIEDRA DE JACOB

En un rinconcito de la abadía de Westminster, en una capilla medio alumbrada por la gloria extraña y doliente de los vitrales, hay un viejo sitial de roble, cuyo asiento es una piedra, recubierta en sus dos superficies más amplias por dos planchas de madera, y como engastada en ellas. En ese sitial han sido coronados muchos viejos reyes de Britania, de los que duermen ahí cerca, en los mausoleos polvosos cuyas inscripciones apenas se descifran a la media luz de las vetustas naves.

Pregunto y me dicen:

—Esa piedra es la piedra de Jacob.

—¿La piedra de Jacob?

—Sí, la piedra en que Jacob reclinó su cabeza para dormir; la piedra que fué testigo de aquel sueño...

Y se me explica cómo aquel objeto maravilloso vino de Mesopotamia a la City, a través de infinitas vicisitudes.

Yo lo creo, lo creo todo... Cuando deje estas sombras góticas propensas al misterio; cuando sal-

ga a la vida enfermiza y ebria de actividad de la metrópoli, ya no creeré. La sonrisa escéptica vendrá con la sonrisa del sol... Pero ahora sí creo, en primer lugar porque eso es bello; en segundo y en tercer lugar... por la misma razón.

⊠

«Y salió Jacob de Beer-seba, y fué a Harán:

»Y se encontró en un lugar, y durmió allí porque el sol era puesto; y *tomó de las piedras de aquel lugar y puso una a su cabecera, y acostóse en aquel lugar.*

»Y soñó, y he aquí una escala que estaba en tierra y su cabeza tocaba en el cielo: y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella.

»Y he aquí que Jehová estaba encima de ella, el cual dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado, te la daré a ti y a tu simiente.

»Y será tu simiente como el polvo de la tierra, y te multiplicarás al Occidente y al Oriente, y al Aquilón y al Mediodía; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente.

»Y despertó Jacob de su sueño y dijo: Ciertamente, Jehová está en este lugar y yo no lo sabía.

»Y tuvo miedo y dijo: ¡Cuán espantoso es este lu-

gar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del Cielo!»

Génesis, capítulo XXVIII, vers. 10, 11, 12, 13, 14, 16 y 17.

⊞

En Notre Dame de París debían mostrarnos más adelante, a D. Justo Sierra y a mí, la corona de espinas de Cristo. Recuerdo que, en medio de una multitud infinita, un sacerdote nos la acercó a los labios. Don Justo la besó diciéndome:—«Yo beso todo lo que besa el pueblo», hermosas palabras que no olvidaré en mi vida. En Roma, más tarde, también me mostraron la columna a la cual fué atado Jesús durante la flagelación, y la escalera por donde ascendió al pretorio. Mas ni en Roma ni en París me sentí presa de una emoción tan grande como ante aquella piedra tosca donde el patriarca, que todavía no luchaba con Dios ni era *fuerte contra Él*, reclinó su cabeza, y soñó que veía una escala cuyo remate se perdía en el cielo.

Las almohadas de plumas forradas de seda, de nuestros sibaritas, esconden frecuentemente, en sus pliegues, el insomnio, hermano de la pesadilla. La ruda piedra del desierto escondía, en cambio, en su humilde mole, la gloria de Dios y la visión de sus ángeles.

La simiente de Jacob se había multiplicado ya

como el polvo de la tierra, según la promesa de Jehová, y posesionádose había del mundo. Bastaba deletrear los nombres de algunos banqueros de Londres para convencerse de ello. Jehová dijo verdad... Y mientras esto pensaba, la piedra, inmóvil en su cubierta de madera, en la penumbra del crucero, me alucinaba dulce y poderosamente. Mis compañeros fortuitos, de visita a la Abadía, habíanse alejado ya. Yo seguía inmóvil ante la reliquia. Un rayo de sol poniente, vestido de todos los colores del vitral, había ido a posarse en el asiento del sitial antiguo y tendía un puente de piedras preciosas entre la losa y el cielo. Parecióme que aquel rayo divino era la escala: que los ángeles de mármol que velaban el sueño de los viejos reyes abandonaban sus níveos zócalos y ascendían por el intangible rayo. A lo lejos, la faz del sol fingióme la faz de Dios, hacia donde iba la escala luminosa, «y tuve miedo y dije: ¡Cuán espantoso es este lugar! Ciertamente, Jehová está en este lugar y yo no lo sabía.»



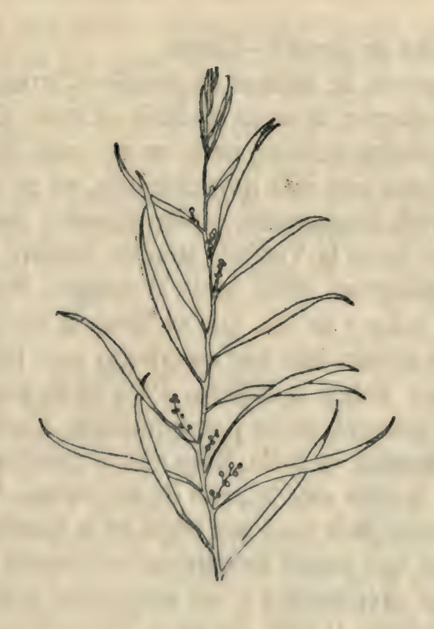
X

EN BRETAÑA

De negro?—Sí, de negro de noche. Dios no quiera
robarme el solo traje que me quedó en mi huída.
—Pues, ¿y tus ropas albas?—Flotando en la ribera,
allá, lejos, muy lejos, tan lejos... Su amor era
la sola veste blanca que me vestí en la vida.

Al viento tiembla el fúnebre merino de mis tocas,
al viento de las tardes; la luna surge, riela
y baña en nácar lívido los dientes de las rocas.
Allá se van las velas como esperanzas locas:
Una vela, otra vela, todavía otra vela...

¿Vendrá mi nave, aquella trirreme en cuya prora
tallado había un cisne divino? ¡cuánto tarda!...
Mi alma es como esa moza bretona que a la aurora
miró partir la barca del pescador, y ahora,
midiendo con sus ojos el piélago, la aguarda.



XI

EN DEFENSA DE LA MENTIRA

LA piedra de Jacob?—Cierto.

¿La corona de espinas de Jesús?—Cierto.

¿La columna, la santa escala?—Cierto. O falsedad si ustedes quieren; pero, en ese caso, besemos tales objetos con más devoción aún, no en nombre de esa vieja desdentada, enjuta, adusta y maloliente que se llama la Verdad, sino en nombre de esa mujer prodigiosa, bella hasta el milagro, dispensadora de color y de luz, que se llama la Mentira.

Yo no acepto más que un criterio para juzgar de lo que me rodea: la belleza. Para mí lo que no es bello es inmoral, necio y despreciable. Ahora bien, sólo la mentira es bella. Sólo ella es creadora, sólo por ella la vida vale la pena de ser vivida. Mentira es ese nácar de la luna que finge, en la sombra, Ofelias vagas que pasan; mentira esa policromía augusta de los crepúsculos y esa melancolía serena del otoño; mentira el azul del cielo, joyero inmenso de las constelaciones; mentira la juventud, el amor, la gloria, el ensueño, la seda de una tez, el marfil de unos senos, los diamantes negros de unos ojos.

¡Oh, Mentira, yo te amo! Tú eres mi madre, tú eres mi dios. Quitad del mundo la Mentira, y el mundo perecerá de fastidio y de vetustez. Los amados ya no se buscarán en los ojos la quimera; los sexos no irán ya el uno hacia el otro engañados por el genio de la especie, que es un gran mentiroso; las almas sedientas de ideal ya no buscarán en los espacios palpitantes de estrellas el rastro de Dios; la música de los orbes ya no engendrará sinfonías en el cerebro de Beethoven, ni estrofas en la mente de Hugo. El color se amortajará en un gris insípido como en el disco de Newton; el agua no murmurará cosas desconocidas, ni copiará la gracilidad de la azucena silvestre o la cabellera rizada de los sauces; los pueblos se detendrán en el camino del progreso, porque ya no podrán seguir el señuelo de una esperanza; las caravanas desfallecerán en el desierto, porque han analizado el espejismo de los oasis; los luchadores dejarán sus armas a la vera del camino, porque ya no pueden enarbolar el lábaro de un ensueño. La gente cristiana enterrará la divina leyenda de Jesús, y llorará sobre ese cadáver inmenso; la Naturaleza, la madre mentirosa y santa, ya no pondrá arrullos en la garganta de la paloma enamorada, ni espolvoreará piedras preciosas sobre el plumaje del pavo real; y los hombres todos, como en el tremendo cuadro que describe Mallarmé en el *Fenómeno futuro*, se encaminarán hacia su lámpara, con el cerebro ebrio un

instante de una gloria confusa, perseguidos por el ritmo, y con la angustia de existir en una época que ha sobrevivido a la belleza.

⊡

No condenéis a los mentirosos. En el fondo del alma de todo aquel que miente no hay quizá más que un instinto confuso de estética y de perfección.

El que relatando un hecho lo exagera, presiente que esta exageración es el solo prestigio del hecho mismo; sabe por intuición que nada hay en el Universo digno de ser contado y escuchado con interés, sin el divino adorno de la falsedad; comprende que todo es feo *bajo el fastidio eterno del sol,* y que sólo la imaginación creadora del hombre es capaz de embellecerlo todo. ¡Hasta el que calumnia es acaso un artista!

Referir las miserias cotidianas de un hombre, es caer en el tedio y en la vulgaridad. Ni siquiera en el mal somos bellos. Nadie llega en él a la alteza sombría de Satanás. El calumniador, aumentando o creando la gravedad de un acto, lo engrandece. De una acción simplemente villana suele hacer una acción monstruosa, y en la monstruosidad hay ya una nobleza, la nobleza de la desproporción.

La mentira es la rectificación que el cerebro soberano hace a la vida mezquina; es una corrección

a la existencia; es una protesta contra el orden trivial de las cosas; es un reproche a la Naturaleza, que sólo es bella cuando miente.

Por lo demás, ¡quién sabe si, penetrando al abismo sin fondo del ser, aquello que soñamos es más cierto que aquello que por una aceptación unánime *es!* ¡Quién acertará a probar que las visiones de los grandes iluminados, de esos sublimes mentirosos, no se realizan dentro de la lógica de otro mundo, la cual en el nuestro es ilogismo e impostura! ¡Quién sabe cuándo estamos más despiertos, si en el sueño o en la vigilia! ¡Quién podría decir hasta dónde se extiende la verdad en el paraíso de los locos!

Misterio... mas en todo caso la mentira es la única fuerza de la vida, lo propio en el laboratorio del sabio que en el estudio del pintor y en el gabinete del poeta. La mentira ha hecho a los héroes, a los genios, a los santos. *Credo quia absurdum,* dijo un alto espíritu, San Agustín. Y yo digo con él: «Creo porque es absurdo».

⊠

Y ahora leed si os place esto que he llamado

VIEJO ESTRIBILLO

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
es un rayo de luna...

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
es un soplo de viento...

¿Di, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter?
—Son las nubes que pasan;
mira bien, son las nubes...

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo.
—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
es la imagen del cielo...

¡Oh Señor! La Belleza sólo es, pues, espejismo,
nada más Tú eres cierto: sé Tú mi último Dueño.
¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?
—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
un poquito de ensueño...





XII

PARIS

UNA postrer convulsión en ese agitado canal de la Mancha; luego el lívido parpadear de algunos focos eléctricos; los superpuestos hilos de luz de las ventanas en los edificios despiertos aún a esa hora tan avanzada de la noche. Un poco de frío: el que sacude antes de irse, de su abrigo blanco, el Invierno, sobre el manto joyante de la Primavera que apunta; y por fin el desembarque.

Un gran letrero en los docks dice: «Calais» Estamos en Francia.

¡Estamos en Francia!

Lo primero que me sorprende es que no me sorprende nada. Mi corazón late *metódicamente*... como de costumbre; no se aceleran mis pulsos; mi cara, enfrente del espejo de un café donde hace-

mos colación antes de tomar el tren que debe llevarnos a París (¡a París!), es la misma cara mate, angulosa, de perfil israelita, que me ha acompañado por dondequiera. En su obstinada palidez no hay un solo presentimiento rosado...

—¡Corazón mío, estamos en Francia!

Y la flemática entraña sigue latiendo como si tal cosa.

—¡Alma mía, vamos a París!

Y esa incierta entidad no me oye: continúa dormida.

Las pupilas lácteas de los focos rayan y estrían el Golfo. «Esas aguas son aguas de Francia, ¡oh hermana luz!»... Mas la luz continúa imperturbable.

¡Dios mío! ¿es que está ya seca la fuente de toda emoción? ¿Es que para mi alma —esa triste roca árida,—no hay, como la vara de Moisés, una vara taumaturga de ilusión que extraiga la linfa radiante del sentimiento? ¿O acaso mi *yo* adolescente, el *yo* que amó esta patria lejana y deliró por ella, ha muerto ya? ¿En qué collado andino de nuestro México le enterré? ¡Dónde pude dejarle! Junto a qué tumba, a la vera de qué ruta... O, si a cuestas la llevo, como el parricida egipcio llevaba el cadáver de su hijo, ¿por qué no siento su peso sobre mis hombros? ¡Oh!, nuestros *yoes* muertos pesan tan poco, Dios mío! ¡Un día caemos en la cuenta de que ya no existen, de que los hemos enterrado ha mucho tiempo en el cementerio de nuestra alma, y de que,

por eso, vanos son los recuerdos de ayer y vanas las emociones de un encuentro con el pasado! Buscamos su crucecita blanca y, *proh Dolor!*, no la encontramos. Todo se ha desmoronado de aquello que fué nuestra esencia anterior. Y puesto que no existe ni la emoción presentida, tampoco debe existir la responsabilidad anterior...

—Ayer pequé, Señor, pero también amé y sufrí y, si por un enigma de resurrecciones sucesivas que no entiendo, lo que ayer sufrí y amé volvióse sombra ante el recuerdo, también sombra debe volverse lo que fué mi pecado y mi falta. El yo de entonces no existe. ¡Señor, no castigues a los muertos: ten piedad de mi yo actual, que lleno del terror de tu presencia, se muestra ante ti!

❖

El inglés ha vuelto rígida mi lengua. Qué miel para la boca mi francés, mi viejo y amado francés, que la ductiliza y la almibara...

¡Estoy en Francia!

Es cierto, corazón, no por eso lates más aprisa; pero en el íntimo fondo de mi ser, algo como una flúida y misteriosa corriente de júbilo corre y salta. El heredismo latino exulta en los más hondos veneros del ánima.

¡Estoy en Francia!

Los ojos brillan, los palabras cantan; la tierra bendita me envuelve en sus hálitos.

Poco después el obscuro tren galopa en lo infinito de la noche negra.

Voy solo en mi departamento. Dormito al través de las sombras fugitivas del paisaje.

Antes del amanecer muestran la cara algunas anémicas estrellas.

Cuando discretamente el alba desgarra sus pétalos, la aldea custodiada por su aguda torre, el predio riente, la arboleda, la colina, empiezan a desfantasmagorizarse.

Un paisaje jovial, sin incidentes, sin contrastes rudos, uniforme y alegre, con la alegría de Abril, desfila ante mis ojos.

Veo, al galope de las ruedas de acero, un gran rótulo: *Feuillantines*... Y pienso en Hugo divino, y humedezco mi lengua con una gota de aljófar de sus versos eternos.

La mañana desgarra las neblinas. Hace frío, uno de esos alegres fríos de la madrugada que ponen rosas en los pómulos mustios.

Las aldeas y los prados corren, plácidos y verdegueantes, a la vera del tren.

De pronto, sin preparación alguna, el día se obscurece, el tren resuena bajo el techo de una amplia estación, y un empleado, abriendo bruscamente la portezuela de mi departamento, murmura un maquinal e indiferente: «París».

XIII

¿POR QUE VA UNO A PARIS?
DIVAGACIONES

He aquí una pregunta que no significa nada.

¿Por qué va uno a la India como Jules Bois, a España como Rubén Darío, al Japón como José Juan Tablada? (Fíjense ustedes en que en este *como* está toda la clave de la pregunta.)

Hay muchos que viajan por vanidad, por la vanidad de decir: «He estado aquí, he estado allí, he visto, he hecho.» Hay otros muchos, superiores a los primeros, que peregrinan por el placer del regreso. La vieja imagen del romero que refiere sus aventuras maravillosas al amor de la lumbre, cautiva aún a ciertos espíritus. (¡Ah!, ya no hay aventuras maravillosas en la tierra; desde los tiempos del sagaz Ulises hasta los nuestros, el mundo se ha empequeñecido asaz y asaz vuelto mezquino...)

Otros hay que viajan por fastidio, muchos son: para ésos escribió el viejo Campoamor dos versos:

¡Ay!, el cambiar de destino
sólo es cambiar de dolor...

Imagínanse los tales lo que el enfermo que pide que lo remuevan periódicamente. Este juzga que la nueva postura desorientará su dolor. Sólo que el dolor es un viejo zorro que no se desorienta jamás.

Pero la característica de unos y otros, de todos los viajeros, es ésta: el anhelo de novedad. Se va especialmente de América a París, porque aquí se nos predica constantemente que en París hay muchas cosas nuevas para nosotros.

Debo y quiero hacer una rectificación a un aceptadísimo y añejo lugar común: el hombre, se dice, va eternamente en busca de la felicidad. Todas sus inquietudes, todas sus acciones, todas sus impaciencias tienden a esto. Hemos sido creados para la dicha, y no descansará el corazón humano hasta que la encuentre. El sabio y el artista, el hombre de negocios y el millonario ocioso, todos, todos, para citar unos versos empolvados de nuestro Calderón (que no era de la Barca):

> Corriendo van tras una sombra mágica
> que llaman dicha y que jamás se ve.

¡Mentira!

El hombre no va ni ha ido jamás tras de la dicha. El hombre va y ha ido siempre tras de lo nuevo. De aquí la ley imperiosa del progreso. Las razas se cansan de un dolor viejo, de un dolor viejo que

viene a convertirse en una discreta felicidad, y caminan ansiosas de un dolor nuevo, que es una emoción desconocida.

Desde luego, el hombre, maravillosamente organizado para el dolor, es absolutamente inepto para la felicidad. El júbilo análogo al dolor que produce la extracción de una muela, una punzada neurálgica, un cólico renal o el alumbramiento en una mujer, mataría al más fuerte. Se sabe de gentes que han enloquecido al anuncio del premio gordo de una lotería; se sabe de otras muchas para quienes el placer ha sido mortal. Difícil es, empero, hallar seres a quienes mate un dolor, a menos que su capacidad de resistencia esté mermada ya en exceso por muchas causas.

El hombre sabe, merced a un instinto seguro, que por más que obre y se agite no ha de hallar la dicha, puesto que tal cual está constituído es un sujeto imperfecto para la misma. Al trabajar, pues, al luchar, al obrar, busca intuitivamente la novedad; es decir, un estado diferente de los estados por que ha atravesado, una modalidad distinta de su vida, ser otro *yo* dentro de otro *medio*. Muchas veces va directamente hacia determinada circunstancia, que sabe que es venero de males; va conscientemente hacia ella, desdeñando las miserias actuales, las penas ya conocidas, porque éstas están gastadas, melladas por el uso, y no agitan ni su imaginación ni sus centros nerviosos.

Dice Luis Urbina:

¡Qué cansancio! Ni gozo ni padezco...

Este grito de nostalgia significa más de lo que a primera vista parece.

El poeta no echa de menos la ecuanimidad, que es la única felicidad real en esta vida; la ecuanimidad, que es la sola dicha perfecta; desde luego, porque está hecha de serenidades y nos eleva del ser humano al ser angélico, como si dijéramos, poniéndonos por ende en la condición de un espíritu superior; el poeta echa de menos la emoción. Para él el goce y el padecimiento son dos emociones que agitan todas las capas del espíritu, distintas sólo en nombre, porque a los hombres plugo en su ignorante convencionalismo llamarlas de distinto modo, pero que, en realidad, con distinto nombre son la misma cosa. En suma, el poeta se queja de no sufrir. Y esta nostalgia es más común de lo que se cree.

¿Quién osará negar que un espasmo en *el instante divino* del amor no es un dolor? ¿Quién se atreverá a afirmar que esas llamadas *alegrías locas* no son un tormento?

La condición esencial de la felicidad debiera ser una inmensa paz; porque si, como dicen ciertos filósofos, el hombre feliz es el que tiene todo aquello que su naturaleza vegetativa, sensitiva y racional exige, no se concibe por qué este estado, tan

de acuerdo con esa su naturaleza, debiera agitarle. Ahora bien: la llamada alegría, el llamado placer, agitan, revuelven el cauce más o menos quieto de la vida, y dejan un resabio, una crudez eminentemente tormentosos. Se suele tornar de un baile llorando, como de un entierro, y hay *repiques* de risa que acaban en *dobles* de llanto. Histeria—dice Charcot—. ¡Ah! Es que la manifestación excesiva del placer y la del dolor se parecen de tal suerte, que se dirían gemelas; es que la pena y la alegría, pese a muchos ilusos, son *dos formas* del dolor; es que la felicidad no existe sino a título de hipotética negación del dolor, que es positivo, así como no existe por sí la sombra proyectada por un cuerpo.

¿Quiere decir entonces que la humanidad va tras la dicha *quand même*, como en un sueño se corre tras un fantasma?

No; la humanidad, como decíamos al principio, no va tras la dicha, sino tras el dolor nuevo. Todos trabajamos por hallar un nuevo dolor, por refundir a lo menos en un nuevo dolor los dolores viejos. Todos los que componen la *élite*, la aristocracia pensante del mundo, saben que al tender a un nuevo estado social no tienden más que a un nuevo peldaño del dolor. Todos comprenden que esto es lo único cierto y útil, que un estado de felicidad natural sería muy semejante al *quietismo* de Fénelon en la beatitud eterna: un estado de inconscien-

cia o de idiotismo nirvanesco. Mientras haya un átomo de acción en el alma, el alma será más perfecta, pero más dolorosa. Porque toda acción es como una creación, y nada se crea sino merced a rozamientos perpetuos, ya con la inercia ambiente, ya con fuerzas antagónicas.

Adán en el Paraíso es la bestialidad dorada por el sol, sustentada por las frutas sabrosas, refrescada por el agua cristalina, plácidamente estremecida por funciones fisiológicas que entonces apenas alteraban las ondas dormidas del ser.

Si Dios es una entidad consciente, debe ser un inmenso dolor consciente, un dolor simplísimo e infinito. Aun aquello que reviste formas plácidas en el mundo es la manifestación de un dolor: la yema que desgarra para ser flor su justillo de seda verde, el agua que viola los claustros de la roca, el gorjeo que surge del quebrantamiento del huevo. El gorjeo melodioso y la linfa traviesa y la flor vistosa y perfumada ostentan todas las formas de la alegría creadora, pero no son para el que piensa y analiza y medita más que sollozos de pétalos, de cristales o de plumas.

Pero íbamos diciendo...

XIV

UNA FLOR DEL CAMINO

La muerta resucita cuando a tu amor me asomo;
la encuentro en tus miradas inmensas y tranquilas,
y en toda tú... Sois ambas tan parecidas como
tu rostro, que dos veces se copia en mis pupilas.

Es cierto: aquélla amaba la noche radiosa,
y tú siempre en las albas tu ensueño complaciste.
(Por eso era más lirio, por eso eres más rosa.)
Es cierto, aquella hablaba: tú vives silenciosa.
Y aquélla era más pálida; pero tú eres más triste.



XV

EL SOL Y LOS CREPÚSCULOS DE PARÍS

Una mañana glorificada por un sol cuya juventud sorprende tras de tantos siglos de alumbrar un continente tan viejo. Pues qué, este sol ¿es joven aún? Pues qué, ¿no está cansado, caduco, enfermo, aquí donde la civilización parece haber puesto canas sobre todos los espíritus, aquí donde la tradición parece haber *patinado* todas las cosas?

No, el sol no es el mismo, no debe de ser el mismo en América y en Europa. Vayan ustedes a hacerme creer que esa mancha amarillenta que broncea apenas las yermas sabanas de las tierras árticas, que describe un segmento de círculo en el horizonte boreal, haciendo que se besen en la boca los crepúsculos y las auroras, es el propio sol que empolla en nuestras playas los huevos del pelícano y del cocodrilo, el propio sol que juega en las pieles moaré de las panteras, que estalla en policromías septicordes en la espuma de nuestras cascadas, que tuesta las arenas de nuestros páramos, que ciega, reflejándose en las aguas de nuestras lagunas como en enormes espejos ustorios, y que vaporiza la piel

rizada y albi-espumosa de nuestros mares... ¡No, no es el mismo! ¡no es el mismo! Desde luego debo decirte, oh Damiana, hija mía, que tienes razón: el sol cambia de fisonomía durante la semana; noes el sol del lunes, —sol tedioso, que parece una lámpara de petróleo a la cual leva faltando el aceite— el propio sol del domingo. Qué radioso es éste: finge un disco de oropel nuevecito: su luz es dorada; se ha ido dorando a fuego más y más a medida que avanza ese tardo camello septenario de la semana, hacia el sábado, víspera de la gloria, víspera del día de fiesta, víspera del ocio, del paseo por Plateros, de los pasteles del *Globo* y de las langostas en mayonesa de *Deverdun*... Damiana, tienes razón: tú sabes más que la ciencia, sabes tú más que los astrónomos. Hay muchos soles, como hay muchas lunas. Cuando yo era niño y jugaba con mis compañeros en las calles de mi pueblo al claro de los plenilunios, sorprendíanos a todos que el astro estuviera siempre sobre nuestras cabezas, fuese cual fuese nuestro sitio. Uno de mis amigos íbase lejos, yo quedaba en mi puesto, y mi amigo me gritaba:—«Tengo la luna sobre mi cabeza.» Y yo le respondía a voz en cuello:—«La tengo sobre la mía.» ¿Era esto posible? ¿Era aquélla la misma luna? No por cierto; había dos lunas: la que tornaba plata los rizos de oro de mi amigo por no sé qué celeste alquimia, y la que llovía nieve sobre el encrespado basalto de mis rizos negros, como sobre

un volcán en flor. Después he visto que yo tenía razón. Oh tú, que has amado y has tenido diez y ocho años, dime: ¿son por ventura la misma la luna a cuyo fulgor convaleciente besaste la boca de tu primera novia y la luna que alumbra hoy, que ya eres viejo, tu peregrinación hacia el recuerdo? ¿Verdad que no?

Pues tampoco el sol de París podía ser el mismo sol de mis trópicos: Dios ha creado muchos soles; por cierto que, a veces, nuestros soles interiores eclipsan a los que radian allá arriba, como retinas de esa inmensa pupila azul que se llama el éter.

⊠

¡Pero qué bello era ese sol de París! Como que se había rejuvenecido... ¿Por qué? Abril sabía el secreto. Los castaños en flor, cuyos follajes fingían láminas de una esmeralda milagrosa, cantaban con sus mil lenguas diáfanas a la *fiancée Primavera*. Una inmensa multitud pululaba en las calles tortuosas, alegres, encauzadas por edificios harmónicos de muros grises y techos azules. Parecía que se celebraba una fiesta. Hombres y mujeres marchaban indolentemente, dejando que sus miradas mariposearan en las ascuas de oro de los aparadores.

—¿Por qué hay tanta gente?—pregunté—. ¿Qué fiesta es hoy?

Y el interpelado me respondió:

—Aquí siempre hay fiesta: esta es la fiesta de la actividad humana en la ciudad única, bajo la ternura del sol.

El sol se difundía en oro maravilloso... pero no, no era el mismo de mis trópicos. Esto lo supe mejor después, cuando vino la tarde. Encaramado en la torre Eiffel esperaba yo el incendio del crepúsculo. París se extendía a mis plantas en erizaciones de torres y cúpulas multicolores; en vano rastreaba mi mirada por aquel báratro, buscándole fin. A lo lejos, muy a lo lejos, donde la metrópoli del mundo debía probablemente acabar, una bruma azul, una bruma misteriosa, desbarataba los contornos, vaporizaba las fronteras, hacía trampa a las perspectivas; de tal suerte, que París no acababa nunca, en ninguna parte; de tal manera, que concluí por creer en el París sin medida, llenando el mundo; en que todo el orbe era París, en que más allá había aún torres y cúpulas, y más allá todavía, y más allá... ¿Nubes que semejaban góticas arquitecturas? ¿Nieblas taumaturgas? No; era París, París que llevaba sus oleadas de palacios hasta las riberas del infinito; París que no acababa, que no podía acabar, que no tenía límites... París, que no sólo era cerebro, sino vísceras y miembros del Universo...

Y vino el crepúsculo. Yo me preparé a mirarlo con la unción y el asombro con que el primer hom-

bre debió de ver derrumbarse al sol, como a una celeste ciudadela de oro.

Y no hubo llamaradas, ni derroches de gemas, ¡no! Aquel fué un crepúsculo usado, tenue, un crepúsculo de seda vieja, un crepúsculo que parecía sacado por los ángeles de un herrumbroso arcón, un crepúsculo cortesano y ceremonioso. No parecía sino que los ocasos mismos se habían civilizado y refinado en Francia; no parecía sino que el pintor escenógrafo de aquellos cielos había dicho: «Basta de amarantos y de amatistas, basta de rojos escandalosos y de verdes incontinentes: ¡señores crepúsculos, no seáis cursis; señores crepúsculos, sed elegantes! ¡Rosa muerto, fresa *fané*, azul tenue, malva discreto... bien está! Pero, por Dios, no os volváis *rastacueros*. Eso está bueno para Sud-América. Recordad que no sois crepúsculos del Brasil, sino de Francia, de la hoy Madre Latina. Acordaos de Luis XIV, acordaos de Versalles, acordaos de Watteau, sapristí! Sed como marquesas viejas, no seáis como generales peruanos...»

Y el pintor escenógrafo del cielo se puso a pintar. Y Dios dijo: «Está bien.» Y los crepúsculos obedecieron.

Y yo descendí de la Torre monstruosa, acariciando con mis pupilas el malva y el lila, y el gris perla, y el rosa muerto, y el fresa *fané*. París hervía a mis pies; París, que llenaba todo el orbe. Y me sentí feliz, porque yo era desde entonces un átomo de

aquel océano. Y una alma más, enamorada de aquel gigante, y una mariposa más, cortejando a aquel sol.

Y me invadió el panteísmo febricitante de la ciudad única. Y antes de vivir la vida del monstruo, descalzándome, dije:

—«Despójate de tus sandalias, porque la tierra que pisas santa es...»

Y adoré a Dios, autor de todas las cosas.



XVI

UNA FLOR DEL CAMINO

Tuvo razón tu abuela con su cabello cano,
muy más que tú con rizos en que se enrosca el día,
para templar la fiebre de tu reir insano
con el fulgor de luna de su melancolía.

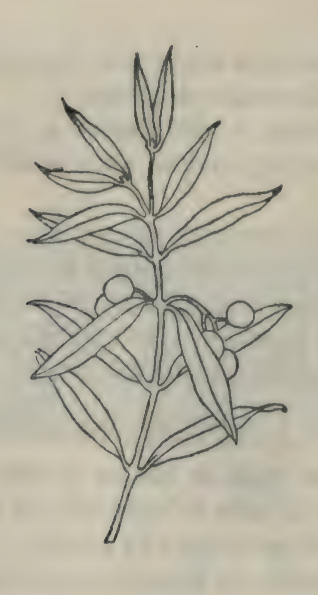
Aun me parece verla contar con mano seca
y trémula su viejo rosario de amatistas
al claro de las tardes, o hilándose en la rueca
—¡la pálida hilandera!—recuerdos y batistas.

Tú en tanto, acurrucada junto a sus pies, con manos
más firmes que las suyas, pero no más hermosas,
de nuestra reina Blanca de Nieve y sus enanos
desflorabas las bellas páginas milagrosas.

Hoy, si te viera presa de bravas agonías
ella, que duerme al cabo cubierta por las flores,
quizá te suspirara su queja: «Ya no rías
así, que tengo miedo de que mañana llores.»

Mas tú reías siempre con ímpetu que espanta;
tu carcajada estaba, como en las saturnales,
presta a sonar un áureo repique en tu garganta
o entre tus labios, vivas campanas de corales.

Y al fin dilapidaste tus júbilos, María;
cuitada juglaresa, tus crótalos perdiste.
Tuvo razón tu abuela que nunca se reía:
ya ves, vivió cien años y siempre estuvo triste.



XVII

EL SENA

El Sena no es un río, es un pretexto. La Hidrografía de Francia dice que el Sena nace en Langres (Côte d'Or) y desemboca en la Mancha, entre el Havre y Honfleur, que riega ocho departamentos y baña quince ciudades principales; que tiene un curso de 776 kilómetros; que es navegable en buena parte, y que es el río del país que transporta más mercancías y el más tranquilo de todos. Lo de más tranquilo sí que lo creo, y de buena gana, porque aguanta unas cosas... Pero lo otro no es cierto. El Sena fué hecho para que pasara por París y algunos pueblecillos cercanos; para servir de espejo a las torres venerables del Palacio de Justicia; para que se tendiesen de un lado a otro de sus márgenes puentes monumentales; para que temblasen en su moaré onduloso los palacios; para dar encanto a las exposiciones universales; para reflejar las nutridas constelaciones amarillentas o ensangrentadas de los reverberos de gas; para que puedan navegar airosamente los vaporcitos *golondrinas*, que constituyen

el encanto de los extranjeros, en sus ondas; para que los parisienses pesquen *à la ligne*, soñando plácidamente con hipocampos maravillosos; para que los desesperados se ahoguen, no sin escribir antes cartas de un humorismo macabro (1), y para otras cosas por el estilo.

No fué el Sena quien decidió a los viejos galos a establecer una colonia (Lutecia Parisis); fué París quien decidió al Sena a correr por allí.

¿Qué hubieran hecho los parisienses sin un río? ¿Cómo construir puentes? ¿Cómo edificar muelles? ¿Con qué objeto? El puente del Alma, el puente de la Concordia y, sobre todo, el puente de Alejandro, sin el Sena, estarían en la mente de Dios... o en la mente del Municipio. Era preciso inventar el Sena.

La Isla de San Luis y la de Notre Dame no ostentarían la arcaica coquetería de sus edificios monumentales. Era preciso inventar el Sena.

No habría *rive gauche* (2) ni *rive droite;* el *país latino* no estaría limitado por el agua; es decir, no tendría carácter. Era preciso inventar el Sena.

El parisiense que jamás ha traspuesto la línea de

---

(1) Ultimamente, un *ironista*, que no vacilo en calificar de delicioso, se arrojó al Sena. En sus ropas re halló un papel que decía: «No he pretendido suicidarme. Pasaba por un puente; se me ocurrió asomarme al río; perdí el equilibrio, caí al agua y me ahogué. Conste.»

(2) *La rive gauche c'est du côté du cœur,* dicen los habitantes del *país latino.*

las fortificaciones, no podría hacerse la ilusión de un viaje cuando va *al otro lado del agua*. Era preciso inventar el Sena.

Las exposiciones universales no tendrían gracia; ¿para qué construir palacios si no han de copiarse feéricamente en el agua? ¡Ustedes comprenderán que era preciso inventar el Sena!

Y el Sena fué inventado.

Y fué inventado *ad hoc:* un río manso y dócil, un río que jamás dijese no, un río *sage* por excelencia, *voilà l'affaire!*

¿Que es necesario agrandarlo? Pues se le agranda. ¿Empequeñecerlo? Pues se le empequeñece. ¿Desviarlo? Pues se le desvía. ¿Ahondarlo? Pues se le ahonda. Un día se le ocurrió a los parisienses que París debía ser puerto de mar... Pues ¡a modificar el Sena!

Y el Sena no dice esta boca es mía: corre apaciblemente, escamándose de oro, de plata y de esmeralda, por donde quieren que corra.

Va adonde lo endilgan. Un día de estos, los ribereños *de la derecha* querrán ser ribereños *de la izquierda*, y viceversa, y cambiarán la corriente del río: el Sena correrá en sentido contrario, yendo a desembocar en las fuentes de donde nace. ¿Por qué no? El Sena es muy bien educado.

Debo advertir a ustedes que el Sena es mujer; quizá así se explique su aptitud para el cambio y la mudanza: *Souvent femme varie...*, dijo el buen rey narigudo. Por lo demás, si no fuera mujer, ¿habría tantos suicidas que se arrojasen al Sena?

El Rhin es *el* Rhin, el Támesis es *el* Támesis (no diría otra cosa M. de la Palice), el Sena es *la* Seine.

Recuerdo que, en la Exposición de 1900, en el Grand Palais había un relieve que alegorizaba al Sena. Era, entre las dos riberas erizadas de palacios, una mujer muellemente, voluptuosamente tendida en el cauce, y que sonreía. ¡Qué lejos estaba su delicadeza marmórea de aquellos musculosos ríos paganos, cuyas cabezas se mostraban coronadas de plantas acuáticas, y cuyas ondulosas barbas caían en canalones sobre el pecho atlético! ¡Esos no se hubieran dejado cansar la paciencia! ¡Id a decir al padre Rhin, al Támesis, al bello Danubio azul (que no es azul), que se presten a las exigencias de una municipalidad—por más que se trate de municipalidad sajona--y veréis lo que os contestan!

El Rhin es sagrado. En sus limbos de esmeralda, las tres náyades wagnerianas custodian el oro divino, y ríen de la impotente avaricia de Alberich; el Támesis tiene fueros, y la meticulosa tradición inglesa lo escuda; el Danubio es sobrado flemático para ser maleable...

Sólo el Sena es río civilizado, dulce, amable, complaciente... (digo la Sena) y, sobre todo, *chic.*

—¡Que hagan de mí lo que quieran—se dice—con tal de que me embellezcan!

Y allá va, lento y suave: allá va ornando plácidamente su pecho palpitante con las pedrerías multicolores de los reverberos; allá va, poniendo en el moaré de su *toilette* blondas leves de espuma; allá va, ciñendo voluptuosamente a París con sus brazos flúidos; allá va, asomándose por los ojos de sus puentes para ver la opulencia de las noches estrelladas y robarles sus mejores solitarios para su seno, o la pompa del sol para arrebatarle sus mejores flecos de oro para su vestido, o la gloria suave de las auroras para hurtarles el más discreto rosa para sus mejillas.



XVIII

ROJO Y AZUL

Montmartre es rojo; el Barrio latino es azul. Esto sin perjuicio de que cualquiera otro colega mío afirme que Montmartre es azul y el Barrio latino rojo.

En cuestión de colores, *non disputandum.*

Rimbaud hallaba que la A es negra, y a mí me parece que es roja. En las demas letras estoy *casi* de acuerdo con él: la E es blanca; la U, verde, y la O, azul. En cuanto a la I, que él califica de roja, para mí es amarilla.

Sin embargo, si alguno de ustedes piensa que es violeta, no me opongo. Mi opinión y yo nos hemos unido *tras de la iglesia*, lo cual quiere decir que no estoy casado con ella.

Montmartre nunca ha acertado a gustarme, quizá porque no me gusta el rojo. Lo único que amo en él es la *voûte*, porque desde ella la mirada vuela sobre París.

Esas sus calles ascendentes, siniestras algunas, como para un crimen; esos sus bulevares bulliciosos donde hormiguea la mujer que ya dilapidó

todo... hasta las reservas; esos cabarets espantapa-yos que se llaman *del Cielo*, y *del Infierno*, y *de la Nada*; esos antros populacheros en que anarquistas y socialistas de pega embaucan a los *voyous* para encaramarse después, sobre sus hombros, a alguna parte; esas plazas sombrías donde pulula el macrotage decidido, como la Place Blanche, la Place Pigale y la Place Clichy, trinidad negra; esas cantinas llenas de risas de bocas desdentadas o pintarrajeadas, me ponen triste. En Montmartre, fuera de la santa montaña que domina a París entero y sobre la cual se yergue esa pretensiosa basílica semioriental del *Sacre Cœur*, es difícil hallar algo noble.

El Barrio latino, en cambio, es ingenuo aun en sus prostituciones; tiene melancolías propicias al arte y al ensueño, y júbilos pueriles que confortan; grises tenues que arropan en inefable misterio los paisajes, grisetas que todavía se acuerdan de Murger y que no han malbaratado el corazón; poetas que componen versos al aire libre; talleres donde se aúnan la santa quietud y la noble labor; conventos cuyas querellosas campanas rezan en la tristeza de las tardes de otoño; universidades donde se pasean las sombras de Gerson, de Abelardo y de Duncio Scoto; iglesias góticas escondidas en el misterio de viejas callejuelas, como Saint Severin... Tiene la rue de Nevers, tiene los muelles húmedos donde el viento hojea con su mano invisible los libros viejos; tiene el Panteón y, sobre todo, ese dis-

creto y maravilloso edén del Luxemburgo, donde sueñan, en su eterno sueño de mármol, Clemencia Isaura y Catalina de Médicis, Watteau y Chopin; donde el azul de las brumas y el sepia de los troncos dicen baladas invernales.

Crepuscule sombre, et mon cœur se serre au son des tambours sourds du Luxembourg.
On ferme la porte et je reste là. Nous nous regardons, ô pauvre soldat...
Je n'ai plus d'amour. Derrière la porte s'éteint le ciel sur la feuille morte...

Así canta la melancolía *antigua* del doliente Paul Fort en ese Parque de ensueño, el más amado de todos los parques de París.

En la fuente Médicis el agua obscura duerme, salpicada de hojas muertas; en las bancas de hierro, entre los árboles friolentos, reposan mujeres solitarias. Algunas son bellas, otras lo parecen merced al escenario eminentemente embellecedor; los pájaros tiritan esponjando sus plumas, sus pobres abrigos de invierno, que el buen Dios acaba de cortarles porque ya viene el frío.

Llega la noche, y de pronto, en el silencio unánime, óyese *le son des tambours sourds du Luxembourg*... Los paseantes contemplativos se dirigen a las grandes puertas de hierro. Yo me dirijo a Montparnasse, al amplio y sereno y dulce Montparnasse, que es como un ribazo. Allí vivo, allí pienso, allí estudio frente a la risueña y campestre arqui-

tectura de Notre Dame des Champs. Allí viven también los que me aman.

El boulevard Saint Michel, lleno del bullicio de la hora, desemboca en el boulevard Montparnasse, lleno del misterio de la hora.

Allá ruido, aquí paz. Allá tabernas luminosas, aquí siluetas de edificios callados que se incendian lentamente entre la bruma. Allá vaga la sombra de Verlaine, aquí la de Strindberg... Mi libro, el último libro *(vient de paraître)*, me aguarda sobre la mesa. Cuánta paz... *Pax multa in cella!*





XIX

A UNA FRANCESA

El mal, que en sus recursos es proficuo,
jamás en vil parodia tuvo empachos:
Mefistófeles es un cristo oblicuo
que lleva retorcidos los mostachos.

Y tú, que eres unciosa como un ruego
y sin mácula y simple como un nardo,
tienes trágica crin dorada a fuego
y amarillas pupilas de leopardo.

XX

ES NOCHE DE ILUMINACION GENERAL

Es noche de iluminación general. Desde el Puente de la Concordia hasta la *passerelle* de Passy, París arde en un divino incendio de todos los colores. El Sena se escama de iris. En sus márgenes los palacios exhiben su fantástico bordado de luz.

La torre Eiffel muestra su esqueleto gigantesco todo picado de fuego. Parece dibujada con un punzón luminoso en el negro de la noche. Desde su cima envía haces eléctricos, cónicos, haces verdes, azules y rojos, que giran en plano horizontal o en plano oblícuo, y que semejan las misteriosas aspas de un inmenso y misterioso molino.

A veces, los haces proyéctanse sobre la pantalla cobriza de las nubes que encubren la luna, y entonces la maravila crece; las nubes se cubren fugitivamente de aquellos colores que giran; otras, los haces, como antenas enormes de un insecto coloso, que llevaran en sus extremos ojos avizores, van y vienen por el océano de casas y torres, como s quisieran verlo todo, policiarlo todo, descubrirlo todo. Se piensa en una novela de Wells: ¿no será por ventura ese gigantesco organismo de acero el

famoso tripié de un marciano, que desde su atalaya atisba?

Más lejos, un aro enorme bordado de focos gira como un vecino anillo de Saturno. Es la *gran rueda.*

En aquel báratro de lumbre suenan músicas. Una multitud nunca vista, acaso un millón de almas, se empuja, se oprime, se desbanda, ondula. En el campo de Marte hay quinientas mil almas entre los jardines, en las galerías, a la vera de los palacios, en rededor de los estanques interiormente iluminados, en que el agua salta en chorros de oro.

Y de aquella babel heteróclita surge un rumor, un rumor sordo, que está hecho de orquestas, de trompas de caza, de murgas, de risas, de voces humanas, y que asciende, asciende formidable hacia la noche negra.

Surcan el río buques fantásticos. Tiene éste la forma del cisne de Leda; aquél es una trirreme de nácar; el otro, una ideal galera de marfil. Sobre las aguas revientan floridas pirotecnias arrojando sus llamaradas de oro a los palacios donde se dan la mano todas las arquitecturas del mundo.

Sobre el abismo de colores dan los puentes grandes zancadas: también ellos arden.

Sus arcos son también de fuego.

La Exposición va a concluir y celebra la apoteosis latina con una locura de luz.

Es noche de iluminación general.



XXI

UN ORFEÓN

Yo no tenía idea alguna de lo que era un orfeón, hasta que vi el gran orfeón vienés que cantó en el teatro del Trocadero, durante la Exposición de 1900. Los que en México había oído, sobre todo en la Villa de Guadalupe, durante las fiestas de la Coronación, hacían sólo presentir la magia de ese haz de voces humanas que tiene todos los matices orquestales, y que está más cerca que todas las orquestas de la plenitud del éxtasis y del ensueño.

Orpheon viene de Orpheo, el iniciado de Tracia. Orpheo y Linos eran, según la tradición helénica, poetas y sacerdotes los dos. Su madre fué la divina Caliope. Orpheo cantaba especialmente himnos sa-

grados, y el Orfeón ha seguido con especialidad, hasta hoy, ese camino.

Hay, en una infinidad de ciudades de Europa, sociedades corales (orfeones) establecidas para la propagación y el estudio del canto. El orfeón vienés que yo oí durante la Exposición había sido formado después de una selección laboriosa hecha entre las numerosas sociedades corales del Imperio Apostólico. Se componía de 250 voces, y maravillaba oirlo. No hay duda que la orquesta ha llegado al *heroísmo de la expresión*, conteniendo en sí, como contiene, una enorme cantidad de instrumentos de toda índole que pueden traducir, no ya sólo los ritmos exteriores de la creación, sino los mismos subjetivismos hondos del espíritu, las pasiones que combaten encarnizadamente en el alma, las tristezas, las angustias, las alegrías y aun las propias ideas abstractas; pero la orquesta, por avanzada que se la suponga, aún necesita, para sus descripciones, de la palabra. En realidad, glosa, interpreta, comenta una situación dramática creada por el poeta; y, cuando nos hemos dado cuenta de esta situación, comprendemos fácilmente la paráfrasis o comento o escolio musical; mas sin la idea previa, sugerida por la palabra, difícilmente traduciríamos—y eso no ya los que somos simples profanos, sino los músicos mismos—lo que dice un trozo musical. Que se quite, por ejemplo, el nombre a la «Hilandera» de Chaminade; que se toque en el piano, de-

lante de un maestro, que suponemos no la conoce, y jamás traducirá él, en esa música, la idea del autor, lo que el autor describe tan notablemente. Cito este caso al azar por citar algo; pero los ejemplos abundan.

Es posible que un día, no lejano, una orquesta o un piano, perfeccionados más aún, y ante un público ultrarrefinado, expresen, sin necesidad de la palabra, todo lo expresable e inexpresable; que traduzcamos, sin auxilio de título ni de letra, el reflejo moaré de un arroyuelo que zigzaguea por la llanura, la titilación áurea y medrosa de una estrella, la melancolía mansa y augusta de un crepúsculo, el abandono de un cementerio al caer la noche, la angustia de un espíritu que se siente huérfano, la lucha interna de la fe y la duda... Entonces el poeta colgará su lira en un sauce, «ludibrio del viento», para siempre, y la música será la sola rapsoda de las generaciones quintaesenciadas. Esto vendrá, ¿por qué no? La música, a pesar de su enorme perfeccionamiento, está aún en mantillas; pero, entretanto, la orquesta necesita aún dar la mano a la palabra para traducir ideas. Ahora bien, el Orfeón tiene esto de superior a la orquesta: que es una orquesta humana, la cual «canta» en un idioma accesible a todos, una orquesta humana en la que cada uno de los instrumentos tiene, además de una voz, una palabra.

Todos los matices de la voz humana están allí; y

cada matiz, no en una, sino en varias gargantas; y estas gargantas articulan todas la misma o distintas frases, comprensibles en absoluto.

Ved 250 hombres vestidos de negro y arreglados en grupos alrededor de una batuta sabia. Cada uno tiene un papel en la mano. El director levanta su negra vara imperiosa, y azota con ella el aire. Aquellas 250 voces empiezan a cantar entonces, con una precisión fantástica. Hay voces que inician un motivo, voces que lo arrebatan, voces que lo glosan, voces que lo parafrasean, voces que lo acompañan. Es aquello una sinfonía única, dominadora y misteriosa. La batuta continúa azotando el aire y rayándolo con la geometría de sus compases; y las voces se alternan, dialogan, callan unas, surgen otras, se unen todas en maravilloso acorde, contrapuntean, llenan de marginalia un tema, lo agotan... De pronto el unísono o dispar esfuerzo cede, se abisma, se anonada, y queda sólo flotando una voz: la voz de un tenor o de un barítono que canta una frase, una frase que se va lentamente envolviendo en armonías, que crece en intensidad como una bola de nieve en tamaño, en la balumba unánime, y que a poco resurge, mas ya no una, sino múltiple, diciendo lo mismo, con diverso timbre, en 250 gargantas.

Voces aterciopeladas, voces rudas, voces de diapasón cristalino, voces graves de lentas sonoridades, voces metálicas, voces que parecen arrancadas

a la doliente madera negra de las flautas, voces todas que articulan estrofas de bellas formas melancólicas... Todo está allí en aquellas bocas, en la magia de aquellas gargantas.

No se abren las corolas luminosas de los cobres. No enarcan su cuello obscuro los oboes, no se dilatan como nervios distendidos las cuerdas de los violines, no saltan los arcos ligeros, no brilla el oro de las arpas arcaicas, no danzan los bolillos de los timbales, no se besan los discos resonantes de los platillos. 250 hombres están allí, silenciosos, sin más que un papel pautado en la diestra. Mas la batuta rubrica el aire; cerráis los ojos, y oís una orquesta milagrosa, una orquesta que canta y toca cosas inefables. Todo estaba en aquellas gargantas. Los 250 enlutados llevaban en su boca su secreto... Y, como en la noble *Plainte d'Automne* de Mallarmé, no hacéis movimiento alguno, no abrís sobre todo los ojos, por temor de ver que aquel maravilloso conjunto «canta solo».





XXII

DESPUES DE LA EXPOSICION

En tanto que en su fiebre de goce o de faena
París a París torna con ruido de colmena,
la turba de los cuatro rincones del planeta
se aleja como vino, cómicamente inquieta,
y en un sueño de fiesta cosmopolita absorta,
en pos de Roma, Glasgow o Buffalo...
No importa
adónde.—Van los buques vestidos de humo denso,
rayando con sus quillas el zinc del mar inmenso;
la pauta de los rieles resuena a todas horas
con la inquietud perenne de las locomotoras.

Iberas ideales que son rimas de Bécquer,
inglesas desabridas de Kodak y Bædeker,

románticas germanas de insípidos tocados,
eslavas de almas fieras y de ojos enlutados,

latino-americanas anémicas y hermosas,
inevitables yanquis, *blue stockings*... y otras cosas:
Todas se alejan; una gran fiebre las abrasa,
y un insensato anhelo de ruido las «desola».
¡Partid, aviones locos! También yo torno a casa:
mi dama la Quimera me aguarda y está sola!

Ninguna de vosotras gemela es de mi amada,
para decir al alma sedienta, que la espera,
con cuál Orión distante cintila su mirada,
ni a cuál de los bohemios cometas va enredada
la crin maravillosa de su alma cabellera.

XXIII

EL AMIGO DE LOS PAJAROS

TODAS las tardes, al obscurecer, llega al Luxemburgo un viejecito enlutado, frágil, tembloroso, de ancha calva, en el ojal de cuya levita rojea la Legión de Honor. Los transeuntes le miran curiosamente, sobre todo los que acostumbran divagar por la sombrosas avenidas del Parque, y le conocen. Es el amigo de los pájaros, de los gorriones—esa plebe del aire, como les llamó Buffon—, de los tordos y otras avecillas que anidan en los matorros y altas ramas de los árboles. Lleva en las manos sendos migajones, y aun no ha entrado al parque cuando ya las avecillas empiezan a removerse, a garrulear, a descender de sus flexibles y hojosas atalayas. Le tratan de tiempo atrás los pájaros adultos, y los polluelos saben, por hereditario instinto, que aquel viejecito los ama. El ha mantenido algunas generaciones de pajaritos, reemplazando en el Luxemburgo al Padre Celestial que, según el Sermón de la Montaña, alimenta a las aves del cielo, *que no tienen graneros*. Es un delegado de la Providencia. Y en trasponiendo los umbrales de la

gran puerta de hierro que se abre sobre la calle del Luxemburgo, las aladas turbas con inenarrable gritería se precipitan a su encuentro, lo sitian, lo acosan, lo entontecen con su escandaloso aleteo; un pájaro se encarama al sombrero de copa, con mengua de la seda cuidadosamente peinada; otro hace percha de su nariz afilada y grande; éste salta sobre sus hombros; aquél, aleteando vivamente, préndese con el pico a una arruga de su manga.

Y en cada dedo de cada mano hay un pájaro, y en cada mano un tembloroso racimo de alas. Al menor movimiento del viejecillo siguen repentinos cambios de posición de las avecillas. El proveedor de éstas arroja al aire sus migajas y los gorriones las atrapan al vuelo, y rondan desesperados de su lentitud en los disparos, hasta que, incapaces de aguardar, invaden las reservas que el Proveedor mantiene sobre las palmas de las manos, y con una desvergüenza incomparable hunden en ellas los cortos y corvos picos, los sacuden, y desparraman infinidad de briznas de pan que los compañeros tímidos, los mal armados para la lucha por la vida, comen en el suelo, palpitantes y medrosos, saltando sin cesar, o chillando desesperadamente cuando algún tordo rapaz, de instintos de usurpador, tras agresión injustificada, les arrebata el pan de la boca—digo del pico.

Suele el viejecito desertar del Luxemburgo, ya porque está enfermo, ya porque quizá, enemigo de

los privilegios, se encamina al Jardín de las Tullerías o a otros, donde también hay hambrientos que le aguardan, y es de ver la ansiedad de los pájaros cuando, llegada la hora, aquella providencia senil, vestida de negro, mas para ellos luminosa, no aparece.

Yo no soy como el visir del sultán Mahmoud, de quien el *Robertson* nos cuenta en inglés—a ver si así lo aprendemos—que sabía el lenguaje de los pájaros: *the language of the birds;* pero no estimo que sea menester aguzar mucho el entendimiento para comprender lo que en sus inquietos cuchicheos en las cimas de los árboles se dicen las aves desamparadas.

Gorrión hay que ha leído los cuentos de Perrault, y que a una *gorriona* de su familia pregunta:

—Ana, hermana Ana, ¿qué ves? (pongo por caso que Ana es el nombre de la *gorriona*).

Otro, enviado por los caciques de vigía a la más alta rama de un castaño, haciendo sube y baja de ella, atisba para ver de columbrar al viejecito.

¿Será aquel que viene allá lejos con un paraguas bajo del brazo? No, porque marcha de prisa, y a los setenta años, aunque se va de prisa hacia la muerte, por una aparente contradicción se va despacio por la vida.

—¿Estará enfermo?

—¿Estará enfermo?—repite la turba vocinglera.

—¿Habrá muerto?—insinúa un tordo negro como un ataúd.

—¡Habrá muerto!—chilla la turba consternada.

—¡Tenemos hambre!—pían los polluelos, espantados ante la perspectiva de acostarse sin cenar.

Y los papás poltrones, acostumbrados a no ganarse el pan con el sudor de su *rostro*, gracias al migajón de todos los días, se revuelven malhumorados, pensando que habrá que bajar a las enarenadas callejuelas en busca de un insecto trasnochador o de los restos de alguna golosina, caídos de la mano de un niño; que esa inmensa cosa luminosa que los hombres llaman el sol se ha hundido ya, y que hace frío...

Y yo a mi vez me alejo pensando: ¿Qué harán los pajaritos el día en que se muera ese viejo?



XXIV

DIAFANIDAD

Yo soy un alma pensativa. ¿Sabes
lo que es un alma pensativa?—Triste,
pero con esa fría
melancolía
de las suaves
diafanidades. Todo lo que existe,
cuando es diáfano, es sereno y triste.
—¡Sabino peregrino
que contempla en las vivas
transparencias del agua vocinglera
todas las fugitivas
metamorfosis de su cabellera,
peregrino sabino!
—Nube gemela de su imagen, nube
que navega en las fuentes y que en el cielo sube.
—Dios, en hondo mutismo,
viéndose en el espejo de sí mismo.

La Vida toca
como una loca
trasnochadora:
«Abridme, es hora!»

«Desplegad los oídos—rimadores,
a todos los ruídos—exteriores.»
«Despliega tus oídos
a todos los ruídos.»
Mi alma no escucha, duermen mis sentidos.
Mi espíritu y mi oreja están dormidos.

—El pecado del río es su corriente;
la quietud, alma mía,
es la sabiduría
de la fuente.
Los astros tienen miedo
de naufragar en el perenne enredo
del agua que se riza en espirales;
cuando el agua está en éxtasis, bajan a sus cristales

Conciencia,
sé clara;
pero con esa rara
inconsistencia
de toda proyección en un espejo,
devuelve a la importuna
vida, sólo un reflejo
de su paso furtivo ante tu *luna*.
Alma, tórnate onda
para que cada flor y cada fronda

copien en ti su fugitiva huella;
para que cada estrella
y cada nube hirsuta
se equivoquen de ruta,
y en tu claro caudal encuentren una
prolongación divina de su abismo:
que así, merced a singular fortuna,
el infinito y tú seréis lo mismo.



XXV

BULLIER

A Manuel Mercado, para que no olvide...

VAMOS caminito de Bullier, caminito de Bullier vamos, sube que sube el *Boul Mich,* el bohemio y jacarandoso *Boul Mich.* Una luna gibosa y grasienta gesticula en un cielo lleno de cúmulos, bañando en medias tintas al Luxemburgo, a esa hora quieto y perezoso.

Haced que Pierrot pasee, filosofando por una avenida; que Colombina le espíe celosa, y tendréis algo como un *affiche* de Leandre.

Vamos caminito de Bullier. Adriana, Alicia, Mimí, Mignon, Ninon y Ninette, unas con calzones de ciclistas, ¡uf! (las que no tienen faldas de refacción y han acabado con las que tenían), otras con *toilettes* más o menos capciosas, invaden la acera.

Se llega a un pórtico abracadabrante, en cuyo dintel un gran relieve a colores muestra las contorsiones funambulescas de un cancán bailado por una griseta y dos estudiantes, y se desarma uno de paraguas, bastones y abrigos en el *vestiaire.*

Luego, provisto del correspondiente cartoncito rojo (un franco sábado y domingo; dos francos el jueves, día de gala), desciéndese por una escalera, desde cuyos peldaños se domina el enorme espectáculo. Una marejada de luz y de perfumes, una balumba de risas os invade, deslumbra, sofoca y ensordece. Y veis luego un inmenso hemiciclo limitado por una plataforma, sobre la cual, en dos alas que irradian de la tribuna central donde toca la música, hay pequeños palcos y mesas de café.

A la derecha de este salón de baile se abre el jardín de estío, con algunas avenidas sombreadas por castaños, algunas grutas y algunos huecos propicios al beso y al cuchicheo.

Eso es todo... Todo lo demás son *ellas*, las grisetas, las herederas más o menos apócrifas de mademoiselle Pinson *(une blonde que l'on connaît)*, las obreritas de a cuatro francos el día, que trabajan durante el ídem y suelen amar durante la noche; y una que otra o unas que otras de esas que, según la expresiva locución parisiense, *font les cafés*.

Naturalmente, algunas yanquis, escandinavas e inglesas contemplan, a guisa de turistas, el baile.

No hay que confundirlas, señores estudiantes: aquella «güera» pecosa, de lentes azules, es de Boston y está escribiendo una novela parisiense; esta ultra-rubia, de capota de astracán, es discípula de Kropotkin, piensa demasiado en el orden social, para bailar; la dama que muestra sonriendo sus

dientes orificados, en el palco inmediato, se llama Miss Thomson: llegó antier de Londres, y es doctora *ès sciences.*

La orquesta—¡oh! una orquesta muy convencional, donde hay más cobre que cuerda—rompe con una polca endiablada. Y mil estudiantes, artistas, poetas, filósofos, o lo que sea, con otras tantas damas, damiselas o lo que a ustedes les acomode más, lánzanse a bailar o hacen rueda en rededor de dos o cuatro *cancanistas* (más ingenuas, eso sí, que las del *Moulin Rouge).*

El jardín, en los entreactos musicales, lleno de diálogos y de chocar de copas, se vacía para henchirse de nuevo, terminada la pieza.

Bailad si gustáis.

Si gustáis, mirad desde una *loge* a los que bailan.

Si gustáis, quedáos en el jardín charlando con esa buena muchacha que por ahora se contenta con un bock y un poquillo de esprit.

O bien, golpead el pecho acojinado de ese negro de bronce que cuenta, con aparato visible, los kilográmetros de fuerza que habéis desarrollado con el puño *(Dix centimes s'il vous plait!)*

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo. Pues qué, ¿aguardabais otra cosa?

Mil buenas gentes que se divierten de la manera más inocente del mundo, que danzan hasta reven-

tar, que gritan hasta desgañitarse, que beben refrescos, que se codean, se cortejan, se enamoran; que gustan de quolibets amables y que, —oídlo, compatriotas míos, —*no riñen* jamás.

Nunca vi en Bullier un gendarme. Trasladad el espectáculo a México y contad, si os place, las cuchilladas. Sí; eso es todo. Y, sin embargo, se respira allí un hálito de frescura tal, de ingenuidad, de júbilo sencillo, que aun a los que solíamos ir para confinarnos en un palco, frente a *una granadina* (no de Granada de España, sino de jarabe de granada), vagando con la mirada por el gárrulo panorama, nos acontecía estar contentos.

No siempre, sin embargo; y la prueba de ello es que, en cierta ocasión en que Rubén Darío y yo bostezábamos, él me dijo:

—¿Por qué no podemos ya estar alegres como ésos?

Y yo le respondí:

—Porque vinimos a París un poco tarde. A París debe uno venir cuando tiene veinte años.

XXVI

A UN ARTISTA

CUANDO el lis taumaturgo de tu mano
al monstruo melodioso y taciturno
que se llama piano
arranca el soberano
y doliente embeleso de un *nocturno*,
mi alma quisiera, de lo humano franca,
y envuelta en esa voz que nada alegra,
morir en una tecla: la más blanca;
yacer en otra tecla: la más negra.



XXVII

A OTRO ARTISTA

TEN el santo valor de tu tristeza,
pues que Dios te hizo triste, y no demandes
al ajenjo opalino
un repique locuaz en tu cabeza,
donde hay penas más nobles y más grandes
que el júbilo bellaco de tu vino.

Ten el santo valor de tu tristeza
y sé triste hasta el fin del viaje breve,
como la madre Naturaleza,
cuando las tardes,
cuando el otoño,
cuando la nieve.



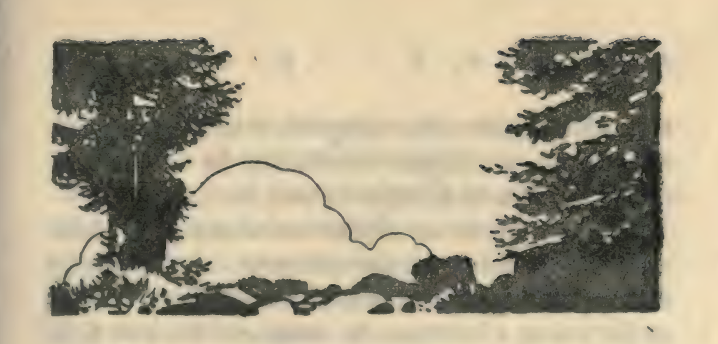
XXVIII

EN FLANDES

El Clavicordio—dijo Clara, la pensativa,
que del viejo castillo gusta ser la cautiva
y mirar silenciosa, en los campos escuetos,
las blancas ramazones de los blancos abetos,—
es grato a mi alma como la dulce paz campestre,
y como las caricias de mi burgomaestre.
  Dijo Adela, festiva mujer de rizos de oro,
la de opulentos flancos y tez de flor: —Adoro
el son de los violines heridos sabiamente
en la «kermesse», al rayo del sol auricadente;
los violines magyares a cuyas blandas notas
bailo, en los frescos *polders*, minuetos y gavotas.
  Dijo Balduina Van der Rotten: —Más que mis finas
blondas de Brujas, más que mis cofias de Malinas,
más que mis granjas úberes y que mis gordos quesos,
amo y busco la música sonora de los besos.—
Así dijo Balduina, la joven rubicunda,
y entreabría sus labios una risa jocunda.
  Yo fuí juez, y anhelando ser un juez halagüeño,
dije: —Tú, Clara, eres la reina del Ensueño:
irás al son de flautas y pájaros que troven

al país de Mozart y el marmóreo Beethoven.
Tú, Adela, en tanto que tu existencia se enhebre,
hallarás en la danza la gloria de la fiebre.
Tus ilusiones, fuga vivaz de mariposas,
pasarán por la vida como sobre las rosas.
Balduina, que prefieres los besos a las artes,
en cuanto a ti, elegiste la mejor de las partes.

En premio de mi fallo, Clara dióme su alada
pasión; Adela, el vértigo de su ronda sagrada,
y Balduina, los besos de su boca divina.
Yo era, íntimamente, del gusto de Balduina.



XXIX

ALPINA

Hace varios días que trepo a las montañas alquiceladas de nieve, que desciendo a los collados milagrosos, alfombrados de gloria estival — estío fresco y discreto de Helvetia—, que navego en vaporcitos blancos y azules o en esquifes graciosos, por el zafiro manso de los lagos, perdiéndome a veces en los recodos misteriosos, atravesando a veces esos estrechos pasos en que las montañas se nos vienen encima, se buscan de una ribera a otra, van dando zancadas ante las cuales el agua se estrecha, se encauza más hondamente — ¡medrosilla azul!—como si quisiesen besarse a través del lago.

Desde la cumbre nevada del Rigi he apacentado mis ojos en la radiante opulencia de los Alpes; he apacentado mis oídos en la música melancólica del cuerno pastoril, y en el canto tirolés que salta, cris-

talino, del registro bajo al agudo, y torna al primero en traviesa pero triste movilidad; he apacentado mi corazón en la quietud de esta tierra bendita.

He peregrinado de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, pidiendo al aire que pasa, al césped que aterciopela las colinas, a la electricidad que palpita en las nubes, a la resina del bosque, a la nieve de la montaña, a lo alto y a lo bajo, al lago y al cielo, una limosna de paz y de salud; y la montaña, y el lago, y el bosque, y el cielo han tenido piedad de mi anemia, y en su regazo santo me he sentido fuerte y feliz.

Esta comunión con la divina Naturaleza pacifica. Se llega al regazo de la santa Genitriz con el fardo de inquietudes que nos pone a cuestas la vida, y allí las nieves extraseculares, las arboledas harmoniosas, el agua que corre y espejea, la flor que brota, el viento que pasa, se apoderan de nuestro espíritu, nos hacen suyos, nos recuerdan que no somos más que el átomo de un gran todo, y nos tornan pacientes como ellos, dulces, mudos y santos como ellos.

❖

Recuerdo, al pasear mis ojos por el panorama de estas nevadas montañas, —iridiscentes al surgir el sol, —de aquellos valles misteriosos, de estos cantiles gigantescos, de esos lagos que sueñan en la placidez de las hondonadas, salpicado todo ello de

cabañas y de palacios; recuerdo, digo, el cuento aquel según el cual el Diablo cogió un puñado de casas y las arrojó al azar sobre Suiza. Esta se prendió a una roca de la montaña como nido de águila; aquélla fué a acurrucarse en un repliegue de la colina; la de más allá durmióse, reflejándose en el agua azul de los lagos.

Este país, único, pone miedo con lo que evoca de tremendos cataclismos geológicos; parece como que un inmenso monstruo primordial fué hollando con poderosas plantas esta región maravillosa, y dejando en ella sus huellas monstruosas para siempre.

Parece como que la mano del Eterno, modelador de los mundos, asió esta tierra, la apretó, la martirizó, la estrujó y arrugó en un momento de ira, haciendo de ella un caos de valles y cimas, de barrancos y grutas; y después, arrepentido de su ira, sonrió, y su sonrisa puso lagos en los huecos, cristal en las cimas, terciopelo en las laderas, selvas en las gándaras, armiño en los ventisqueros, aromas en el viento.

Y pensé también en los *nacimientos* que embelesaron mis ojos cuando niño; en su ilógica topografía, en su absurda belleza. Así es Suiza, así la soñé, así la encontré, la amé así y así la recuerdo.

XXX

SU MAJESTAD EL ÓRGANO

Si me hubiese sido dado elegir mi carrera, determinar de antemano mi vocación, sin todas esas trabas que después pone la vida a nuestras acciones, a nuestros proyectos, a nuestros deseos, sin duda que habría sido un organista: *Maese Pérez*, o cualquier otro, antes que un literato y un poeta.

Y es que yo creo que, dada la tendencia a sutilizar, a fluidificar, como si dijéramos, cada día más la expresión sensible de nuestros pensamientos, dado el refinamiento cada día mayor de nuestros sentidos, dada la agudeza cada vez más intensa de nuestras percepciones, la música y sólo la música podrá ser en el porvenir, y en un porvenir relativamente cercano, el idioma de los elegidos, si no el idioma universal.

Víctor Hugo reprochaba a Verdi que le hubiese musicado un drama, e irritábase cuando sabía que alguna de sus composiciones daba pretexto a una romanza.

—Pues qué—decía—, ¿mis versos no son bastante música?

—No, maestro. Ningún poeta, y no ya de los de tu época, que entendieron bien poco del asunto, excepto tú, sino aun de los grandes instrumentadores modernos del verso, como Verhaeren, Maeterlinck, Paul Fort, Gustave Kahn, Mallarmé, Moreas y el gran Verlaine, ha logrado aún sorprender, asir, *atrapar* una de esas infinitas melodías de la naturaleza que inspiraban a Beethoven, a Wagner, a Büllow, a Brahms, siquiera con la perfección de un músico mediano.

La palabra es primitiva, complicada, rudimentaria, aun en las lenguas más avanzadas. Sus onomatopeyas son infantiles, silvestres, salvajes aún. Un mal compositor valdrá siempre más que un buen poeta, porque dispone de un instrumento de expresión mucho más perfecto. Y eso que la música, a pesar de sus inmensos adelantos realizados en breve tiempo, si consideramos la cantidad de perfeccionamiento a que está llamada, se encuentra aún en mantillas, en tanto que el verso es ya una forma artificiosa de luengo estudio y honda reforma.

⊠

Nunca olvidaré los deleites de paraíso que me proporcionó muchas veces en diversas ciudades de Europa una audición de órgano. No quiero hablar de los conciertos que en Londres, por ejemplo, son tan frecuentes en casi todos los templos, ni de aquellas matinées del Trocadero, durante la Exposición

Universal de 1900, en las cuales *hacían el gasto*, ya un magnífico orfeón alemán de 250 voces, que era una maravillosa orquesta de gargantas, ya el espléndido órgano que ocupa todo el fondo del teatro; y referiré sólo mi impresión de los conciertos de órgano en Lucerna, esa divina ciudad que es un zafiro engarzado en los cuarzos blancos de los Alpes, como una pupila azul en un rostro de nieve.

El cantón de Lucerna es católico, y la ciudad tiene su catedral, un gótico templecito que parece de Nochebuena, cuyas dos torrecillas puntiagudas escalan graciosamente el cielo sin mancha. Esta catedral está dedicada a San Ligero, y es aérea, leve como su nombre. Dos ángeles niños podrían transportarla en sus alas a las nevadas montañas vecinas, con menos esfuerzos que aquellos que, según la leyenda, llevaron por los aires la casa de Loreto.

Mas si la catedral es pequeña, el órgano es grande, y uno de los más célebres de Suiza. Y en cuanto al organista, es digno de una leyenda de la Edad Media. Todos los jueves hay un concierto que empieza a las dos de la tarde, y cuya entrada vale dos francos, y un mundo cosmopolita llena, semana por semana, las alineadas sillerías de roble que dividen en dos la nave central del templo.

Yo no falté jamás, durante mi veraneo en la maravillosa ciudad alpina, a esos conciertos en que se desparraman a raudales los tesoros de los grandes maestros alemanes. Recuerdo que nuestro maestro

Campa me acompañó algunas veces y me enseñó a deleitarme más aún de lo que mi instinto musical podía, en aquella opulencia de arte y de emoción incomparables.

El público entraba silenciosa, más bien diría religiosamente; instalábase sin ruido en los obscuros sitiales, y en la quietud ambiente surgía de pronto una voz tímida al principio, melodiosa, suave, aguda después como un clarín de guerra. Y pronto, parecía como que por encantamiento, de los muros, del altar, del techo, se elevaba un concierto de cantos invisibles. Las diversas tuberías instaladas en varias tribunas y entre sí conectadas, ya tronaban como una de esas tormentas que aturden la ciudad, repercutiendo en todos los picachos y en todas las hondonadas de las montañas, ya discreteaban como misteriosos diálogos de lo invisible. Gluck, Bach, Mozart y Beethoven... ¡qué poder de expresión adquirían esos *expresivos* inmortales en las cien voces, en los cien gritos, en los cien lamentos apocalípticos de ese instrumento por excelencia! Entornando mis ojos creía ver el desfile de las trompetas de Jericó radiando al sol enfurecido; oir creía los lamentos de Job y de Jeremías; los unciosos cantos de David, los amargos versículos de Salomón; ver creía marchar a los cruzados, más acorazados de ideal que de hierro. Soñaba en Bizancio, donde dicen que el órgano hacía llorar a los emperadores decadentes.

Contemplaba el angustioso latido del mar golpeado por los vientos, y columbraba a lo lejos al hombre silencioso y casto que, desde una peña de Patmos, traducía, con una pluma de águila sobre el papyrus, los rumores formidables del juicio final.

✠

Si, como se ha dicho, el piano es una orquesta en las manos de un ejecutante, el órgano es más aún: es algo inmenso, es una tempestad en las manos de un hombre.

En los tubos de zinc duermen o cantan todas las melodías de los orbes. Allí está lo que dice un árbol a otro árbol en alas de la brisa que despeina su cimera; lo que dice una nube a otra nube, un mar a otro mar, un viento a otro viento y una estrella a otra estrella.

Duermen en esos tubos, o cantan por sus horizontales bocas doradas, risas de niños, voces de mujeres, apóstrofes de profetas, cánticos de bienaventurados.

En esos tubos está encadenado el ritmo del mundo. Un soplo de aire, y basta; la eternidad habla, la humanidad llora, la tristeza suspira, la alegría canta *gloria in excelsis*.

Ser un gran organista es tener la clave de los relámpagos y de los truenos.................

....

Cuando yo descendía la breve escalinata de San Ligero, ante aquella naturaleza plácida, salpicada de lagos, como si el cielo azul se hubiera desmoronado sobre los valles, parecíame que volvía del Apocalipsis, como Dante volvió del infierno.



XXXI

A LUCERNA

Yo no sé qué gracia anima las alburas de tus hielos
en tus cúspides alpinas de perfiles siempre vagos;
si tus lagos son azules de mirar tanto tus cielos,
o tus cielos son azules de mirar tanto tus lagos.
Pero sé que quien te busca, pero sé que a quien tú besas,
ya no más ha de olvidarte mientras pene y mientras viva.
¡Veme, pues, con esos lagos que son húmedas turquesas,
que son húmedas turquesas de mirada pensativa!
Virgencita de las aguas, virgencita de la nieve,
pastorcita de los Alpes, edelweiss de sus barrancos,
guarda todos mis ensueños, que si no me muero en breve,
cuando torne habré de hallarlos más azules...
o más blancos!

XXXII

BALE.—BŒCKLIN

En un recodo del Rhin sagrado, bajo cuya esmeralda líquida vive la Leyenda, está Basilea, la ciudad que más he amado de cuantas he visto, con excepción—*cela va sans dire*—de París.

Et in Arcadia ego! murmuro, aun cuando recuerdo que tres veces vagué en su recinto venerable, y que tres épocas diversas soñé en la húmeda penumbra de sus callejuelas, ascendentes y tortuosas; que tres veces evoqué las sombras de Erasmo, de Paracelso y de Œcolampado; que tres veces viví en comunión con el divino Bœcklin.

La ciudad está situada a una y otra orilla del Rhin; el *Bâle pequeño* a la derecha, y el *gran Bâle* a la izquierda. La primera vez que llegué a la ciudad era de noche (y sin embargo no llovía), y fuí a alojarme al Bâle pequeño. Para llegar a él hube de atravesar, bajo el nácar de la luna, un puente de madera; ese puente de madera había sido construído el año de 1285... Por él paseó muchas veces, meditando, Erasmo de Rotterdam.

Detúveme en la medianía de aquella soberana

antigualla: el Rhin, amplio, imponente, arrollador, a la luz de la luna fingía un jade opulento. A uno y otro lado erguía la ciudad dormida sus techos puntiagudos, hermanos de los techos de Holanda; las callejas culebreantes se desvanecían en misteriosos limbos de sombra.

⊞

La segunda vez que llegué a Bâle—de noche también, acompañado del artista Ramos Martínez—, luego de dejar nuestras maletas en el hotel, descendíamos a la calle con ánimo de ver el Rhin, que mi compañero no conocía, y el hotelero se escandalizó:

—¿Adónde van ustedes?

—A ver el Rhin.

—¡A estas horas! ¿Con qué objeto?

—Con el objeto de... verlo, amigo mío.

El hotelero nos dió con la puerta en las narices.

—¡Aquí nadie sale después de las nueve (eran las diez), fuera de la gente perdida! ¡A acostarse!

Y no hubo remedio: subimos a nuestra habitación para no ser gente perdida.

Hacía calor y salimos al balcón. Todo estaba quieto, dormían los hombres y las bestias... menos los gatos. Cada tejado era una gatomaquia.

Zapaquilda la bella celebraba sus ruidosas nupcias en todas las cornisas, en todos los caballetes, en todas las troneras: Bâle era el paraíso de los ga-

tos. Allá iban, encorvando el lomo e irguiendo la cola, allá iban perfilando, en la media luz de la noche estrellada, *sus columnas vertebrales*, como en la admirable traducción de Balbino Dávalos.

Ramos y yo adoramos a los gatos tanto como cualquier egipcio de las viejas dinastías, y aquella noche fuimos felices sin ser *gente perdida*, puesto que no salimos a ver el Rhin.

⊠

La tercera vez que fuí a Bâle, viví con Bœcklin y con una vieja emperatriz: la emperatriz Ana, esposa de Rodolfo I de Hapsburgo, muerta en 1281, en Viena, y sepultada en la Catedral, en un mausoleo que muestra una bella estatua yacente, con un perro custodio echado al pie.

A Bœcklin iba a buscarle al Museo de Bâle; a la emperatriz, a un crucero de la catedral gótica, hecha toda de asperón rojo, con dos campanarios enormes, y que encierra también bajo sus bóvedas la tumba de Erasmo, y muestra, en su primer piso, la sala donde se celebró, en 1431, el Concilio de Basilea.

Y ambos muertos, el pintor y la reina, dieron a mi espíritu casa y hogaza.

¡Bœcklin! Más tarde, en Munich, me fué dado ver muchos de sus cuadros, que con los de Bâle han dejado no sé qué noción de un mundo utópicamente bello en mi cerebro.

Amo esa su absurda mitología, entre pagana y teutónica; amo esos tritones obesos que cortejan a sirenas diáfanas en el estruendo del oleaje, esos centauros trágicamente joviales, esas ondinas ojiverdes y misteriosas; amo su colorido tibio; amo esas aguas verdosas de sus cuadros, que huelen a ozono; amo al hombre viejo, de cara homérica, creador único, singularísimo, de *un estremecimiento nuevo* en la Pintura.

⊠

Amanece. Una bruma ideal cubre el Rhin, que se vislumbra a través de ella como una gigantesca esmeralda engastada en un ópalo inmenso. El sol entre esa bruma, ha perdido su fuerza; puede uno contemplarle, sin ser águila, frente a frente.

De pronto, fantásticamente, los techos puntiagudos rasgan aquellos flotantes cendales, y Bâle aparece en la gloria de la mañana, gentil y alegre, a pesar de los siglos que lleva a cuestas, como un abuelo sonriente que madruga. El Rhin, ahora excandescente, irritado, espumarajea y se hincha bajo los puentes centenarios; el sol asalta el cielo como un emperador acorazado de oro, y asaetea las torres, arde en los vitrales, resbala en los techos, tiembla en el agua turbulenta; y los trasgos de la noche, los viejos fantasmas de la vieja ciudad, huyen allá lejos, a la Selva Negra, que perfila su cresta vaga en el horizonte.

XXXIII

EVOCACIÓN

Yo la llamé del hondo misterio del pasado,
donde es sombra entre sombras, vestiglo entre ves-
fantasma entre fantasmas... [tiglos,
Y vino a mi llamado,
desparramando razas y atropellando siglos.
Atónitas, las leyes del tiempo la ceñían;
el alma de las tumbas, con fúnebre alarido,
gritábale: ¡detente! --Las épocas asían,
cual garfios invisibles, su brial descolorido.
¡Mas todo inútil! Suelta la roja cabellera,
la roja cabellera que olía a eternidad,
aquella reina extraña, vestida de quimera,
corría desalada tras de mi voluntad.
Cuando llegó a mi lado, la dije de esta suerte:
—¿Recuerdas tu promesa del año mil?
—Advierte
que soy tan solo sombra...
—Lo sé.
—Que estaba loca...
—¡Me prometiste un beso!
—¡Lo congeló la muerte!
—¡Las reinas no perjuran...!
Y me besó en la boca.



XXXIV

DEUTSCHLAND

LLEGO a Zurich con la lluvia; hace tiempo que nuestra señora la lluvia me sigue por dondequiera. Se diría que me ama y que la busco; que me busca y que la amo. El lago parece estañado. El humo de las chimeneas empaña el ambiente grisáceo con tonos de sepia, y un amodorramiento infinito se apodera de las cosas. Parece que las cosas tienen frío, que el alma de las cosas tirita dulce y calladamente bajo su inexpresiva e insípida envoltura. Esta lluvia pertinaz, lluvia otoñal que prepara la humedad y el estremecimiento continuo del invierno, sienta bien a las viejas ciudades alemanas. Es una coquetería más para ellas.

Hace ocho días, al llegar por tercera vez a Bâle, una neblina espesa envolvía la esmeralda inquieta del Rhin. ¡Y cómo ganaba en embeleso la apolillada y divina ciudad de Erasmo y de Holbein con ese tocado de blonda! La roja catedral, antiquísima, se destacaba imperiosamente en el lino flotante. Sus torres agudas parecían desgarrar el cendal inconsútil, y—espectáculo nunca por mí contemplado—al

día siguiente, el sol, detrás del amontonamiento de brumas blanquísimas, lividecía, empalidecía, no acertaba a herir la pupila, y parecía una luna, pero una luna extraña, nítida, una luna de nieve.

¡El día estaba *de medio luto!* De pronto las neblinas se rasgaron destrozadas por una áurea saeta poderosa, y la ciudad ideal, con sus viejos techos puntiagudos, sus calles culebreantes y ascendentes, su *Münster* milagrosa, sus chimeneas transpirantes, apareció ante la apoteosis matinal, asentada a ambas márgenes del río de las leyendas, semejante a una de esas misteriosas vagabundas del *oro del Rhin*, cuya vida glosan las imperecederas instrumentaciones wagnerianas.

Y Zurich, el corazón de la Europa, no es menos bello que Bâle, en esta otra mañana en que el gris llega hasta el heroísmo de la monotonía.

Nada nuevo esconde para nosotros la ciudad a la cual los suizos llaman ingenuamente el *París de Helvecia;* conocemos todos sus laberintos, todos sus rincones; nos hemos detenido al borde leproso de todas sus fuentes y al amparo de madera apolillada de las puentes obscuras, desde cuyas ventanas se ven lívidos paisajes de azogue, que se creyeran holandeses, a ambos lados del río verdoso y murmurador; a tal grado, que se pensaría uno en Amsterdam vegetando a la orilla de los plomizos canales; pero como el día es propicio a las antiguallas, nos dirigimos al Museo, donde encontra-

mos la sucesión más entera y cabal de *interiores*, de conventos y de castillos medioevales; y después vamos a una pequeña biblioteca, rica en autógrafos de Zuinglius, de Lutero y de Juana Gray. Allí está toda la historia de la Reforma. Parece que flotan los miasmas de la hoguera de Juan Huss, y que se escuchan aún las tremendas sátiras de Erasmo de Rotterdam, y se siente uno bien ante la lluvia mercurial que se desploma en un rincón de esta guarida de protestantes, absorto en la contemplación de las parsimoniosas telas holandesas, impregnado todo del recuerdo de Zwingli (para darle su nombre no latinizado), el tremendo dialéctico; y de ese hombre de cara redonda y plácida, que se llamó Luther, el enamorado de Catarina von Bora, el formidable reformador, contra el cual disparó Erasmo su *Tratado del libre arbitrio*, en tanto que en España, Ignacio, armado de todas sus armas por la Virgen, en Manresa, juraba con Salmerón la batalla a muerte a la Disidencia.

⊠

Un tímido sol nos acaricia al día siguiente al salir de Zurich, y al llegar a Romanshorn, a la orilla del imponderable lago de Constanza, que besa las playas de tres naciones, el júbilo de mediodía lo inunda todo.

Atravesamos el lago bajo ese júbilo ideal. Las riberas se borran en la lejanía tras una bruma tan

leve, que se diría el alma de una bruma matinal, casi diáfana como un velo de novia.

Y el lago, ¿a qué habré de compararlo? Pues lo compararé a un inmenso ensueño azul. Duerme como en deliquio. Ni un rizo, ni una onda, ni una espuma, fuera de las irisadas que forma la quilla al estrujar el raso azul de las aguas.

«Es tal la paz de la mañana dorada, que no parece sino que la Naturaleza se halla en éxtasis...» Chits... el silencio es santo.

En medio del azul de arriba y el de abajo, en un buque azul, soñadores, acabamos por pensar que nos encontramos dentro de una inmensa piedra preciosa, dentro de un gran zafiro; somos de la esencia misma del sueño; somos el sueño mismo. Un Dios nos ha aprisionado en un cristal azul, levemente teñido de oro. Vamos al través de un planeta azul, de un planeta de cristal azul.

En el barco, entregados a la contemplación del agua y del cielo, todos callan.

¿A qué habré de comparar el sol de aquella mañana? Pues lo compararé a una gema engastada por Zeus en un inmenso esmalte azul.

Muy a lo lejos empieza a surgir una vieja arquitectura. Una como ciudad amurallada, que avanza sobre una lengua de tierra hacia el lago. En su rededor palpita un enjambre de velas, como una bandada de garzas inquietas. Predominan en la ciudad el rojo y el verde: el rojo de las murallas, de las

casas y de las torres; el verde de las arboledas. Y estos dos colores rompen la divina monotonía de nuestro mundo azul y añaden tintas a la opulencia de la mañana.

Esa ciudad amurallada que avanza hacia el lago, es Lindau, puerto bávaro. Nos acercamos a la melancólica Alemania, madre del Ensueño. Ya se distinguen perfectamente los dos torreones que guarnecen y franquean la entrada, y en los cuales gallardean al viento la bandera azul y blanca de Baviera y la bandera negra y roja de Prusia, hegémona y triunfadora. Ya se ven en las murallas envejecidas las herrumbrosas argollas a que se amarran los buques; ya el muelle recorta su línea obscura sobre la transparencia azul del agua; ya vemos la palpitación de esmeralda y oro de los árboles en que empieza a amarillear el otoño.

¡Conque al fin voy a pisar esa Baviera bendita de mis ensueños! ¡La perpetua inquietud de mi vida ha tenido a bien aventurarse por el suelo que tantas veces vi en ilusión, en mis horas crepusculares de honda nostalgia y de meditación arcana! Dios me ha deparado esta incomparable gracia de venir a sondear el ensueño de Gretchen en la patria de Gretchen misma... ¡Loado sea Dios! Y con un sentimiento cuasi religioso, piso la tierra de Teutonia y me aventuro por las callejas sombrías y solitarias de Lindau.

Seis horas de tren—y qué espléndidos trenes estos de Alemania, sólo comparables a los americanos y a los nuestros, americanos también, es cierto, pero infinitamente superiores a los carros franceses que parecen víctimas de continuos estremecimientos espasmódicos—. Durante esas seis horas hemos subido a través de los Alpes, hasta 1.700 pies sobre el nivel del mar, en medio de obscuros bosques de pinos, salpicados de aldeas y de burgos mohosos. Una gran llanura árida y triste se extiende a nuestra vista. El cielo es de un azul purísimo en el que bogan, pensativas, muchas estrellas. Hace frío y la farándula de las hojas secas, venidas de la selva ya lejana, nos habla del divino *autumno*, padre de los frutos y de la melancolía.

De pronto parecen desfilar ante el tren algunos edificios, que se van apiñando y alineando en nutridas filas; luego el tren entra, resonante, bajo el enorme cobertizo de acero de una estación. Estamos en Munich, la capital de Baviera, y el primer centro artístico de Alemania: *Deutchsland* nos aguarda.

Una alegre multitud llena las calles que atravesamos hasta el hotel Roter Hahn, situado en la Karlsplatz, bulliciosa a esas horas y festiva como pocas, a la luz de los radiantes reverberos eléctricos.

Y frente a nosotros una sorpresa ideal: una gran puerta medioeval, obscura, pesada, ancha, comparable sólo en belleza a esa Porte-Saint-Denis de

París, menos vieja quizá, pero no menos embelesadora, bajo cuyo arco he pasado cien veces, temblorosa el alma de leyendas.

Y a lo lejos, en el poético retorcimiento de la calle, más puertas, algunas coronadas por pesadas torres; y portalones sombríos en los que se sustentan edificios de una fisonomía especialísima, inconfundible, mostrando a unos dos tercios de altura, en las esquinas, góticas vírgenes de piedra y dolientes cristos moribundos; porque München, cuyo nombre mismo (monje) es ascético, profesa fervientemente el catolicismo. Allí no ha llegado el soplo de desolación del tremendo fraile apóstata.

Mi primer recuerdo *mexicano* es para Gedovius, *master Gedovius*, el exquisito y atormentado artista nuestro, el humilde y prestigioso autor del *autoretrato* premiado en nuestra última exposición de Bellas Artes; para Germán Gedovius, el bueno, el resignado, el de alma de niño y pincel rembrandtesco, que aquí vivió y que tantas veces, en su conciso y rudo lenguaje sin verbos, me decía:

—¡Ah! ¡Munich! ¡Munich ¡Alto, alto! ¡Bello, bello! ¡Arte, gran arte! ¡Lenbach, Kaulbach!

Pobre Germán... Pero ¡quién sabe! El porvenir suele ser más misericordioso que el presente.

XXXV

MUNICH.—WAGNER

A Luis Quintanilla, para que se acuerde.

APENAS sacudido el polvo del camino, a vagar, a perdernos en el dédalo de callejuelas románticas — Neuhauser Strasse, Kaufinger Str., Marien Platz (un rinconcito de lo más ideal del mundo), y luego, a la izquierda, por la Maximilian Str., hasta la serie de palacios que constituyen la residencia Real y hasta los bordes del Izar, que, entre las sombras, arrastra sus linfas resonantes.

Y ¡qué sucesión más bella de rincones vetustos! Plena decoración de ópera, en cuyo fondo la *Frauenkirche* (Nuestra Señora) apunta al cielo con sus torres gigantescas.

Por allí debe de andar la *dama blanca*, o acaso hoy, al claro medio entonado de la luna, se celebra en alguna barriada la Walpurgis. Los gatos eléctricos preparan nerviosamente su *toilette* sobre los tejados. De las cervecerías subterráneas, inpregnadas de humo de pipas, de emanaciones de *wurst*

mit sauer kraut y de vapores de *Münchener bier*, surgen, bamboleándose por las estrechas escaleras góticas, estudiantes borrachos, con la cara arañada en todos sentidos por la punta de los floretes, gracias a esa monomanía *duelística* que hace de cada muchacho teutón un ingenuo fierabrás, orgulloso de que le surquen el mayor número de veces posible los carrillos y la frente, y de rayárselos él a sus rubios congéneres.

—Tengan ustedes cuidado—nos ha dicho, exagerada y solícitamente, una estimable dama bávara, en Suiza—: los estudiantes de München son muy pendencieros, amantes de buscar camorra y de querellarse con todo el mundo, por la desabrida vanidad de hender la cara al prójimo o que el prójimo se las adorne.

Pero la cautela es inútil. Todos están ahítos de cerveza y apenas pueden con su beligerante cuerpo. Y luego, que los latinos tenemos medios más expresivos que los araños para sacudirnos a los camorristas.

Por lo demás, nadie nos molesta en la taberna adonde bajamos a cenar el inevitable chorizo con choucroute, y los *spargel* que gozan de fama de ser aquí los mejores del mundo; otrosí, el genuino Rostbraten... Muy al contrario, las muchachas que nos sirven, una sobre todo *(der liebe schatz!)*, nos sonríen con una candorosa coquetería—piensan en las propinas que les valdrán sus sonrisas—y pro-

curan que no pase inadvertido para nosotros ninguno de sus encantos.

Sólo que, viniendo de París, estas buenas sajonas nos parecen modeladas a hacha. Casi todas son feas. Como he tenido ocasión frecuentemente de observar, en Alemania la mujer es inferior al hombre en belleza; en tanto que en Francia la mujer es todo. El parisiense, por lo general mal vestido, bajito y poco airoso, forma el menos amable de los contrastes con la gallardía y el chic de la más simple moza.

Más tarde, en la divina tetralogía wagneriana, ¡cómo se echan de menos mujeres que se acerquen un poco a nuestro sueño! En tanto que Wotan y Siegfrid son tipos de una poderosa majestad, de una viril hermosura, Brunilda y las valquirias en general dejan mucho que desear a la ilusión, que se ha complacido en modelarlas con plasticidades soberanas.

⊠

Y la tarde siguiente se pondrá en escena, en el Teatro Nacional de Munich, por la propia compañía de Bayreuth, el prólogo de la tetralogía: el *Oro del Rhin*.

Pienso en el rey Luis II, cuya locura se explica uno después de haber seguido la obra del genio hasta *el crepúsculo de los Dioses*, cuando Siegfrid,

llamado por las divinas mujeres del lago, rompe los cristales de esmeraldas y se precipita en sus brazos. Hace algún tiempo que lecturas y audiciones frecuentes han ido creándome un concepto cabal de ese gigante germano, cuyo apostolado filosófico, literario y musical le eleva a la categoría más alta entre los hombres; y con honda y misteriosa emoción llego al teatro. Voy bien acompañado: Federico Nietzsche, el viejo profesor de Filosofía clásica en la Universidad de Bâle, el amigo íntimo (en un tiempo) del autor de los *Maestros Cantores de Nüremberg*, el ilustre muerto, me lleva de la mano; y con él, como en otro tiempo el florentino con su Virgilio, entro a ese abismo oceánico, de armonía sin riberas. También va conmigo d'Annunzio, en aquellas páginas inmensamente reveladoras de *El triunfo de la muerte* y del *Fuoco*; y bajo mi brazo llevo, por último, el poema wagneriano.

«Para que un acontecimiento sea grande—dice Nietzsche en su libro sobre Bayreuth—, dos condiciones deben encontrarse reunidas: la grandeza del sentimiento en aquellos que lo realizan y la grandeza del sentimiento en aquellos que son sus testigos. Por eso, ante la aproximación de todo acontecimiento importante, cada uno se pregunta con inquietud si los que van a asistir son realmente dignos...»

Y con inquietud yo mismo me hago esta pregunta, ya en las penumbras religiosas del teatro, donde

se adivina una multitud sumida en el mutismo de las grandes expectaciones.

¡Ah! sí; soy digno de este espectáculo, oh Wagner, oh fiero cantor de la fidelidad, oh inmenso barajador de dioses y de mitos santos; soy digno de de él, porque, desde las remotas playas de mi infancia insignificante, ya tendía los brazos al Ensueño, y a él he volado con mis propias alas, donde ningún poderoso de la tierra puso una sola pluma.

Si alguna vez el plumaje mío tocó con su orla blanca los pantanos de la vida, fué porque ésta, en vez de ungirme con tuétano de león para el esfuerzo, guarnecíame de plomos para la caída; porque ninguna mano piadosa me ofrecía el vino de los fuertes, y todas se tendían hacia mí con la enervante copa de las debilidades humanas. Pero aquí estoy, a pesar de todo, a pesar de todos, oh héroe; de lejas tierras vine, y tu obra será desde hoy mi eucaristía.

¡Con qué unción escucha el público, hecho una sola alma por el culto del genio y por la comprensión de su obra, la primera etapa de la tetralogía, y cómo la sigue toda, en tres noches más, hasta ese final imponderable en que Siegfrid cae para siempre, con toda su inefable juventud de una simplicidad inmortal! El voto del maestro se ha cumplido:

«Ayudadme—decía él a los que sabían oírle—, ayudadme a descubrir la cultura que mi música, la expresión hallada del sentimiento justo, hace presagiar; pensad que el alma de la música quiere ahora crearse un cuerpo, que busca su camino para tornarse visible en medio de vosotros, en el conjunto de vuestros movimientos, de vuestras acciones y de vuestras costumbres.»

¡Y qué colaboración tan íntima presta, en efecto, este pueblo cultísimo a la misión aún subsistente de esa música simplificadora!

Basta ver en rededor:

Las mujeres se eclipsan en la sombra; nada tienen que hacer aquí, en este templo, las *toilettes* provocativas, que nadie vería. Todas las damas escuchan en plena absorción y silencio. Los hombres siguen la partitura que tienen sobre sus rodillas, nota por nota, o el poema, verso por verso, a la tenue media luz de unos cuantos focos que obligan a sus pupilas a inauditos esfuerzos; la orquesta está oculta como en Bayreuth y como en el teatro de la Corte, y sólo su alma vibrante es visible para los espíritus en arrobamiento.

¡Todo para Wagner! Negarle un solo instante de reconcentrada atención sería un desacato. Pero en cambio, ¡qué recompensa! ¡Cómo esa música nos va revelando su esencia, emanada de la misma esencia de las cosas! He aquí a la diosa tal cual debía ser, no profanada por el teatralismo y lo con-

vencionalmente mediocre de las empresas sin conciencia. Estos que cantan son elegidos por la familia de Wagner, y dirigidos por el hijo de Wagner mismo. El arte, que, merced a Wagner, posee ya de nuevo su santidad y su inocencia; el arte consagrado y purificado, necesita, no intérpretes venales de esos que pasean por los teatros de Europa sus registros medios o agudos y sus gimnásticos *dos de pecho*, sino verdaderos sacerdotes, elegidos llenos de amor, de respeto y de fe. Bayreuth fué levantado como una salvaguardia para la *Obra* mutilada, desfigurada, teatralizada por empresarios comerciales, ávidos de lucro; y este teatro es un hermano gemelo del de Bayreuth, es decir: un santuario.

No lejos de aquí, en ese sencillo palacio que se yergue en el fondo de la gran plaza de Maximiliano, el *rey loco* oía, entre la sombra, único espectador en un teatro maravilloso, la tetralogía dirigida por Wagner y montada merced a la real munificencia de Luis.

Wagner necesitaba, para la realización de su sueño, no un empresario, sino un rey, y sesenta años de su vida se pasaron buscándole... hasta que se destacó, ante sus ojos ya fatigados, la gigantesca silueta de Luis II, y a un signo de la real mano, el Mito tomó forma, y en la santa colina de Bayreuth surgió como un gran templo de una gran Jerusalén de Arte, de Amor y de Santidad.

XXXVI

SCHLOSSBERG

He aquí que han pasado ya dos noches y dos días, desde que la última de las cuatro veladas que se consagran a la tetralogía sonó todas sus horas, y ni las ya habituales visitas a las pinacotecas antigua y moderna, donde se amontonan Rubens, Holbeins, Rembrandts, Van Dycks, Dureros, Murillos, Velázquez y lo mejor de los grandes maestros modernos; ni la exposición anual de pinturas del *Palacio de Cristal*, donde imperan Kaulbach y Lenbach; ni Shakespeare, representado con notabilísima propiedad por los mejores actores de Alemania; ni los conciertos que dirige nada menos que un Strauss recién llegado de Berlín; ni las frecuentes visitas a monumentos tan bellos como la Bavaria y el Propyleum,—bastan a atenuar en mi alma la impresión de *aquel motivo*, insistente, amplísimo, de un incalculable poder de expresión, que va y viene a través de las cuatro obras, desde *El Oro del Rhin* hasta *El crepúsculo de los dioses*. Y vibran con la propia fuerza en mi oído el grito de las valquirias, y el canto de los nidos en el *Siegfrid,* y el dúo inmenso entre el joven héroe y Brunilda, en medio de la apoteosis del día.

Siento que eternamente he de llevar conmigo este arte que, según la definición más justa que se le ha dado, es *un eco de la Naturaleza, transformado en amor.*

Y penetrado todo de esa alma nueva, de esa alma eterna que se me ha revelado, voyme a la soledad! y a qué soledad!, a la ribera del lago del Starnberg, al parque inmenso, donde deliró y murió el rey Luis, amado de los poetas.

⊞

Una hora de tren, y estamos a la orilla del lago, que nos proporciona una visión de la reciente Suiza. Angosto y prolongado, el Starnberg se diría más bien un caudaloso río. Sus aguas, de un verde aceitunado, son inquietas; sus márgenes, ahora aterciopeladas aún con las últimas pompas del año, son asilo de innumerables burgos, de tal o cual pequeña cabecera de margraviato, y de adustos castillejos que lucen sus torres repintadas entre el obscuro follaje.

Un «vapor» amplio, rojo, lleno de molduras doradas, con las armas de la realeza bávara, tapizado con mucha riqueza y gusto, aguarda a los excursionistas. Es la única embarcación ostentosa; los otros vaporcillos que cruzan el lago no se apartan del tipo común. En cuanto a éste, pertenecía al rey y fué vendido por el hoy príncipe-regente Leopol-

do a la Compañía de travesías del Starnberg. Es demasiado opulento; y, por otra parte, ya nadie va a morar a Schlossberg, a lo que pomposamente se llama el Palacio de Estío de Luis II. Apenas si el recuerdo entra allí *de puntillas y con el dedo en la boca.*—Media hora de navegación, y estamos en Leone, una *bourgade* humilde, desde la cual, al través de un gran parque, se hacen, descansadamente, veinte minutos para visitar el castillo. Poco antes de llegar a éste, en una colina, a la orilla del lago, se levanta una capilla de estilo indefinido.

Al pie de la colina, en una plazoleta, se yergue un obelisco que sustenta un fanal rojo, coronado por un crucifijo que abre sus brazos de bronce ante la movilidad incansable de las ondas. Allí fué donde, en 1886, el 13 de Junio, el rey Luis, oyendo que del fondo del lago persistían en llamarle extrañas y melodiosas voces de mujeres, buscólas, hallando, en vez de sus mórbidos brazos prometedores de ondinas, los de la muerte (1).

---

(1) En la edición original, sigue a este artículo—y lleva el número XXXVII—la poesía titulada «Un Padre nuestro por el alma del rey Luis de Baviera», que comienza: *Aquí fué donde el rey Luis Segundo.* Aparece también una nota que dice: *Amado Nervo «fecit»*. Esta poesía fué más tarde incorporada por el autor en la colección de *Místicas.* Y con las *Místicas*, en efecto, se ha publicado aquí tal poesía *(Obras Completas*, tomo I, págs. 209-211), por lo cual nos abstenemos de reproducirla en este lugar. No hay variantes de un texto al otro.—*N. del E.*

XXXVII

SEPTIEMBRE 9 DE 1900.

AYER, KÖNIG LEAR EN EL TEATRO DE LA CORTE DE MÜNCHEN:

VICTOR Hugo.—«Il y a de formidables tours de Cathédrales, comme, par exemple, la Giralda de Sevilla, qui semblent faites tout entières, avec leurs spirales, leurs escaliers, leurs sculptures, leurs caves, leurs cæcumus, leurs cellules aeriennes, leurs chambres sonores, leurs cloches, leur plainte, et leur masse, et leur flèche, et toute leur enormité, pour porter un ange ouvrant sur leur cime ses ailes dorées.

Tel est ce drame, *Le Roi Lear.*»

⊠

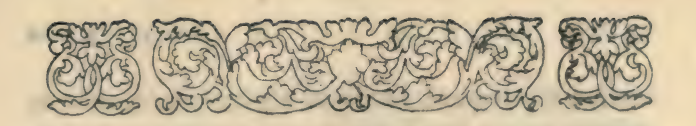
Yo callo, pues que el Maestro ha hablado.



XXXVIII

EN BOHEMIA

GITANA, flor de Praga: diez *kreutzers* si me besas.
En tanto que tu osezno fatiga el tamboril,
esgrimen los *kangiares* las manos juglaresas,
y lloran guzla y flauta,—tus labios dame, fresas
de Abril.
Apéate del asno gentil que encascabelas:
los niños atezados, que bailan churumbelas,
harán al beso coro con risas de cristal.
Por Dios, deja tu rueca de cobre, y a mi apremio
responde. Si nos mira tu zíngaro bohemio,
no temas: ¡en Dalmacia forjaron mi puñal!



XXXIX

ROMA

ROMA es ayer, Francia es hoy, América es mañana.

Roma es el pasado, Francia es el presente, América es el porvenir.

Roma creó y murió, Francia crea y muere, los Estados Unidos crean y morirán.

Roma es la manzana del Mar Muerto, Francia es la manzana del Paraíso, los Estados Unidos son la manzana de las Hespérides: hay que correr para cogerla.

Esta es la ley.

Se es dios, se es semidiós, se es hombre, se es gusano: el gusano que se come a los muertos. Roma está más muerta que Lázaro: ya hiede. Para ella no hay resurrección; tiene demasiadas piezas el coloso para reintegrarlo. ¡Quién hubiera reconstruído aquella estatua colosal que esculpieron los cinceles del sueño de Daniel! Pies de arcilla y cuerpo de metales inmensos. ¡Nulla est redemptio!

—Aquí,— os dicen, mostrándoos unos mogotes

de ladrillo empenachados de hierba,—fué la casa de Nerón. Mirad este fresco: Apolo con las nueve hermanas (y el fresco ya no existe). Ved esta fuente: en medio de ella estaba el grupo de Laoconte, que ahora está en el Vaticano (y la fuente ya dilapidó hace siglos el tesoro de su agua). Ahí yace Séneca... (y Séneca ya no yace, sino en la sabiduría de sus libros eternos). En este sitio, al alado Jesús dijo el San Pedro tránsfuga: *Quo vadis, Domine?* (y una capilla miserable señala un sitio problemático). En aquel reborde del camino duerme Cecilia Metella (y los ojos ven un circo mural, desvestido ya de mármoles, mostrando la leprosa impudicia del ladrillo: ánfora vacía de alma y de ensueño). Señor: mire el foro de Trajano, el más bello de los foros de Roma: *Forum Imperatorum.* (y el ojo avaro y nostálgico no ve más que bases de columnas monolíticas, de granito gris, desportilladas y que hacen gestos al cielo insolentemente azul de Italia.)

Oh cadáveres: si existís en el recuerdo, ¡a qué existir para la ignominia! ¡Por qué han removido la capa de tierra misericordiosa que amparaba vuestras vértebras deshechas! ¡Por qué han permitido a la vanidad iconoclasta (iconoclasta en el sentido verdadero) de los pontífices máximos adornar la cima de la columna trajana con un mediano bronce de San Pedro (del que negó tres veces a Jesús), embarazado con el peso de las herrumbrosas llaves del herrumbroso reino de los cielos!

Y luego, la avaricia irrespetuosa de los guías, que lucran con las momias de los dioses y de los santos de los primeros siglos del cristianismo; y la indiferencia injuriosa de los frailes de las catacumbas, que dejan podrir sus muertos al sol y ruborizan el cadáver de Santa Cecilia, mostrándonos, en una reproducción del mismo, los tres collares sangrientos que el verdugo señaló en su cuello de paloma. (Y ¡cómo hubo un césar divino, capaz de adornar de tan cruenta manera el cuello de una virgen tan hermosa! El Areópago que absolvió a Orestes la hubiera perdonado el delito de ser cristiana.)

Roma es ayer: ¡que duerma, que duerma!



XL

GENEALÓGICA

Para Enrique Gómez Carrillo.

El bachiller Francisco Pintado de Cienfuegos,
mayor que fué entre grandes, máximo entre mayores,
docto en sagradas letras y en episodios griegos
como es usanza, amigo de inquisición y oidores,

me dió el ser; soy lobezno de la nodriza bruta
de los Dioscuros: mi almo perfil y los anales
de mi solar lo cuentan, y hay en mi faz enjuta
las palideces de los olivos provenzales.

Nací con un gran beso de amor entre la ardiente
boca, y un grande anhelo de gloria en l'alma esclava,
y llevo diez leyendas en mi brumosa frente,
con otras diez leyendas en mi melena brava.

XLI

TOCAS BLANCAS Y ESCAPULARIOS AZULES

Roma, Enero 4 de 1900.

ESTA mañana, visita a dos adorables novicias mexicanas, en el convento de Santa María Reparatrice, calle Luchessi, núm. 9: Paz y Enriqueta. La calle es sombría y vieja, como casi todas las de esta vieja y sombría Roma; el convento, penumbroso y acogedor; la iglesia anexa, amable y lo suficientemente grande para que en ella quepa un éxtasis.

¡Tlin, tlin! ¡Oh, campanilla asustadiza que pía alarmada a la aproximación de los que vienen del mundo, de allá afuera, de allá lejos, muy lejos, de París,—barragana de los siete pecados! Y cátanos en el locutorio, esperando.

De pronto, unos pasos furtivos y una armoniosa silueta blanca, que cruza la estancia sin vernos.

La detenemos:

—¡Buenos días!

Una hebra de sol, que descerrajaba las ventanas, decía también en su alfabeto de oro: *Buenos días*. ¡Sol de Roma, gemelo del sol de México!

Y vi a la Sor más amable de la tierra. Figuraos diez y ocho años envueltos en un hábito blanco, en una toca blanca y en un escapulario azul: se diría una hermanita de la virgen, o bien la novicia de un convento en que María de Lourdes fuese abadesa de un monasterio de palomas.

Mi amigo era viejo conocido de la hermana, y un diálogo sencillo fué y vino luego, como si dos pájaros hablaran de la gracia de Dios.

—¿Y es usted feliz?

—¡Ah! ¡mucho! ¡mucho!

En los ojos de Paz había, al decir esto, todas las inefables llamaradas de los deliquios de San Francisco.

Paz, y era cierto: aquel rostro blanco y sonrosado estaba lleno de paz, de una paz no presentida por el mundo *(pax multa in cella)*, de esa paz maravillosa que Cristo trajo a la tierra, y de la cual se hace mérito en innumerables páginas del Evangelio: «Os traigo la paz», «la paz sea con vosotros», «os dejo mi paz...»

Pero la niña rectificó, y con una fresca sonrisa, díjonos:

—Paz ha muerto; hoy me llamo Sor María de San Felipe de Jesús.

En esto llegó Enriqueta. Yo la conocía mucho. Hace cinco años nos encontrábamos noche a noche en el salón de patinar de la Alameda de México. Era una gran patinadora, vestía bien, tenía es-

belteces de canéfora y palidez de ensueño. Hoy, bajo las tocas nevadas, sus ojos brillan con las dulzuras de los de la paloma del Arca... Hermana tórtola ¿tú también eres dichosa?

—¡Oh, muy dichosa!

—¿Qué quiere usted que digamos a los suyos en México?

—Que soy muy feliz, más feliz de lo que se imaginan.

—¡Les quitamos el tiempo!

—¡Oh! no: nos han permitido venir; ya hicimos nuestro examen de conciencia.

Dios mío, ¡de qué se acusarán ante ti estas dos almas de elección! La una, rica, dejó todo por seguirte, con la simplicidad sublime de aquellos discípulos, de quienes en concisión incomparable dice el Evangelio: «Y dejadas las redes, le siguieron.» En México tenía un hogar tranquilo, mucho amor y mucha opulencia: era de las que están en un trono social. La otra poseía el tesoro de sus diez y nueve años, una exquisita comprensión de la vida, una pequeña corte de idólatras, y unos enloquecedores ojos sevillanos... Y las dos, ¡oh imperioso Jesús! dejaron su patria, y pasaron los mares, y vinieron a esta tierra melancólica, abuela de recuerdos, y de recuerdos cargada como un árbol de frutos, a esconder la diafanidad de su adolescencia inmaculada, a lustrar con el óleo santo sus plumajes eucarísticos, a orar y penar y morir en obla-

ción por los que llevamos el pecado como una armadura, y el deseo como un penacho.

Allá quedaron la familia, los amigos, el azul de la patria, el oro tibio de los soles, la placidez de la vida; porque Jesús las llamaba a su grey de elegidas en el ribazo suave de sus místicas praderas.

—¿Y mi hermana?—pregunté tímidamente—, ¿mi hermana Catalina?

—Va a profesar en la Visitación, en Madrid. Le escribiré que estuvo usted aquí. A bordo nos recitaba versos de usted, y frecuentemente discutíamos, sosteniendo, ella, que su hábito negro es más hermoso que nuestros hábitos azules y blancos, y nosotras, que nuestros hábitos blancos y azules eran más bellos que su triste hábito negro. ¿Verdad que sí?

—Sí, son los más bellos que he visto en mi vida.

—¿Son, pues, ustedes muy dichosas?

—¡Tan dichosas!

Y cada una abría sus ojos grandes como dos éxtasis.

—Miren: antes de partir, vayan a nuestra capilla para que vean la custodia que tenemos. ¡Qué hermosa, qué hermosa es nuestra custodia! ¡Cuántas piedras preciosas!

¡Ah! tengo un gran remordimiento: esa custodia no la vimos. No había tiempo: el coche nos aguardaba a la puerta, y luego el inmenso museo vaticano, y después dos de las siete Basílicas que no visito aún; y en seguida la Legación de México, y

el Pontífice máximo, a quien voy a conocer en breve... No: no vimos esa gran custodia donde están todas las delicias de las dos vírgenes; pero ¿acaso no son ellas una blanca custodia de amor, dos templos vivos del Espíritu Santo?

Y mi amigo dijo, ya en la conversación de despedida:

—Este iba a irse a un convento.

—Y ¿por qué no lo hizo?

—No pude entonces...

—¡Ah! Si Dios le hubiera llamado *fuerte*, se habría ido! ¡Quién sabe!

—Es que yo le respondía cuando me llamaba: *¡mañana!*, como en los versos de Lope:

Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana:
verás con cuánto amor llamar porfía.»
Y cuántas, Hermosura Soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
¡para lo mismo responder mañana!

—No importa, un día le abrirá usted.

—Ruegue por mí.

—Sí.

—Adiós.

—Adiós.

Y nos alejamos: mi amigo, que es puro y bueno como ellas, yo, que estoy enfermo de todas las filosofías y que, después de haber leído, como Mallar-

mé, *todos los libros*, hallé, como él, que *la carne es triste*. Un sol sin calor caía sobre la Roma cesárea; los tritones y neptunos de las fuentes públicas tenían entre los brazos flecos de hielo. Yo cerraba los ojos para seguir contemplando las dos virgencitas de hábito blanco y escapulario azul, y me decía:

—¡Oh! Bienaventurados los corazones ebrios de castidad y de plegaria.—Bienaventurados los que prefieren la esterilidad fecunda de la grey de Dios a la fecundidad estéril de los rebaños de los hombres.—Bienaventuradas las palomas del divino palomar del Espíritu Santo!

Y púseme a escribir después estas líneas, homenaje tan puro como el de Siebel en la ventana de Gretchen; estas líneas que ellas, afortunadamente, no leerán jamás.



XLII

EL PAPA TIENE FRIO

Enero 6 de 1900.

SON las tres y media de la tarde cuando entramos a San Pedro. La nave central está limitada, en toda su extensión, por inmensos bastidores de madera, que forman una angosta vía. A uno y otro lado, se agrupan gentes de todos los climas. Son filas raquíticas al parecer; mas, después, sé que aquellos cuantos espectadores ascienden a *treinta y dos mil*, y aunque no lo supiera, diríamelo la plaza de San Pedro, invadida, durante una hora cuando menos, por la multitud que desocupaba la Basílica.

Una hora de espera, durante la cual se oyen voces de impaciencia en todos los idiomas; y, por fin, un grito unánime, sonoroso, que retiembla en las gigantescas naves como una tormenta enjaulada.

—Viva il Papa-Re!

Mis ojos y mis oídos se tienden como la cuerda que va a disparar la saeta.

Por la estrecha vía despejada, avanza una silla de oro soportada por doce hombres. En esa silla

va sentado un viejecito vestido de blanco: es León XIII, Pontífice máximo.

¡A quién compararlo!
¡A qué compararlo!

Pido a quien lea que no juzgue exagerado o fantástico este símil, porque este símil es la verdad: parece como si en esa silla de oro fuese el esqueleto de una tortolita friolenta.

La primera idea que me viene a las mientes es ésta: el Papa tiene frío.

Los chorros cristalinos de las dos fuentes que desmenuzan sus diamantes en la plaza de San Pedro están casi helados: el Papa tiene frío.

Desde anoche, con una muda y misteriosa tenacidad, la *sorella* nieve cae sobre las calles y los tejados de Roma: el Papa tiene frío.

Las damas oficiales, muchas inglesas vestidas con la rigidez con que se vestiría un palo de escoba, y muchas patricias italianas que parecen llevar en sus venas el veneno sabio de los Borgias, tiritan bajo sus mantillas de blonda: el Papa tiene frío.

Los romanos están asustados: hace muchos años que la eterna nieve no caía sobre la ciudad eterna: el Papa tiene frío.

Cristiandad: ¿no ves que ese ancianito que parece una momia vestida de blanco tiene agarrotadas las

luengas manos cristalinas, cuyas extremidades surgen de la malla de seda de su mitón?

Orbe católico que vienes a pedir la bendición de León XIII, Pontífice y poeta: ¿no adviertes que el Papa tiene frío?

¿En dónde estáis, braseros del Sinaí; llamas que devorabais a los pecadores de Israel; espada de fuego del querubín custodio del Paraíso; columna de llamas, guía del pueblo de Dios en el Desierto; pira del Sacrificio de Abraham; parrilla encendida al rojo blanco de San Lorenzo; fuego de caridad que llameaba en la casa en que San Francisco y Santa Clara departían de las cosas de Dios; remate de la ígnea lanza de oro con que Santa Teresa se sentía herida en el pecho por un ángel; ardores de la Inquisición fomentada por el fraile blanco y negro que se llamó Santo Domingo de Guzmán...? En dónde estáis, lumbres de la transfiguración, lumbres del Oreb, breas de las ciudades nefandas, betunes de Gomorra y Sodoma? ¡El Papa tiene frío!

Y aquella silla que se parece a la de Radamés en el acto capital de Aída, avanza lenta, lenta, lentamente, entre la media luz de las medias luces que en vano pretenden aclarar esa sombra de mármoles, de jaspes y de oro viejo de San Pedro.

—Viva il Papa-Re!

Una monjita que está cerca de mí, tan cerca que las palpitaciones de su crucifijo de bronce sobre

su pecho resuenan en el mío, suspira, llora, está a punto de desvanecerse de emoción. Yo me acuerdo, aun en instantes tan solemnes, de que *homo sum*, y le tiendo mi brazo místicamente para que se apoye.

⊠

Y el viejecito de cuerpo de esqueleto de tórtola friolento avanza. Es pequeñito, casi se abisma en la gran silla; una nevada sombra de cabellos blancos le cubre la nuca bajo el blanco solideo; su perfil colombino surge imperiosamente; su nariz se encorva como la de un César nonagenario; sus ojos se adivinan como dos chispas de sol en la negrura de una ruina umbría. Es lívido, con la lividez de un cirio de cien años; es casi amarillo, como un panal secular. Un soplo lo desquebrajaría, y, sin embargo, treinta y dos mil voces atruenan las naves y pugnan por romper la amplitud de la cúpula. Y el nonagenario, hecho de maravilla y de ancianidad patriarcal, no desmaya. Antes bien, con un esfuerzo, cuyo gesto quedará eternamente grabado en mi memoria, y apoyándose en el siniestro brazo de la silla, enderézase a medias, y bendice aquel enjambre de almas de todos los rincones del planeta, con un gesto torpe, penoso, vacilante, fantasmagórico... ¡Os digo que el Papa tiene frío!

Con la parsimonia con que se conduce un fére-

tro, llévanlo al Altar mayor, entre el coro bíblico de eunucos, seguido del Sacro Colegio, de caballeros encollarados con todas las Ordenes, de suizos vestidos de rojo y negro con grandes hachas de armas, eslabonados por oficialillos afeminados y elegantes, que sonríen mundanamente bajo sus bigotes retorcidos *à la pommade hongroise*. Deposítanlo como a un dios asirio cerca del altar, y comienzan las letanías litúrgicas: León XIII va a dar la bendición que clausura el Año Santo.

Surgen las antífonas, y él canta, ¡canta, sí! ¡El esqueleto salmodía! Y su voz se oye como un acento que viene de muy lejos, a través de veinte siglos.

⊠

Dios mío, y aquellas manos agarrotadas a las que abrigaban unos mitones de seda blanca, ¡tenían aún el poder de levantar en lo alto tu custodia rutilante! Y tú, Señor, Dios de los Ejércitos, que en tu índice sostienes al mundo, ¡no pesabas más que una hostia de harina en los dedos temblorosos del anciano!

Firmemente, seguramente, inflexiblemente, aquel viejecito, que había cantado, levantó la coruscante custodia, y *tres veces*, con la pausa de un Dios, bendijo a la muchedumbre.

—Viva il Papa-Re!

Y tornando a la silla gestatoria, el viejecito, que

parece un esqueleto de tórtola friolento, repasa la nave.

Albean su solideo blanco, su sotana blanca y sus mitones blancos, entre los cuales lanza su llama litúrgica la esmeralda; y su estola roja cae cruzada sobre el pecho, como dos llamas en connubio; y sus dedos, diáfanos, bendicen: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.



XLIII

ALMA DE ITALIA

PARA librarme de lo imprevisto,
cuando mi estancia se queda sola,
guardo en mis ropas un Santo-Cristo,
un Santo-Cristo y una pistola.

»Si quien me acecha, siendo un malvado,
también es hombre de religión,
valdrále el Cristo crucificado:
si no, el revólver de doble acción.

»Yo soy un alma que el miedo asedia;
mas ¡guay del hombre que me maltrata!
Como los frailes de la Edad Media,
la propia mano bendice o mata.

»Y por librarme de lo imprevisto,
cuando mi estancia se queda sola,
guardo en mis ropas un Santo-Cristo,
un Santo-Cristo y una pistola.»

XLIV

MOISÉS

El alto poeta Alfredo de Vigny pone en los labios de Moisés, centenario ya y moribundo, ante la tierra prometida de Galaad, esta plegaria enorme:

Oh Seigneur, j'ai vecu puissant et solitaire.
Laissez-moi m'endormir du sommeil de la terre.

El dístico viene a mi memoria ante el Moisés de Miguel Angel, y recuerdo también lo que he leído de orientalistas: Fabre d'Olivet, el gran maestro; Saint-Yves d'Alveydre, Renan, Schuré... ¡Ah, no! Este soberano viejo eternizado en mármol por el martillo tremendo, por el brazo prepotente de un nuevo *Angel Miguel*, no es el supuesto autor de la pueril cosmogonía que se nos enseñaba en la escuela, de acuerdo con la traducción de los Setenta; es este Hosarsiph, sobrino de Ramsés II, llamado después Moisés. Es este el autor de *Sepher Bereshit*, hermético e inexpugnable; es aquel de cuyo libro dice Fabre de d'Olivet: «Lo que la Naturaleza tiene de más profundo y misterioso, lo que el espíritu puede concebir de maravillas, lo que la inteli-

gencia tiene de más sublime, él lo posee.» Es éste de quien dice Schuré, aplicándole las palabras escritas bajo la estatua de Phtahmer, gran sacerdote de Memphis: «Nada existía que para él estuviese velado, y él cubría con un velo la esencia de todo lo que había visto.» Sí, este es el viejo sacerdote de Osiris, el viejo iniciado egipcio, el organizador del monoteísmo, el místico hermano de Zoroastro y de Krishna, y de Hermes, y de Pitágoras, y de Platón, y de Orfeo, y del divino Jesucristo. Sí: este viejo olímpico, que abre sus ojos sin luz en el crucero de un templo cualquiera de Roma, es el que habló con Ælohim; el que, con una voluntad misteriosa, arrastró cuarenta años por el desierto a un pueblo entero, aislóle de todas las naciones, impúsole la idea de un solo Dios, *con una vara de fuego*, e hizo de esta idea un símbolo indestructible.

Sólo Miguel Angel podía esculpir a este titán, tallado ya por el cielo «a fuerza de rayos».

Cuando tal medito, un presbítero regordete y narigudo se acerca ofreciéndome mostrarme las cadenas de San Pedro, que están ahí cerca... y me alejo desilusionado, y salgo al aire libre con *mi* Moisés, pensando que su estatua no debía estar allí en aquella cuasi-sacristía, sino en el desierto, bajo las ruinas de alguna Memphis enigmática, en un nicho abierto en el granito eterno de las pirámides, o al amparo de una roca del trágico Sinaí, cuyos peñascos recuerdan aún los rayos de Ievé!

XLV

Después de un lento paseo por la vía Apia, húmeda, herbosa, obscura, desierta—un paseo pensativo en una pensativa tarde—tornamos al Coliseo, nacarado ya por la luna.

—Aléjate—digo a mi compañero—. Quién sabe si nuestras tristezas no son gemelas. Tú, allá, en las graderías agrietadas y lamosas; yo, aquí, en la arena, donde morían los mártires.

Y nos separamos para no estar solos, para hablar con nuestros espectros.

Somos tres: el conserje, que dormita a la entrada, mi amigo y yo. Un perro aulla cerca de mí: somos cuatro. ¿No dice Fontenelle que el perro es un candidato a la humanidad?

Alzo los ojos a lo alto y pienso. Pienso que aquí, donde estoy, muchos millones de ojos se levantaron al cielo en el momento supremo del martirio; pienso que muchos millones de miradas radiantes de fe, en asunción luminosa, fueron, imploradoras, resignadas y trágicas al propio tiempo, a lo alto, en busca de fuerza y de esperanza. Pienso... que no debo pensar nada, que callar es más bueno,

que aquí todo es pequeño,—hasta el pensamiento,—en comparación de la grandeza ambiente; y clavando mis ojos en el cuarzo afilado de la luna, ante el enigma luminoso y eterno de las constelaciones, oro con la sola oración posible en aquel sitio, con la vieja oración que el Eseniano rubio nos enseñó en la falda de una montaña, al caer de una tarde de Judea.



XLVI

FLORENCIA

CON espanto os oigo blasfemar de Dios, que hizo el cielo y la tierra, las montañas de Florencia y las rosas de Fiesole. Y lo que más me asusta, Messer Farinata degli Uberti, es que vuestra alma comunica al mal un noble carácter. Si, al revés de la esperanza que aún conservo, la misericordia infinita os abandona, creo que el infierno algo ha de honrarse con vuestra presencia.» *Fra Ambrogio,* en el *Farinata,* de Anatole France.

Paréceme, no sé por qué, que este donoso fin de un diálogo, inventado por el más ático de los modernos escritores franceses, pinta mejor que nada las almas de *aquellos tiempos* florentinos: las que eran artísticamente perversas—y había muchas—y *hacían honor al infierno* cuando iban a él.

Que Farinata no se escapó, lo sabemos. Nos lo dice el Dante, que es el trágico evangelista de la Edad Media.

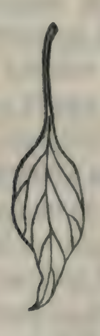
Para mí, Florencia es roja, roja como el lis que la heraldiza, (me acuerdo de *Le lis rouge*, también de Anatole France) roja como la caperuza del Dante, roja como las flores de Fiesole, como los mosaicos de la tumba de los Médicis, como el color predilecto de Sandro y del Beato Angélico.

⊠

—Eres misteriosa como una ciudad que se ha visto de noche—escribí alguna vez. Mi primer visión de Florencia fué nocturna. Tuvo mucho de adivinación y de presentimiento, antes que de realidad y detalles. Llegué a las cinco de una tarde de invierno, que iba, ya desangrada y moribunda, arrastrando su manto de escarlata por los montes vecinos, y a las siete empecé a recorrer la ciudad, al azar, estremecido a cada paso como si encontrase el espectro de Alighieri.

Después, con la luz vinieron las visitas a los museos y a las iglesias, la obligada peregrinación artística.—¡Oh! amiga mía; no hablaré de eso. ¿Para qué? *Tout est bu, tout est mangé*, como dijo nuestro Verlaine.—Vi palacios, vi jardines, medité a la orilla desolada o riente del Arno turbio y lánguido; tuve aún tiempo para escribir mi *Beatriz*, en que me prometía reconstruir la Florencia del Dante. Pero nada, nada fué semejante a aquella mi excursión nocturna. Era como si todo lo viese a través de un

misterio; soñaba que veía. Mis pasos inconscientes me llevaron a la Plaza de la Señoría; mis inconscientes pasos me pusieron frente a la *loggia* dei Lanzi. ¡Oh! en verdad te digo que nada es comparable a mi Florencia nocturna. Tal ventura gocé, que hubiera querido huir, huir ante el primer presentimiento del alba, por temor de que el sol, al salir, desbaratase la ciudad fantástica, como en esa *mise en scène* de los poemas wagnerianos; por miedo de advertir que todo era mentira, que tenía los ojos cerrados y que sólo mi ensueño era cierto.



XLVII

VENECIA

La Ciudad Anadiomena me gusta más en *Il Fuoco*, de D'Annunzio. Ese rincón de arte, visto al través de un temperamento tan refinado, excede en mucho a la realidad. Hay ciudades que no deben verse: las que hemos romantizado en nuestra imaginación. Poseerlas es perderlas. A ellas debe decirse lo que Demetrios dice a Chrisis en el libro de Pierre Louys: «No has de ser mejor que mi sueño.»

Mi sueño era mejor que Venecia; menos triste, sobre todo, porque no era susceptible de desmoronarse.

La Ciudad Anadiomena desmorónase en efecto. El gran canal no lame más que ruinas gallardas y habitables aún, maravillosas ruinas de mármol, y con honda melancolía se piensa que la raza que creó aquellas bellezas perdió ya el secreto de la creación; que Sansón ya no tiene cabellos; que hay que apresurarse a ver y a besar con la mirada las columnatas augustas, los calados balconajes, la blonda de los arabescos y el follaje delicado de

los chapiteles, la gracia frágil de los puentes y la soberana melancolía de las torres; porque todo aquel conjunto se desvanecerá en breve, y la virtud de la prole divina ha muerto.

⊠

Una banda militar toca en la *piazza*, repleta a esa hora de gente endomingada. Muchas mujeres de palidez mate, de ojos enormes, de esbeltez incomparable, pasean pensativas por los portales. Las palomas, como hace siglos, descienden del campanil con ruidoso crujir de alas. El sol, siempre joven, dora los mármoles de colores y hace arder las cúpulas de San Marcos. La cuadriga de Fidias se encabrita impaciente en el pórtico de la Basílica preciosa; por las callejuelas límbicas, culebreantes, obscuras, aventúrase una multitud cuasi oriental; el Adriático azul palpita con una respiración suave; el palacio ducal rojea, gallardo e incólume aún, al beso de la tarde dorada... ¡apresurémonos! *Carpe diem!*

Mañana, si te es dado tornar en busca del regazo de esta Venus amable, ya no la encontrarás. Los ingleses habrán cegado el gran Canal; en vez de torres y cúpulas habrá chimeneas. Su majestad melancólica la Góndola yacerá en los museos. Dos o tres americanas caprichosas habrán transportado, piedra por piedra, los palacios venerables a las pla-

yas de Boston o de Nueva York. Los degenerados descendientes del Dux habrán enviado de contrabando los lienzos y las estatuas a Londres y a París: *Carpe diem!*

Hay paisajes tan bellos, dice Flaubert, que quisiera uno estrecharlos contra su corazón. Aprieta éste contra el tuyo. Llévatelo contigo, para que lo beses después locamente en tus horas de nostalgia, allá lejos, como se besa el pálido retrato de una vieja querida muerta! *Carpe diem!*



XLVIII

MILÁN

En Milán, por no sé qué conjuro, torno a encontrarme en México. Cien fisonomías conocidas se cruzan conmigo en el pasaje Víctor Manuel: veinte tenores, treinta barítonos, cuarenta tiples de los que he oído en el Nacional. Todos discuten, gritan, vociferan.

En la Scala, donde se estrenan y fracasan *Los Máscaras*, de Mascagni, saludo a media docena de cantantes. Voy al correo a recoger un dinero; no me conocen, y me exigen que vaya acompañado de una persona conocida.

—¿El cónsul? ¿Alguna persona del comercio?

—¡Ah!, ¡no!—me responden—. Traiga usted a algún tenor o algún barítono; eso basta.

⊠

Hace mucho frío. La selva de mármol del Duomo se transparenta entre una bruma blanquísima. La estatua ecuestre de Víctor Manuel hace cabriolas en la neblina; los árboles, escarchados, parecen de azúcar candi.

En el patio del Museo de Brera, la estatua desnuda de Napoleón, fundida por Canova, parece acordarse de las nevascas de Rusia.

Tarde por tarde, después de mis peregrinaciones, me refugio en un café del suntuoso Pasaje, y veo desfilar a medio México,—digo, a medio Milán. Como aquello no me divierte, una semana después de llegado, voy rumbo a París con un anhelo insensato de volver a verle y resolución firme de no abandonarle ya, ni por Viena, ni por Berlín... ni por San Petersburgo; porque, decididamente, saliendo de París, todo es.:. ¡Cuautitlán!





XLIX

A UN IMPOSIBLE

Paréntesis sentimental.

Y pensar que habrá ciegos
que, loando tus gracias,
no adivinen toda
la tranquila opulencia de tu alma
y el dulce parentesco de tus ojos
con las pálidas
estrellas—esos ojos que parecen
estar diciendo: *Sic itur ad astra,*—
y tu augusta cabeza en que alborea,
y tus alas!...

Y que yo, que el fulgor de los planetas
vi a través de tu santa carne diáfana;
yo, que anhelo tus besos como una
celestial comunión en cáliz de ágata;
yo, que te amé sin conocer el nombre
que te dieron las hadas;
yo, que tan sólo sorprendí el murmullo
de tu voz tan lejana... tan lejana,

y en ella presentí todo el misterio
que se queja en los nervios de las arpas:
yo soy digno de lástima, señora,
yo soy digno de lástima!...

Porque tú eras mi espíritu gemelo,
según revelación del Padre Brahma,
y no he de poseerte mientras viva;
porque, para llegar a tu Walhalla,
me faltan dos montañas superpuestas
que fatigan el vuelo de mis águilas.

Mañana,
cuando apretando mi quimera incólume
contra mi corazón, desesperada-
mente, como Tarciso, el niño mártir,
sus hostias perseguidas, al fin parta;
mañana, oh criatura luminosa,
mañana,
ya que en mi vida inaccesible fuiste,
como un castillo sobre la cumbre de un Himalaya,
quiero ser a lo menos a la diestra del Padre,
en la gloria del Padre que te mima y te salva,
un destello—el más azul—de tu aureola
y una pluma—la más blanca—de tus alas.

L

«CHEZ NOUS»

PERO, señor, yo no le he permitido a usted que me bese...

—¡Ah, señorita! No se alarme ested: *chez nous* es la costumbre. Los caballeros besan a las damas en la boca, una vez que están presentados.

—*C'est drôle*—murmura la francesita entre incrédula y pensativa.

⊠

Un hispanoamericano fuma en un tranvía, y el conductor le reprende con la verbosa solemnidad francesa.

—Usted perdone: *chez nous* fuma uno donde quiera.

⊠

Chez nous es el salvoconducto por excelencia, la disculpa de las disculpas, el pilatesco lavado de manos ante todas las incorrecciones.

¿Se infringe un reglamento de policía, se comete una falta de educación, se pone uno en ridículo, escandaliza uno el buen sentido del parisiense burgués?

—Pues, ustedes dispensen, *chez nous* así se acostumbra.

Y el francés, *épaté*, vese forzado a repetir con cierta condescendencia:

—*Qu'est ce qu'on va faire... chez lui c'est comme ça.*

⊠

Chez nous es un país fantástico que todo latino-americano lleva en el bolsillo para uso inmediato. ¿Que descubre un defecto, una fealdad, una rutina en París? Pues *chez nous* es muy distinto...

Le gusta una mujer, la sigue diciéndole más *flores* de las que puede contener un macetón. La francesa se enoja, le echa en cara su proceder, y el Tenorio, con un acento más o menos pronunciado, responde ingenuamente: (?)

—*Chez nous c'est comme ça, c'est l'habitude.*

¡Oh, cómodo y delicioso *chez nous!* Llave de oro para abrir todas las puertas, *pase* para cometer todas las atrocidades.

⊠

Los franceses *hacen cola (font la queue)* por riguroso orden de llegada para entrar a un espectáculo,

subir a un tranvía, comprar un «boleto». El hispanoamericano se adelanta incuestionablemente, reparte dos o tres codazos, y cátalo a la vanguardia de los que esperan.

El pueblo protesta.

—¡Maladroit!

—C'est un abuse.

—¡Mal élevé!

El americano responde:

—*Chez nous on fait pas de queue.*

Los franceses exigen pasaporte o papeles de identidad para todo.

El latinoamericano jamás los lleva consigo, y responde solemnemente:

—*Chez nous*, puede uno viajar sin pasaporte. Somos un país libre.

⊞

Los franceses encienden sus cigarrillos con pajuelas de azufre.

—*Chez nous* hay cerillas magníficas.

Los franceses fuman un tabaco detestable: «*Dans les cigarrettes du Gouvernement français*—decía no ha mucho un yankee humorista—*il y a du tout... même du tabac.*»

—*Chez nous*, ¡qué espléndido tabaco!

Los tranvías parisienses caminan con lentitud.

—*Chez nous*, nueve puntos bien contados. (1)

(1) Y las consecuencias...

En París las cantinas tienen terrazas. Para beber hay que sentarse.

—*Oh! Chez nous* se ingurgita uno diez cognacs, de pie, junto al mostrador.

Vous comprennez, c'est plus pratique...»

⊠

Pero un día las costas de Francia se desvanecen ante el regionalista viajero, y al llegar éste a América, la nostalgia le recibe en la playa. Entonces... ¡Oh! Entonces, ante la realidad implacable, ante el dorado recuerdo lejano, el hombre del *chez nous* se acaba, y nace otro: otro que no cesa de repetir en medio del atraso y la miseria ambientes:

—¡Oh! en París...



LI

AINO ACKTÉ (1)

AINÓ Ackté, lirio del Norte,
Ainó Ackté, gran rosa-té;
sueño de los fiords, consorte
de los vikings.—Ainó Ackté:

Ducal armiño de Suecia,
flor de hielo, alburas de
las *inmortales* de Helvecia;
ojos de azur.—Ainó Ackté:

En su garganta de cera
esconde al ruiseñor que
oía Luis de Baviera
entre la nieve.—Ainó Ackté:

Es la blanca *Sinfonía*
del viejo Theo Gautier.
Ainó Ackté: ¡Quién fuera un día
amado por Ainó Ackté!

(1) De la Grande Opéra.



LII

HABLEMOS DE LITERATOS Y DE LITERATURA

RECUERDO que, en cierta ocasión, un hombre con quien por largo tiempo sostuve nutrida correspondencia a propósito de infinidad de asuntos filosóficos y literarios, y por cuyo talento claro y poderoso tenía la más profunda estima, me convidó a comer. No nos conocíamos más que de letras; jamás nos habíamos encontrado en estos vericuetos de la vida. Se conocían nuestras almas.

Bastaba esto. Le admiraba demasiado para querer tratarle.

Pensé en todos los desencantos que se agazapan detrás de una admiración, que nos acechan junto a lo más bello de un entusiasmo, que nos recuerdan con cruel frecuencia que *detrás de la cruz está el diablo*, que el hombre es una cosa luminosa vestida de una cosa miserable... y no acepté la invitación de mi amigo.

Más tarde se me ofreció la oportunidad de tratar a un gran poeta, asiduo por aquel entonces de una

casa que yo frecuentaba, y procuré que en aquella casa no coincidiésemos jamás.

Le admiraba demasiado para querer tratarle.

No mucho después, una mujer que se decía joven y bella empezó a escribirme cartas deliciosas que remataron en una cita. Respondí a las cartas, y a la cita no acudí.

Tuve miedo de romper mi juguete.

¡Qué pudor instintivo me guiaba entonces, qué alto y bello pudor, y por qué no fué conmigo hasta París, por qué pudo más en mi espíritu la vana curiosidad de acercarme a algunos de aquellos a quienes yo rendía culto perenne en mi corazón que el miedo de empañar este culto para siempre!

De todas suertes, fiero fué el castigo; porque de esta excursión al país literario torné con muchos cariños menos y con muchos desprecios más; lamentando la merma de esa serena facultad de admirar, que nos llena el ánima de paz y como que la engrandece.

Hinchados de vanidad los unos, en búdica contemplación de su ombligo, tendida la oreja a todo rumor de adulación, oficiando en un sacerdocio en que no creen; rabiosos los otros, bajo su falso respeto a los maestros, de un culto que quisieran tan amplio como el de éstos, comerciando con ideales, confundiendo el arte con el *métier* y la literatura con la belleza, y convirtiéndose en profesionales de ésta; recurriendo a todos los medios para adqui-

rir una notoriedad provechosa; el poeta extranjero adulando al parisiense y mendigando de él una alusión en un periódico, el apoyo de una palabra, de un elogio, o cuando menos pasando lista de presente a su lado con el fin de poder contar después a la credulidad de su tierruca, con más visos de certidumbre: «Régnier me dijo.—Moréas me hizo notar...—Estando cierto día con Remy de Gourmont...» Y confesando paladinamente de esta suerte su nulo valer, su necesidad urgente de una consagración—pobre consagración!—que en aquel maremágnum de París no puede conquistarse con otro arbitrio; el *cher maître* exhibiéndose congestionado de petulancia, en donde puede, y diciendo a todo el mundo con su actitud y gesto: «Aquí estoy: miradme y adoradme.» El principiante buscando la originalidad en el traje, en las sortijas *art nouveau*, en las costumbres pegadizas y estudiadas, en tanto que la encuentra o no por el camino del talento; procurando a cada paso *épater le bourgeois*, y dejando naufragar en estetismos forzados y feminilidades exóticas lo poco de virilidad que le resta... Y todos, todos, aborreciéndose, envidiándose, pinchándose con epigramas, aguzando ironías, buscando público, erigiéndose en jefes de cenáculos ridículos, tristemente *poseurs*, ficticios y oropelescos. Incapaces todos ellos de sentir y amar el ideal, cuya enemiga mortal es la literatura; éstos engañando a las masas con fingidos apostolados; haciendo aqué-

llos la *pose* de mártires, los otros de políticos; castrados éstos y aquéllos y los otros para la fe, para el entusiasmo y para el amor...

¡Oh! triste fué ese viaje al país literario; triste, pero breve. Torné de él despojado de ensueños y ahito de disgusto; pero torné a tiempo, curado para siempre de mi vanidad, y hallando pasablemente risible y lastimosa la de mis paisanos escritores, que en el estrecho núcleo de este querido accidente geográfico que se llama México se combaten, teorizan, doctrinan, fundan partidos y llevan en el rostro la regocijada suficiencia de su fama regional con el gesto de Atlas soportando el mundo. Sí; torné de ese viaje curado para siempre... Después, ¡qué amable era mi soledad! Solo estaba y perdido en el París inmenso y radioso. Solo, en los brazos de aquel monstruo, que jamás deletrearía mi nombre. Nada era yo, nada podía, si el ser y el poder pendían de tan tristes *consagraciones;* mas... tornaba a encontrarme a mí mismo, tornaba a sentir la pura integridad de mi yo artístico.

Nunca vería mi nombre en la carátula amarilla de un libro de esos que se amontonan en los aparadores; mi esfuerzo y mi vida pasarían ignorados de aquellas gentes. París, *que consagra*, no me consagraría jamás, ni yo haría nada para que me consagrase. Pero qué feliz era, feliz con las admiraciones que me quedaban, y apretándolas contra mi corazón por miedo de que se escapasen; feliz con mis

versos y mis lecturas, feliz en *mis* museos, feliz ante la armonía ambiente, en la ciudad única; feliz divagando pensativo por la Avenue Henri Martin, por el Bosque, a la hora en que está solo, o viendo caer el sol como una rodela de oro tras el rectángulo glorioso del Arco de Triunfo... Feliz con los míos: con Darío, con Díaz Rodríguez... cuyas siluetas y otras verá quien lea en la pantalla blanca de las siguientes páginas:

I

DARIO

Este del nombre, que es una piedra preciosa, es alto, robusto, inexpresivo—ojos obscuros, pequeños y vivos—nariz ancha, de alas sensualmente abiertas—barba y cabellos ligeramente rizados—*manos de marqués*. Parsimonioso y zurdo continente—hablar pausado y un si es no es tartamudeante pero siempre ático y fino.

Orgulloso—«Yo tengo orgullo y usted vanidad.» dijo en cierta ocasión a Gómez Carrillo.

Sibarita y *gourmet* de buena cepa. Durante los nueve meses que vivimos juntos, solíamos regalarnos—¡ay! los tiempos no fueron siempre bonancibles—de ricos faisanes dorados. *(Dijo sus secretos*

el faisán de oro)—galantinas modernistas, trufas ultracapciosas, *et cœteris*. A las vegadas, un *cocktail* «príncipe de Gales» en la taberna del Continental, la bien amada de Huysmans.

La vida para él, llena de azares, no ha mermado sus quilates interiores. Es bueno. Es un niño—un niño egoísta o tierno, caprichoso o sereno—, celoso de sus cariños, susceptible como una violeta, capaz por esta misma susceptibilidad de comprender y sentir todos los matices de una palabra, de un gesto, de una actitud: un gran niño nervioso.

Le debo este hermosísimo y raro soneto—escrito en cinco minutos en una noche de París, de esas en que una prematura alba azul de estío—en París las albas son azules, ¿verdad, Manuel Mercado?—da un tinte pensativo al oro loco del champagne. Lo copio sin vanidad, y más que todo, por miedo de que se pierda:

Amado es la palabra que en querer se concreta,
Nervo es la vibración de los nervios del mal:
bendita sea y pura la canción del poeta,
que lanzó sin pensar su frase de cristal.
Fraile de los suspiros, celeste anacoreta
que tienes en blancura l'azúcar y la sal:
muéstrame el lirio puro que sigues en la veta,
y hazme escuchar el eco de tu alma sideral.
Generoso y sutil como una mariposa,
encuentra en mí la miel de lo que soy capaz,
y goza en mí la dulce fragancia de la rosa.

No busques en mis gestos el alma de mi faz:
quiere lo que se aquieta, busca lo que reposa,
y ten como una joya la perla de la Paz.

En cierta ocasión en que, a propósito de mi «Hermana Agua», discurríamos de cosas suaves y cristalinas, el alto poeta díjome:

—En cuanto a mí, yo quisiera ser un gran topacio, un gran topacio, y que la luz del sol me hiriese por todas partes, por todas partes me atravesase, brillase en todas mis facetas. Yo no quisiera ser más que un topacio...

II

DE GROUX

No, yo no creía en los fantasmas hasta que conocí a De Groux—Henri de Groux—, el dantesco y atormentado pintor belga.

¿De qué aquelarre vino, de qué noche de Walpurgis, de qué página de Edgard Poe, de Hoffmann, de Villiers de L'Isle Adam o de Jules Bois surgió este tenebroso caballero?

Raquítico y desmedrado, pálido, con una cara de un raro parecido con la de Luis Onceno, enmarcada por melenas lacias y grisáceas, con una redingote del tiempo lamartiniano y unos eternos pantalones a cuadros, así iba por la pesadilla de su vida.

Un día se presentó en nuestra casa a buscar a Darío. Darío estaba enfermo, y yo le recibí. Hablamos, naturalmente, del Dante, de Baudelaire y de Poe. Era su amada trinidad. Después desapareció por largo tiempo. Yo, a propósito de una de sus incesantes desventuras, le escribí, poco más o menos, lo siguiente:

«Amigo De Groux: Dice León Blois, en el *Mendigo Ingrato*, que usted lleva la desgracia adonde va: si entra usted a una casa, cae un rayo, se muere alguno de la familia o se derrumban los techos. Yo—no teniendo nada que perder—, nada temo. Venga usted a verme. Partiremos el pan y la sal.»

Aquello fué *foudroyant* para el artista; me respondió con mil protestas de afecto, y desde entonces vivió casi con nosotros en nuestra casita del Faubourg Montmartre.

Por la noche solía despertarme el rumor felino de unos pasos. Era De Groux, cubierto con un *manteau* rojo, de caperuza (olvidado en la casa por una amiga de Gómez Carrillo); De Groux que, no pudiendo conciliar el sueño, iba a despertarme para leerme *sus memorias*, tras de lo cual, como un Mefistófeles absurdo, huía de nuevo en pos de sus tinieblas, de sus *bienheureuses ténèbres*, como él las llamaba en el abracadabrante diario.

Cuántas horas inolvidables, *entre la noche que viene y la tarde que se va*, pasé en su taller con-

templando los enormes y maravillosos lienzos de su *Divina Comedia*, sus retratos trágicos, cuya mirada fúnebre me seguía por dondequiera, su fragmento maravilloso del *Cristo de los Ultrajes*, su Napoleón en Rusia, acosado por una nieve menos lívida que su rostro, su Zola insultado por la multitud...

Y un día, aquel ilógico personaje desapareció, empujado por no sé qué tragedia, y se escondió en no sé qué repliegue de sombra... No volví a verle más.

III

DIAZ RODRIGUEZ

¡Cuántas horas de divagación serena, de especulación tranquila, de «flaneo» agradable, durante el cual plácidamente va enhebrando uno impresiones, ideas, sensaciones furtivas, le debo a ese exquisito y noble Manuel Díaz Rodríguez, el indiscutible maestro del estilo, el dominador y conocedor indiscutible del idioma en América, el diáfano y hondo autor de las *Confidencias de Psiquis*, de los *Cuentos de Color*, de los *Idolos Rotos* y de notas de viaje llenas de aticismo y de vida!

Tan difícil me ha parecido siempre que antes de los cuarenta años un escritor llegue a hacerse due-

ño de ese instrumento organizado de la lengua, a acuñar con estilo propio e inconfundible hermosas medallas, a imprimir su garra de león o sus suaves dedos de paloma en páginas vivideras, que yo a Díaz Rodríguez no le daba menos de la edad expresada, y con sorpresa vi que era muy joven aún, que lo que otros adquieren y afirman tras agotar esa *larga paciencia* que se llama el Arte, él habíalo conquistado como un Alejandro, en la flor de los años.

Elegante, fino, de grandes ojos dulces y expresivos, delgado, la color levemente morena, lento en el hablar, irradiando todo él una expresión de bondad y simpatía, difícil es que conociéndole no se le estime y quiera. Nada en sus actos desdice de esta impresión primera. La Naturaleza, que por lo común suele escribir un *alerta* en las fisonomías repulsivas, suele asimismo engañarnos con ciertas fisonomías agradables o con ciertas figuras armónicas: el gato, el más bello y elegante de los animales domésticos, es cruel, ingrato e hipócrita; el elefante, primordial, rudo, feo y tosco, es noble, fiel y casto... Esto no es nuevo: creo que lo leí en mi primer libro de lecturas, ¡ustedes dispensen!

Con Díaz Rodríguez la naturaleza ha sido lógica. No hay contradiccion entre lo que revela su semblante y el precio inestimable de su espíritu. Es *medularmente* bueno y alto, si se me permite el adverbio.

Fué mi hermano, y lo es a través de las anchas

tierras que separan nuestras manos cordiales, no nuestros espíritus, ligeros como la luz y vagabundos como el aire.

IV

MORÉAS

Papadiamantópulos (Jean Moréas) saboreaba no sé qué menjurge en no sé qué café del boulevard, cuando Gomez Carrillo fué a decirle:

—Allí, en Calisaya (Calisaya es una cantina americana del boulevard des Italiens) está un poeta que ha venido de México con el solo objeto de conocer a usted.

Moréas se levantó inmediatamente y, con ese andar elástico y ese aspecto de Fierabrás que le caracterizan, dirigióse, acompañado de Gómez Carrillo, a Calisaya.

Allí, en un rincón sombroso y discreto, estaba con Darío y una actriz del Grand Guignol, Lola Noyr, amiga de Carrillo, el poeta que había ido a París, desde México, *sólo* por conocer al griego.

Ese poeta era un servidor de ustedes...

—¿Dónde está el poeta que ha venido de América a conocerme?—preguntó Moréas con voz estentórea.

Carrillo me señaló, y yo me levanté respetuosa-

mente, con el sombrero en la siniestra y la diestra extendida hacia la suya.

Papadiamantópulos la estrechó con un *shakehand* franco y efusivo, y ya generalizada la conversación, pude observarle a mis anchas.

Su fisonomía es en extremo simpática, su color bazo, aguileño el rostro, iluminado por grandes ojos expresivos, al cual da aire militar el mostacho espeso, retorcido y firme; todo él hace pensar en un soldado turco o en un sultán persa.

Un monóculo orlado de negro y atado a una ancha cinta de seda, y cierta indumentaria tirando a elegante, aunque rebuscada una miajita; otrosí, en las manos sendos guantecillos color de rata, subrayaban aquella figura varonil y refinada a un tiempo mismo.

Aquel día Papa... etcétera, y yo, no nos separamos. Aquella noche tampoco, pues que Moréas nos invitó a comer a Carrillo, a Darío y a mí, y después fuimos a recorrer las endiabladas calles de Montmartre hasta muy avanzada la hora. Yo daba el brazo a Moréas, que me llenaba de afecto. (¡Es claro! Un poeta que había cruzado el Océano sólo por verle!) Y más ancho que una col, me decía:

—Del brazo con Jean Moréas ¡Vas del brazo con Jean Moréas! ¡Quién te lo había de decir, hombre! Quién había de decirte, cuando jugabas a la gallina y el coyote en las herbosas calles de tu pueblo, que un día—mejor dicho, una noche—ha-

bías de ir por París de Francia del brazo de Jean Moréas, el autor del *Pélerin Passionné...*

—Conque usted vino desde México sólo a verme... (¡Diablo de Gómez Carrillo!)

—Pues sí... sólo por eso vine. Es cierto que me dije: «De pasadita veré la Exposición, conoceré la capital del mundo, viajaré un poco; pero así, de pasadita...»

—Muy bien, muy bien.

Y hablamos de su obra, del *Pélerin*, desde luego y naturalmente, de ese *Pélerin* que hizo decir a Anatole France: «Jean Moréas es una de las siete estrellas de la nueva pléyade. Yo lo considero el Ronsard del simbolismo.»

Hablamos de *Eriphyle*, de *Enone au clair visage*, de la cual le recité un fragmento por mí traducido, y de las *Estancias*, impregnadas de un sereno panteísmo un poco a la Rousseau, que a la sazón empezaban a aparecer, por cierto, bajo la forma de manuscrito autografiado.

Moréas estaba de excelente humor, y anda que anda, me recitó algo muy bello, la cantilena aquella:

Toc, toc, toc, toc—il cloue à coups pressés,
Toc, toc—le menuisier des trépassés.
«Bon menuisier, bon menuisier,
Dans le sapin, dans le noyer,
Taille un cercueil très grand, très lourd,
Pour que j'y couche mon amour...»

Antes de separarnos, me hizo espontáneamente la promesa de llevarme al día siguiente, a Calisaya, su *Pélerin Passionné*, con la respectiva dedicatoria. ¡Oh gloria!... Y seguía yo murmurando para mi coleto: «Quién había de decirte, cuando jugabas a la gallina y el coyote en las herbosas calles de tu pueblo, que un día—mejor dicho, una noche—habías de ir por París de Francia», etc., etc.

¿Qué pasó al día siguiente? No lo sé. Acaso estuve enfermo, acaso mi pésima memoria me jugó una mala pasada; lo cierto es que no fuí a Calisaya. Según Darío me refirió después, Moréas me buscó; llevaba su libro debajo del brazo, ¡su libro dedicado! No me encontró, y enfadado, rompió la página autografiada, la hizo añicos...

Y eso fué todo. .

Papadiamantópulos *y el poeta que había ido a París, desde México, sólo por verle*, no volvieron a ser amigos. Cuando se encontraban, el primero fingía no acordarse del segundo (¡que había atravesado el Océano!) y el segundo acabó por resignarse... ¡Todo se había perdido, menos el honor!



LIII

RÔDEUSE...

Si te tornan pensativa los desastres de las hojas
que revuelan crepitando por el amplio bulevar;
si los cierzos te insinúan no sé qué vagas congojas
y nostalgias imprecisas y deseos de llorar;

si el latido luminoso de los astros te da frío;
si incurablemente triste ves al Sena resbalar,
y el reflejo de los focos escarlata sobre el río
se te antoja que es la estela de algún trágico navío
donde llevan los ahogados de la Morgue a sepultar;

¡Pobrecita! Ven conmigo: deja ya las puentes yermas.
Hay un alma en estas noches a las tísicas hostil,
y un vampiro disfrazado de galán que busca enfermas,
que corteja a las que tosen y que, a poco que te duermas,
chupará con trompa inmunda tus pezones de marfil.

LIV

LOS REYES

No, no se trata de los Reyes Magos. Aquellos iban en lentas caravanas. Los dromedarios engualdrapados proyectaban su sombra prehistórica sobre la arena roja del desierto. Negros pajecillos les servían. Paraninfos ordenaban su marcha. Orientábalos una fulgente estrella. Arrodillábanse los dromedarios para que sus amos descendiesen, y extendían los pajecillos tapices de Persia para que en ellos se posaran las reales plantas, de seda y oro calzadas.

No, no se trata de los Reyes Magos, sino de la caravana moderna de testas coronadas que llega a la Babilonia moderna, y se pierde en su báratro efervescente, sin despertar ya más que curiosidades furtivas.

Yo no conocía a ningún rey. Cuando nací, el Príncipe *barba de oro,* que dijo Rubén Darío, había ya caído en Querétaro, vulnerado por las balas republicanas, y la emperatriz Carlota enhebraba en un castillo de Europa la malla misteriosa de su lo-

cura. Cerrando los ojos, sí veía a los soberanos del país azul de mi niñez, aquellos de los cuentos dorados, cuya historia me contaba mi nodriza Juliana, una rubicunda y pecosa campesina ingenua, en términos siempre invariables: «Este era un rey que tenía tres hijas»; mas esas ¡ay! ha mucho que peregrinaron hacia los limbos pálidos del ensueño... Anhelaba, por tanto, ver a un rey. Y vi muchos en Europa: en Italia, al pontífice Máximo y a la reina Margarita; en Alemania, al príncipe-regente de Baviera, Leopoldo, tío del demente y enigmático Luis II; en Londres, al entonces príncipe de Gales, y hoy, por la gracia de Dios y de la Constitución, Eduardo VII, rey de Britania y emperador de las Indias; y en París... ¡oh! en París a más de una docena: Oscar, de Suecia; el rey de Grecia, el de Bélgica, naturalmente:

> *(Quand le roi de Grèce arrive à Paris,*
> *c'est le roi Leopold qui arrive derrière lui,*

dice una picaresca canción de cabaret); la reina de Grecia, dos grandes duques de Rusia, el shah de Persia (ese sí que era rey). *Et cæteri! Et cæteri!*

¡Un rey! ¡Bah! Algunos se visten muy mal, como el de Grecia. Cuando vagaba en el Pabellón de México, clavando sus ojos miopes en las cajas de puros Tuxtla, en las botellas de Tequila y otras *obras de arte* que exhibíamos allí, antojábaseme un vicecónsul alemán en Guaymas, Mazatlán o Acapulco.

¡Un rey! ¡Bah! *C'est pas épatant un roi...* Los que mi nodriza Juliana conocía eran más bellos.

Cuántas veces, ya en los bulevares, ya en un *vernissage*, ya en el *five o'clock* del Elysée Palace Hotel, una voz indiferente murmuraba cerca de mí:

—*Tiens! Le roi des Belges.*

Y aquel viejo de barba babilónica pasaba sin más ceremonias entre la multitud, fría y atareada.

Más bello era Kruger, ese nobilísimo y octogenario orangután que en una radiosa mañana llegó en triunfo a la capital del Orbe, en medio del loco y generoso entusiasmo de un millón de personas que formaban valla desde la estación hasta el Hotel Scribe, temblando de emoción y de años, austero como un Cincinato, trayendo a Europa una Biblia vieja y una sola palabra: ¡Derecho!

El shah de Persia sí que era rey. Se pensaba al verle en los viejos califas. Llevaba pedrerías dignas de Montecristo, tenía esplendideces de monarca antiguo. Las muchachas del pueblo le enviaban besos en los bulevares. Odiaba la etiqueta, se *enfichaba* de todo y hacía *pipí* en los jardines públicos.

¡Ese sí que era rey! Sus servidores se acercaban a él tendiendo la cabeza hacia adelante como para ofrecérsela, en acatamiento a su poder, dueño de vidas y haciendas... ¡Ese sí que era rey!

Adoraba a las muchachas bonitas, lamentando, sin duda, no poder ejercer en París el derecho de pernada... ¡Este sí que era rey!

Durante su permanencia en París se gastó dos millones en los almacenes, e hizo hasta al último de los servidores del hotel en que moraba el presente de un diamante... ¡Ese sí que era rey!

Me acuerdo de aquella vieja de los versos de Hugo que, viendo pasar al rey de Nápoles, decía, poco más o menos, y con desdén: ¡En mi tiempo sí que venían reyes! ¡Napoleón los traía uncidos a su carro!

Hoy por hoy, cualquier hijo de Jonathán hace mejor papel en Europa: Vanderbilt, que quería comprar el Arco de Triunfo para dar una fiesta; o Morgan, que quiere comprarlo todo, y que lo logra, porque, hoy por hoy, todo se vende.



LV

LA PRINCESA PEINABA SUS CABELLOS

La princesa peinaba sus cabellos,
peinaba sus cabellos de oro fino,
distraída, mirando vagamente,
a través de una ojiva del castillo,
la sementera en fruto,
el polvoso camino
por donde transitaban los gitanos,
o, mascullando rezos, los mendigos,
o, cubiertos de conchas y de tierra,
los peregrinos,
los barbudos romeros que de Italia
tornaban bajo el rudo sol de estío,
o bien al ahorcado
de ayer, que de una almena del vecino
atalaya mohoso,
pendiendo está, gesticulante y rígido,
proyectando en el muro su sombra,
absurdo y ridículo.

La princesa peinaba sus cabellos;
con la siniestra, asíalos,

oblicuando el haz rubio
hacia el rostro bellísimo,
y en la diestra tenía el viejo peine,
gran peine de marfil, pálido y liso.

La princesa peinaba distraída,
peinaba sus cabellos de oro fino,
pensando: «Si viniera
el joglar de encarnado juboncillo,
de calzas verdes, caperuza negra
y sonoro laúd...

En el camino
seguían transitando los gitanos
de obscuro rostro antiguo.
Y en los hierros del puente,
del puente levadizo,
y en los sillares,
y entre los riscos,
palpitaban con vaivenes espasmódicos
y sumidas en sus éxtasis fakíricos,
lagartijas pintadas de oro y verde,
semejando pigmeos cocodrilos.

La princesa peinaba sus cabellos,
peinaba sus cabellos de oro fino.

LVI

VARIAS NOTAS

I

EN LA PLAYA

La playa se extiende roja, brillante, salpicada de mil puntos vivos. Se diría leve arena de oro donde cintilan muchos diamantes; forma una amplia herradura que enmarca al verde claro del mar.

Como un colmenar se yerguen las casucas de madera de los baños; y, llenando de notas vivas el paisaje, desparramadas crepitan al viento las tiendas rojas y blancas, blancas y azules.

Una pollada de chicuelos, pantorrillas al aire, vestidos de muselinas, juega en la arena con toda una utilería minúscula de albañil; y en las ondas, cogidas de la mano, ostentando sus formas, más o menos exuberantes,—que el trajecillo de baño azul, empapado ya y pegado a la piel, define asaz, no de otra suerte que el lienzo húmedo que cubre una estatua de arcilla bien deja adivinar toda la ingencia eurítmica de las curvas,—en las ondas, un grupo

de muchachas se baña, grita, chapalea, chapotea. Sus cofietas impermeables están guarnecidas de lazos coquetos de seda, que flotan al viento fresco y oloroso.

Los hombres... ¡ah! ¡uf!, se bañan con una impudicia... He ahí un banquero judío, aguileño y ventrudo. No tiene vergüenza de su obesidad. Tampoco la tiene de su miseria fisiológica ese caballero zancudo, de magras pantorrillas.

Las muchachas ríen de ellos y siguen su alocado baile en las suaves ondas.

Allá arriba, el puertecito se extiende en semicírculo al pie de la montaña. Avanza un estribo de ésta hacia el mar, y se desploma a pico, formando un cantil majestuoso.

Sobre el cantil, un enorme Jesús abre los brazos como una enorme misericordia. Allí van a orar y a atisbar el Océano pérfido las mujeres de los pescadores cuando éstos tardan, y el mar se encrespa, espumarajea y truena.

Mas esta mañana todo sonríe. El mar ostenta en la playa sus leves blondas, las olas al morir enredan misteriosas filigranas de plata.

Las *villas* de ladrillo, circundadas de jardincillos coquetos, abren al día todas sus vidrieras relampagueantes.

❖

Por la tarde, los bañistas se congregan en la glorieta que circunda el faro. Las señoras hacen

labor. Los hombres fuman y conversan. Todos *flirtean*.

Todos nos conocemos *à peu près* y hemos trabado amistades, amistades efímeras que se disolverán en el maremágnum de París.

El sábado, en la noche, llega el tren llamado *de los maridos*. En él vienen los *ídem* que no pueden acompañar a sus mujeres que veranean sino los domingos, porque *les affaires* los esclavizan.

El domingo, pues, sufren una interrupción ligera los *flirts* de la semana.

El lunes, el *tren de los maridos* parte de nuevo y los *flirts* continúan.

Por las noches se baila o se juega en el casino.

Muy de mañana, el mercado es el lugar de cita. Los pescados de plata, las anguilas verduscas y nerviosas tiemblan sobre los mostradores. Las *crevettes* enredan sus antenas diáfanas en inextricable laberinto de hilos, las langostas abren y cierran sus pinzas de coral. Pobres bestiecillas ignorantes de su destino. Dentro de unas cuantas horas, al plato.

—¡Bueno, y qué!—dirá el lector—; vaya un capítulo monótono.

—Sí, monótono como el mar (1).

---

(1) En la edición original, aparece después de este artículo, y bajo el título de VISIÓN, la poesía que comienza: *Una tarde en mi sendero. V. Obras Completas,* vol. II, página 45.

II

EL PRÍNCIPE COLIBRÍ

Es un hombrecito de 56 centímetros de estatura, rubio y sonrosado, que exhiben en las ferias en una silla de oro y terciopelo, tan leve, que el charlatán que muestra al maravilloso liliputiense la soporta en la palma de la mano.

Nada hay en el príncipe Colibrí que recuerde la zurda estructura del enano: es un pigmeo, pero no un enano. Perfectamente proporcionado, aquel ser, venido de un país utópico—dicen que nació en Rusia, pero yo no lo creo: lo descubrieron en alguna misteriosa isla del misterioso Océano—, no despierta repulsión alguna; al contrario, una curiosidad extraña y novelesca nos lleva hacia él como hacia un enigma.

Yo me lo imagino en el palacio luminoso Ponzin—el diminuto alcázar de cristal, que hizo mis delicias en la Exposición—, en un trono de oro, levantado en la divina sala de ese palacio de hadas, cuyos muros dobles, de vidrios multicolores, estaban interiormente iluminados; cuya escalinata parecía hecha de la luz misma del sol, y que se reflejaba en un lago que, copiando todas las luces del campo de Marte, parecía un hervidero de piedras preciosas.

Háceme pensar también en las conchas de nácar tiradas por mariposas, que servían de carroza a las hadas, y en todas esas leyendas alemanas cuyo escenario es la floresta cabelluda y musical, y en los cuentos de Perrault...

¡Ah! vosotros que con una curiosidad ingenua y vana le contempláis, no sabéis de dónde viene ese príncipe: es el último abencerraje de los cuentos maravillosos; una hada le parió en la cuna azul y ondulante del cáliz de un loto; los silfos la mecían sobre el lago dormido; la luna, otra hada lejana, vestíala de plata.

En sus pequeñitos ojos azules tiemblan aún medrosas las visiones de la isla encantada donde moró, rey de un país de genios; su rostro, que podría esconderse entre los pétalos de una rosa, está triste; triste y medroso se muestra ante ese enjambre de monstruos que lo miran—los hombres son monstruos para él;—triste porque el príncipe piensa en su reino, en su reino cuyos pobladores conversan aún con las hadas, donde las libélulas tiran de las carrozas de nácar, y en el lago un nenúfar es un barco de ensueño, y en el aire *los hilos de la virgen* son hamacas de cristal para las Ariadnas.

III

EUNICE MIERIS (1)

Como una gran flor de lis
ornada de oro en fusión,
eras. ¡Oh, las *musardises*
del poeta de *l'Aiglon*

entre tus labios tan tersos
y tan rojos!—Sonreías
y, cantándolas, fingías
un ángel que dice versos.

Blanca estrofa eres tú de
un ritmo embelesador,
y Mucha, pintándote
sobre un pétalo de flor,

acertara.—A todos plugo
tu rima, porque Rostand
era, merced a ti, tan
preciado como el Rey Hugo.

(1) Recitando las *Musardises*, de Rostand.—¿Se acuerda usted, don Justo Sierra?

Pero merced a ti, estrella
que lo vestías de hechizos...

¡Cuán absurdamente bella
estabas, bajo de aquella
transfiguración de rizos!



LVII

VERSOS Y ESTRELLAS

Quiero una estrella!

—¡Hidalga muchacha! Si me hubieses pedido un luis, te hubiera dado el luis y mi indiferencia. Puesto que demandas un astro, te doy el astro y mi admiración: elige.

Alzó la mirada hacia el divino joyero de la noche; una azul mirada tan inmensa, que en ella bien podía bogar un ensueño. La luna se levantaba en toda su melancólica majestad de enferma, como una reina que convalece.—No la quiso.

—¿Quieres ese diamante de aguas azules y sonrosadas que se llama Sirio? Brilla más que el *Regente* y el *Kohinoor.* ¿O bien, deseas ese rubí sangre de paloma que tiene por nombre Aldebarán? o aquel otro rubí pálido que se llama Marte? ¿Te place la *rivière* de las Pléyades o habré de aprisionarte un bohemio cometa para encauzar tus rizos color de cobre? ¡Ah! no te desplace el aderezo de la *Osa Mayor!...* ¡Qué digo! más bien querrías prenderte a Saturno en el corpiño, a causa de su aro, de una policromía milagrosa; o acaso ostentarías sin dis-

gusto en el pecho la *Cruz del Sur*... Y si mucho te apuro, vas a decirme que prefieres para tu frente la *Lira*... Pero; qué veo! Te seduce un topacio: Arturo o Capella... Están lejos. No importa.

—He pensado que no me convienen los astros; ¡Llevar astros! eso brilla demasiado; es *rastaquoere;* preferiría...

—¿Qué?

—Versos.

Y le escribí estas líneas.



LVIII

Y EL BUDHA DE BASALTO SONREÍA...

Aquella tarde, en la Alameda, loca
de amor, la dulce idolatrada mía
me ofreció la eglantina de su boca.

Y el Budha de basalto sonreía...

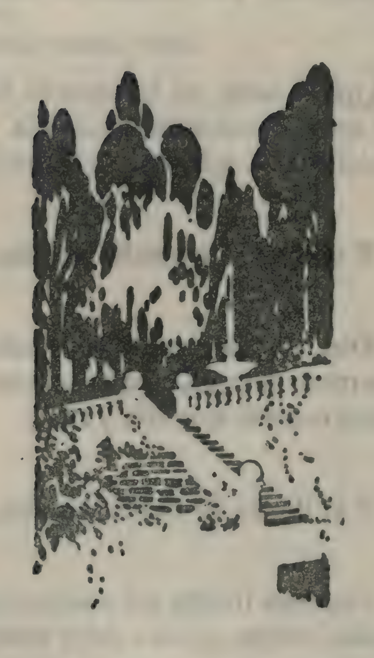
Otro vino después, y sus hechizos
me robó; díla cita, y en la umbría
nos trocamos epístolas y rizos.

Y el Budha de basalto sonreía...

Hoy hace un año del amor perdido;
al sitio vuelvo, y como estoy rendido
tras largo caminar, trepo a lo alto
del zócalo en que el símbolo reposa.

Derrotado y sangriento muere el día,
y en los brazos del Budha de basalto
me sorprende la luna misteriosa.

Y el Budha de basalto sonreía...





LIX

«SOBRE LAS OLAS»

La tarde de un domingo, a bordo. Sobre el inmenso vapor se cernía el fastidio como una gran ave gris. Hacía frío y caía la noche. El sol, antes de sumergirse en el mar, habíase alargado como un gran huevo luminoso, como si quisiese, impaciente, besar las olas, teñidas de toda la policromía del crepúsculo, antes de que su orbe amoratado llegase a la línea azul y envaguecida del horizonte.

Algunos irlandeses bailaban en el puente al son de la música. Estábamos muy cerca de Queenstown, entre las brumas del canal de Irlanda, desgarradas un momento por los venablos de la tarde.

De pronto, la voz jadeante, espasmódica y tediosa de un acordeón hizo el eco al entonces anémico grito del agua.

Preludiaba un vals lleno de molicie y de melancolía, y ese vals era *Sobre las olas*, de Juventino Rosas. La flema irlandesa halló aquello hermoso, y las rubias muchachas, desgarbadas, redoblaron sus movimientos, ritmando con deslizamientos monó-

tonos los compases, sobre las tablas empapadas de agua salobre del puente.

¡Sobre las olas...! Pensé en el pobre músico mexicano que, en una tarde de verbena y de hastío, al borde del sucio y pobre canal de Santa Anita, viendo cómo el viento delgado del Valle rizaba las ondas obscuras y nauseabundas, había soñado esas melodías voluptuosas y tristes que le han hecho célebre en todos los pueblos. Pensé en su humilde vino inspirador de cosas tan bellas, en la opulencia de una musa criolla, impaciente de salvar las barreras de azur de nuestras montañas; en la inopia del joven maestro inédito, que en otro país, en otro medio, hubiera sido un Strauss o un Waldteufel, y me invadió repentina pena, amarga como la hiel del Océano que se hinchaba levemente en rededor de nuestro barco.

⊠

Meses después, sorbía yo concienzudamente, en la taberna rumana de la Exposición de 1900, un refresco, en una tarde estival, de esas que se prolongan indefinidamente, con indecisiones de crepúsculos interminables.

La orquesta de la taberna era famosa por el llorar de sus violines y de sus violas, pulsados por taumaturgas manos de zíngaros; por el gemido grave de un violoncello maravillosamente herido y

por el hueco sonar de una marimba... sí, de una marimba guatemalteca o chiapaneca que los músicos exhibían, traducida al bohemio, como instrumento de procedencia ragusana.

De pronto también, un vals que en aquella tarde de pereza estival cuadraba con la *insouciance* de los espíritus: era *Sobre las olas.* El entusiasmo se desbordó al oirlo, y recuerdo que una inglesa premió con un luis de oro un *bis* pedido al director.

No lejos de la taberna, entre la multitud de banderas cosmopolitas, ondeaba sobre el humilde pabellón de México la bandera mexicana, ¡la bandera de Juventino Rosas!

¡Pobre músico!... Pensé en el loco desbordamiento de alegría que hubiera determinado en su corazón aquel luis de oro pagado por oir su vals, en el corazón de París, en un Certamen que congregaba a todo el universo; y torné a ponerme triste...

⊠

Después, en una de esas tardes de lila y rosa pálido del otoño, en un café del *boulevard des Italiens* tomaba yo el aperitivo, contemplando el eterno desfile de *preciosas* y de gomosos que invaden las resonantes aceras, cuando viejos compases familiares despertaron mi oído. La orquesta tocaba *Sobre las olas.*

Al concluirse el vals, acerquéme a la pianista, una muchacha enlutada, de rostro enjuto y nariz israelita, en la que cabalgaban los lentes enmarcados de oro.

—¿De quién es ese vals?—le pregunté.

—Es de... (aquí un nombre francés que no recuerdo), un joven músico que promete mucho.

¡Pobre Juventino! Se hacía célebre despersonalizándose.

Y sentí otra vez mi vieja tristeza.

⊞

Y más tarde aún, en el espléndido salón de conciertos de Zurich, a la orilla del lago azul, en una de esas noches en que todas las constelaciones palpitan en las aguas tersas, en tanto que yo dormitaba en una banca, bajo un árbol del riente parque que da acceso al pabellón, he aquí que la lenta melodía preliminar del vals viene a arrullar mi semisueño.

Pero esta vez en el programa figuraba el nombre de Juventino. Los alemanes, más piadosos que los parisienses, le dejaban a la sombra el usufructo de su gloria.

Y allí, a la margen del lago de terciopelo bordado de todas las luces de la playa semicircular, como una enorme amatista montada en una herradura de diamantes, aquellos compases llenos de perezosa

gracia tropical, hablándome de la patria lejana y del pobre maestro, me pusieron triste otra vez.

Según Wagner, la música hiere en nosotros, no precisamente un órgano cerebral, sino algo que podría llamarse *el órgano del ensueño*, y como este órgano del ensueño no se pone en actividad por ministerio de impresiones exteriores, a las cuales el cerebro, por el momento cuando menos, está cerrado completamente, su ejercicio debe, sin duda, determinarse en el interior del organismo y revelarse a nuestra conciencia, ya despierta, en forma de sentimientos misteriosos y obscuros.

Estos obscuros y misteriosos sentimientos engendraban en mí, siempre en forma distinta, de acuerdo con el paisaje interior, el dulce vals de Juventino; y era lo que yo sentía, como si un pedazo del alma de la patria, infantil aún, débil, embrionaria y triste, vestida sólo de la gracia naciente de sus montañas y de sus selvas, de sus razas incipientes y de sus balbuceos sentimentales, me siguiera a través de mi peregrinación en forma de melodía, hermanada con todos los ritmos ambientes: el de las cuerdas heridas por manos suaves, el de las ondas trémulas teñidas de luz y el de las lejanas y misteriosas estrellas...

LX

SWEDEMBORG

J'AI *plus de souvenirs qui si j'avais mille ans*, dice un verso de Baudelaire. A mí me pasa otro tanto; pero aun cuando viviese el doble de ese milenario acumulador de recuerdos, aun cuando tuviese más recuerdos que si hubiera vivido dos milenarios, no olvidaría jamás al extraño personaje que es objeto de estas notas, y que por no sé qué azar encontré en mi camino.

Creo que Rubén Darío me lo presentó en el tiempo ¡ay! ya lejano en que los dos vivíamos en el número 29 del Faubourg Montmartre, una de las calles más endiabladas y ruidosas del endiablado y ruidoso (y divino) Paris.

—El maestro X.

—Servidor de usted.

Era o es, porque todavía vive (salvo error u omisión), un hombre corpulento, muy moreno, caído de hombros, y que así por el cuerpo como por el corte de cara, se parecía notablemente a Balzac. Un Balzac más obscuro. Esta observación la hicimos al propio tiempo Darío y yo.

—El maestro X.

—Para servir a usted.

Díjome que en México me había conocido, y yo recordé, como en un sueño, al autor de una danza, de una leyenda melódica y de otras cosas muy bellas, de un romanticismo amable, que aquel hombre tocaba y gesticulaba al propio tiempo con movimientos de músculos faciales, de hombros y de cabeza.

—Compone usted cosas muy hermosas—le dije.

Pero mi cumplido no le gustó. Swedemborg y los yanquis habíanle vuelto apóstol, y era un apóstol ni más ni menos el que yo tenía delante. Su devoción por el iluminado escandinavo nos hizo darle su nombre, y con tal nombre lo presentamos a don Justo Sierra cuando estuvo en París, quedándose éste, mi eminente amigo, tan intrigado como Darío y como yo ante la enigmática personalidad del maestro.

—La música...—me respondió—. Sí, pero no ésta que toco; eso no es nada. El piano... ¡fu! Usted no sabe que he inventado, mejor dicho, que me ha sido revelada una teoría musical que va a revolucionar al mundo entero.

Y comenzó la explicación.

Aquel hombre había hecho la fusión más «bizarra» del mundo con la Biblia y la Música. Sabido es que los yanquis son furibundos exegetas. El «maestro Swedemborg», que, según parece, vivió

luengos años en Nueva York, tornóse exegeta a su vez, y de los más furibundos.

Empezó por buscar a la Biblia un sentido musical, y acabó por musicar hasta el Apocalipsis... en teoría, se entiende. El amor al símbolo llevóle a esas fronteras en que los videntes y los locos se dan la mano. Según él, la Virgen María, en el Nuevo Testamento, simbolizaba la música. Herodes simbolizaba el dinero.

Quiso explicarme su teoría, en cuyo programa entraba nada menos que la supresión de las notas. No había razón para que un sonido determinado se llamase DO y otro RE. Esto circunscribía miserablemente el papel de la música, suprema reveladora de la vida, del más allá, de todo lo arcano y misterioso.

Al principio, el maestro intentó crear una nueva teoría musical; pero navegando en la Biblia, tornóse bíblico. Vínole el afán incontrarrestable de interpretar, de hallar un símbolo en cada versículo, de desentrañar obscuridades, allí donde todo es abismo; y un día, creyéndose investido de poderes sobrenaturales, partió de Nueva York a París, donde, según decía, debía surgir la revelación futura y efectuarse la santa palingenesia de la verdad. Francia era la escogida por Dios para hacer brillar sobre el mundo la nueva luz.

A veces había en él, ante la ironía de sus amistosos oyentes (yo entre ellos), verdaderos relám-

pagos de entusiasmo y de convicción supernaturalista.

—Así como Cristo, así como Swedemborg, yo puedo ser un vidente. ¿Por qué no?

En efecto, yo no niego nada. Todo es posible dentro de la vida. Si mañana un hombre viniese a decirme:

—Yo soy el creador de todas las cosas.

Yo pensaría:

—¡Quién sabe! En suma, uno no sabe nada.

El maestro quiso, empero, convertirme:

—Quiero presentarme con usted y con Darío de la mano ante el Padre.

Yo bien hubiera querido ser su discípulo; pero jamás pude entender su teoría musical. Hice cuanto pude... pero fué inútil. Jamás tampoco acerté a hallar relación alguna entre la música y la Virgen María, fuera acaso de aquella de la cual habla San Antonio (Nomen Mariæ Virginis, mel in ore, melos in aure, jubilos in corde...): el nombre de la Virgen María es miel en la boca, «melodía en el oído», alegría en el corazón.

Ni me fué dado jamás encontrar analogía entre Herodes y el dinero.

De otra suerte el maestro me hubiera convertido y presentado a la diestra del Padre, con zapatos y todo.

Por lo demás... ¡Quién sabe! Aquel hombre tenía mucho talento, se parecía a Balzac, y era muy bueno.

LXI

LA MÚSICA LUMINOSA

LA LUZ QUE CANTA

NINGUNO de quienes asistieron a la Exposición Universal de París de 1900 habrá olvidado, sin duda, las maravillas encerradas en ese palacio de ensueño, levantado en el Campo de Marte, y que se llamaba el «Palacio de la Optica».

Había en este palacio, de caprichosa arquitectura, innumerables salas, en las que el viajero veía la octilografía luminosa, los aparatos creados para la telegrafía sin hilos, las proyecciones de microbios, el mundo que habita en una gota de agua, el polonium y el radium, substancias radioactivas de una potencia enorme, los radiófonos, el maravilloso aeróscopo, la formación de la tierra en veinte cuadros, las bacterias luminosas, la gran luneta, cuyo aumento ascendía a 8.000 diámetros, etc., etc. Pero quienes hayan visto eso y otras muchas cosas más, que me callo por no hacer interminable esta lista, no han olvidado, de fijo, ni podrán olvidar jamás, el ÓRGANO ÓPTICO de la «Sala Fran-

klin», que proporcionaba, con pasmo de los ojos, audiciones coloridas de divino efecto.

La audición colorida es, dicen los llamados «decadentes», el privilegio de un reducido número de personas excitables en grado heroico, y las cuales, hay que convenir en ello, no han estado jamás de acuerdo con respecto al color que corresponde a un sonido determinado.

Como cada color y cada sonido—dicen éstos suprasensibles artistas modernos—se deben a vibraciones de número conocido, es científicamente posible establecer una gama de colores cuyos intervalos correspondan—poco más o menos—a los de la gama musical, y por ende, es posible también «poner en colores» un número musical.

El órgano óptico a que me refiero, y que embelesó a todos los enamorados de lo extraño que acudieron al Palacio de la Optica, llevaba a cabo esta audición colorida.

Cada tecla del teclado, por ministerio de un interceptor de mercurio y de un hilo conductor, encendía, al ser herida, cinco lámparas incandescentes del mismo color. Veinte tintes bien graduados, según la regla enunciada por Mr. Charles Henry, comprendiendo el espectro entero, se iluminaban sucesivamente, y su brillo se prolongaba durante todo el tiempo en que el dedo se mantenía sobre la tecla correspondiente, oprimiéndolo. Había cinco filas de veinte lámparas, y ninguna «feería» de las

que han hechizado nuestros sueños infantiles podía compararse a aquella música visible que danzaba en mil matices ante nuestros ojos en el negro salón encantado.

Según los que han estudiado estas cosas, los sonidos graves, de gran amplitud de onda, corresponden a los rojos y a los anaranjados; los sonidos agudos, físicamente corresponden a los azules y violetas; y como, por añadidura, la serie de los colores es de forma cíclica, el violeta, por ejemplo, se aproxima al rojo, y el aparato de que he hablado podía funcionar asimismo a la inversa, es decir, podía asociar los rojos a los sonidos agudos y los violetas a los sonidos relativamente más graves.

Construído el mágico instrumento, alguien se preguntó si la melodía colorida podría aminorar el prestigio de la melodía musical, o por el contrario, aumentar su efecto; si ésta o aquélla tenía más poder estético, advirtiéndose que es cosa probada que los sonidos no obran de la propia suerte que los colores, ya que los colores de gran amplitud de onda excitan más la sensibilidad visual que los violetas, los sonidos agudos más que los graves, y que, bajo el punto de vista fisiológico, los rojos corresponden a los sonidos agudos.

No seré yo quien intente resolver el problema; sólo, sí, diré que, aunados de la suerte que he dicho, el color y la música, eran algo no presentido, algo divino, que hubiera sumergido en el éxtasis a un

rey Luis de Baviera o a un Conde Roberto de Montesquieu, ese exquisito diletante, autor de *Le Coucher de la Morte*, de *Sous les villosités violettes* y del *Lis rose*, o a un Arthur Rimbaud, el extraño, el genial mixtificador, autor del célebre soneto:

A, noir; E, blanc; I, rouge; U, vert; O, bleu...

Imaginaos un nocturno de Schumann tocado (iba a decir colorido) por mano maestra en aquel órgano; cerrad, para ver mejor, los ojos, y fingid aquel simultáneo florecer de notas y de colores... Yo de mí sé decir que nunca como entonces me acerqué a esas lindes misteriosas donde acaba la realidad y comienza el ensueño.

Todo palidece, empero, en nuestra memoria; y ese recuerdo, ya lejano, empezaba a palidecer a su vez, a pesar de sus taumaturgas gamas «músico-luminosas», cuando dí de manos a boca con «algunas notas sin importancia», publicadas por Raymond Bouyer, acerca de lo que se llama «La luz que canta» y que tratan de esa relación que, si no fuera absolutamente científica, parecería milagrosa, entre las vibraciones musicales y las vibraciones luminosas, y que viene a probar la eterna y divina correlación y unidad del universo, cada una de cuyas formas infinitas no es más que el aspecto bajo el cual se muestra a nuestros sentidos lo absoluto.

Bouyer analiza, a las veces con seriedad y a las veces burla burlando, estas raras analogías, y re-

cuerda con gracia a quienes han calificado a la música de Wagner de escarlata, a la de Meyerbeer de violeta episcopal, a la de Massenet de flava, «tirando a anaranjada», a la de Carlos Lecoq de cereza, y a la de Offenbach... de verde manzana! recordando, a propósito de esto, la conocida anécdota de Liszt, quien veía una catedral inmaterial en la melodía del «Preludio de Lohengrin», y murmuraba en la corte de Weimar, en las repeticiones de su orquesta: «¡Un poco más azul, señores, os lo suplico!», o bien: «Todo ese pasaje menos rosa», o: «¡Aquí, violeta obscuro!»

No era, sin embargo, el viejo Liszt el único que creía en estas cosas; el gran Hans de Bülow, tan conocido por sus genialidades, no dudó jamás del color de las vibraciones musicales y, hoy por hoy, debe de existir aún cierto inglés, M. A. W. Rimington, quien inventó el COLOR MUSICAL, una especie de sistema VISUAL-AUDITIVO de lo más peregrino del mundo.

Los poetas han sido todavía más crédulos que los músicos, o quizá, siendo los suprasensibles por excelencia, han asido mejor que ellos estas enigmáticas analogías. Testigos: Verlaine, Mallarmé, Huysmans y los ya citados Montesquieu y Rimbaud...

El sentido común ríe de estas cosas; pero ese presentimiento arcano que anida en lo más secreto de las almas artistas se contenta con responder melancólicamente: ¡Quién sabe!

LXII

LAS NUPCIAS DE LA ESFINGE

HABÍA leído un hermoso poema: «Lo que ha visto la Esfinge.»

La Esfinge, ¿qué puede hacer sino mirar?

Se derrumbaba el sol en uno de esos ponientes pálidos de París; moría la luz sobre la última página de mi libro, y me quedé abstraído, frente a mi taza de café, con mis ojos anegados en el vacío, que para los poetas tiene miriadas de puntos de oro y de hilos de luz, entretejidos como hamaca de cristal de los sueños.

Pensé entonces—natural era—en esa enorme y extraña mujer, inmóvil como la esposa de Lot en medio del desierto, de mitra ultrajada por los tiempos, de frente impasible, de ojos inmensamente abiertos, como si quisieran sondear todas las simas, traspasar todos los arcanos, como si intentaran abarcar los destinos de todas las generaciones; en esa mujer cuyos senos de granito han amamantado al Enigma...

Y presa de una alucinación poderosa, me sentí transportado al pie del formidable símbolo litúrgico.

La noche descolgaba sus legiones de trasgos so-

bre los páramos, y el silencio se adueñaba de las cosas.

Qué inmensa tristeza—me dije—debe de sentir ese monstruo perennemente quieto, ante el cual en vano encienden los crepúsculos su rojo vivo y glorioso y despliegan las albas su nacarada clámide... Unico y solo, acaso sufro la nostalgia sin límites de los Faraones, de las dinastías que hoy duermen bajo las pirámides, cuyos negros poliedros desgarran con sus vértices el infinito. En su derredor nada florece, es decir, nada ama.

Y cuando esto me decía, escuché una voz aguda y metálica como el sonido de las viejas trompetas. La Esfinge hablaba y me decía:

—En el orbe todo ama y yo no me sustraigo a la ley.

—¿Y quién es tu desposado?—pregunté, estremeciéndome.

—El Tiempo—respondió—; y cuando las postreras generaciones hayan caído bajo su segur; cuando el mundo, momia cósmica, voltejee como un cráneo inmenso en el mar abejeante de luceros de la noche, vendrá a mí el Prometido, y el desierto, helado ya, será nuestro tálamo; la nieve que me cubra, mi traje nupcial; sobre mis senos pétreos posará el coloso la testa encanecida, y entonces proclamaremos ante el planeta vacío en que se sucedieron las teogonías y penaron las razas, el secreto de vuestra existencia miserable!...



LXIII

LA CIUDAD LITERARIA

YA es tarde. Las cosas y los remordimientos duermen.

Sacude el polvo de tus borceguíes y marcha. Acaso al despuntar la aurora, salvada la ciudad, llegues a las lindes de la selva cabelluda en que mora la paz.

Marcha diligente. Esta ciudad apedrea a los profetas y el destino se alía con ella. Aun cuando estés nutrido con el tuétano de león de la ciencia; aun cuando el amor te haya fortificado con la roja fuerza de sus viñas; aun cuando tu alma esté hecha de la substancia misma de los sueños; aun cuando el arte haya purificado tus labios, como lo fueron los de Isaías, con un carbón encendido, pasa de prisa.

Acuérdate de la parálisis de Nietszche, de la camisa de fuerza de Maupassant, del hospital del Pauvre Lelian, del *delirium tremens* de Poe, del insomnio de Musset, de la obsesión de Strindberg...

La locura, con sus ojos rodeados de antimonio, acecha en una encrucijada. Ten miedo de ti mismo.

Algo, desde los íntimos repliegues de tu ser, sube a tu conciencia, y la sombra que ese algo enigmático proyecta es más obscura que todas: se diría una sombra que lleva luto.

Como Midas, embriaga al sátiro que hay dentro de ti, para que se duerma; y cuando le hayas dormido, bebe el agua austera del desengaño.

⊠

Platón refiere en su diálogos que Protágoras, al pasar por las ciudades griegas, arrastraba consigo a multitud de gentes que le seguían, embelesadas por su voz, como a un Orfeo. Así fuiste tú por los castillos almenados de tu reino. En todos los postigos había unos ojos, y en todos los ojos una promesa.

Bello eras como Alcibíades, que lo era como un dios; fuerte, y elocuente, y guerrero, y nobilísimo eras como él. Y si él descendía de Jove óptimo, de él descendías tú también. Digno fuiste de ser soldado de Pericles y discípulo de Platón. Digno fuiste de conversar con Xenofonte.

¡Cómo pudiste desvestirte de tanto ideal!

¡Ea! marcha, marcha, y de prisa! ¿No ves? Abren ya las puertas de la ciudad; más allá está el oro de la montaña, la selva santa, y en la selva santa la paz, y sobre todas las cosas, la aurora. Anda, pues.

LXIV

ME VOY

La Hermana Nieve ha desatado su inmenso enjambre de alas blancas y silenciosas.

—Parece—pensaría un chusco, o un poeta, que despluman a los ángeles en el cielo.

Ha nevado toda la noche, y París ha amanecido como de plata.

En el amanecer gris, un fulgor misterioso emana de todas las cosas; la nieve radia dulcemente en los techos, en los alféizares, sobre las ramazones desnudas.

Yo parto dentro de unas cuantas horas.

De pie en uno de los puentes del Sena, he mirado por última vez al París adorable que extiende en ambas márgenes sus palacios. ¡No puedo llevarme esta visión, no puedo! Mañana se borraría, se alteraría. Le envío un beso, un beso infinito y me alejo.

Jamás he sentido una pena tan honda.

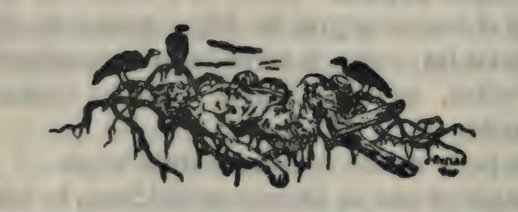
Algo íntimo me dice que todo lo pierdo al perder *esto;* que algo se descompleta y acaba en mí, quizá.

Otros, que no aman ni comprenden estas cosas, se quedan porque son ricos: ¡y yo me voy porque soy pobre!

A la mañana siguiente estoy en Londres. Tengo frío.

Dos semanas después, estoy en Nueva York. Tengo frío.

Dos semanas aún y estoy en México. ¡Tengo frío, mucho frío!





LXV

¡Oh, sí! yo tornaré, París divino!
—¿En qué nave?
—Dios sabe...
¡Yo no sé!
Mas sé que ni la vida ni el destino
impedirlo podrán. Es un camino
fatal el que nos une. Tornaré.

Veré tus bosques tranquilos
en que dormitan los tilos.
Veré tus parques espesos

llenos de citas y besos.
Veré
¡todo, todo lo que amé!

Yo tornaré. Me aguardan los castaños
de un verde transparente, los huraños
muelles mohosos de tu gracil río.
Lejos de ti mis años no son años:
son nostalgia y pasión y angustia y frío...

Veré tus brumas livianas
que te arropan como en tules,
en tus divinas mañanas
azules.
Veré tus abriles breves,
llenos de aromas y broches,
y el armiño de tus nieves,
y la plata de tus noches.
Veré
¡todo, todo lo que amé!

¡Oh, sí, yo tornaré...! Mas si no alcanza
mi alma esta dulce aspiración suprema,
¿qué haré? ¡Clavar, sañudo, mi esperanza
en el ancla divina, que es su emblema!



LXVI

GLOSA

Última página del Éxodo.

Estoy triste y sereno ante el paisaje,
y desasido estoy de toda cosa.
Ven, ya podemos emprender el viaje
a través de la tarde misteriosa.

—

Lleno parto de amores y de olvido:
olvido inmenso para todo ultraje,
y amor inmenso a los que me han querido.
El mar finge un titán de azur, dormido...
Estoy triste y sereno ante el paisaje.

Trabajé, padecí, fuí peregrino
resignado; en mi ruta borrascosa
vi los bienes y males del destino
como se ven las flores del camino,
y desasido estoy de toda cosa...

¡Oh, mi Señor!, tu juicio no me asusta:
ni llevo honores ni riquezas traje,
y fué mi vida de pasión adusta.
Cuán serena la tarde y cuán augusta...
¡Ven, ya podemos emprender el viaje!

Los astros que nos miran de hito en hito,
parecen, con pestaña luminosa,
invitarnos al viaje que está escrito:
ese viaje sereno al infinito,
a través de la tarde misteriosa.

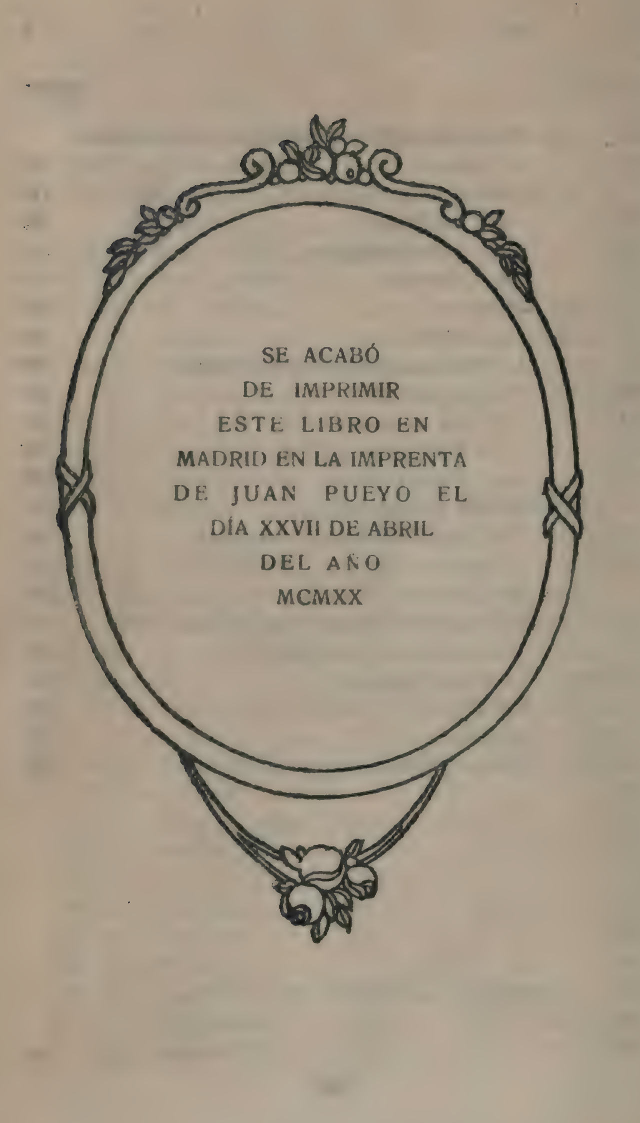




ÍNDICE

I n d i c e

Páginas.


SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXVII DE ABRIL
DEL AÑO
MCMXX



